

Octubre 2004 9

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- El Bien y el futuro de la familia en juego 851
- La Actualidad Pastoral de la Fiesta del Pilar 854
- Dolor y Amor Cristiano 857
- La Eucaristía: sacrificio, memorial y banquete 860
- Carta Pastoral para la Jornada del DOMUND 873

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 877
- Distinciones Pontificias 879
- Sagradas Órdenes 880
- Defunciones 881
- Actividades del Sr. Cardenal. Octubre 2004 883

COMISIÓN TÉCNICO-FINANCIERA

- Origen y aplicación de fondos en la Archidiócesis de Madrid 2004 884

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Despedida de Mons. Juan Sánchez y toma de posesión del nuevo administrador parroquial 891
- Despedida de Mons. Pedro-Luis Mielgo y toma de posesión del nuevo párroco 896
- Rito de admisión de los candidatos al sacerdocio 902
- Ordenación de diáconos 907
- XX Aniversario de la Hermandad de la Virgen del Rocío de Alcalá 912
- 450 Aniversario de la Hermandad de Santiago y Ntra. Sra. del Pilar 918
- Saludo a la Cofradía de Ntra. Sra. del Pilar y Apóstol Santiago de Arganda 921
- Agenda del Sr. Obispo. Octubre 2004 923

VICARÍA GENERAL

- Actividades diocesanas 925

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos y ceses 929
- Ordenación de Diáconos 931
- Otros Actos 932

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Mons. López de Andújar, nombrado Obispo de Getafe 933

ADMINISTRADOR DIOCESANO

- Ordenación de Diáconos 935
- Ordenación de Presbíteros 940

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 945
- Ordenaciones 947
- Defunciones 949

COLEGIO DE CONSULTORES

- Toma de posesión del nuevo Obispo 950

INFORMACIONES

- Formación permanente para sacerdotes 951
- Ejercicios espirituales para sacerdotes 952

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Mensaje para la Jornada Misionera Mundial 2004 953
- Carta Apostólica MANE NOBISCUM DOMINE, para el Año de la Eucaristía 957

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS

- Año de la Eucaristía. Sugerencias y propuestas 974

Conferencia Episcopal Española

- Ante la aprobación del Decreto Ley que aplica la Ley de Reproducción Asistida 1017

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXII - Núm. 2763 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

EL BIEN Y FUTURO DE LA FAMILIA EN JUEGO

**Ante el proyecto de ley que equipara
las uniones homosexuales al matrimonio**

**Alocución para Radio COPE
Madrid, 2 de octubre de 2004**

Mis queridos hermanos y amigos:

El Consejo de Ministros ha aprobado un anteproyecto de Ley que pretende equiparar al matrimonio la unión de personas del mismo sexo. La Conferencia Episcopal Española, recogiendo la doctrina permanente de la Iglesia, actualizada por el Santo Padre en este mismo verano que acaba de concluir, se ha pronunciado junto con muchos Obispos de dentro y fuera de España muy claramente sobre el grave error y la no menos grave injusticia que se comete con una regulación jurídica del estilo de la que se propone en el anteproyecto enviado al Congreso de los Diputados. No se trata de una opinión más o menos respetable y específica de la Iglesia Católica, sino de una concepción común a toda la humanidad. La Historia Universal lo confirma: ninguna sociedad ha dado a las relaciones homosexuales el reconocimiento jurídico de la institución matrimonial. Por tanto, si este anteproyecto se lleva adelante abandonaríamos el camino no sólo de la fe cristiana, sino de la sabiduría humana y jurídica de todos los tiempos: la senda de la recta razón. Solamente el Matrimonio, engendrando y educando a sus hijos, contribuye de manera insustituible al crecimiento y estabilidad de la sociedad.

Por eso le es debido el reconocimiento y el apoyo legal del Estado. En cambio, a la convivencia de homosexuales, que no pueden tener nunca esas características, no se le puede atribuir una dimensión social semejante a la del matrimonio y a la de la familia.

Es justo, y ha de exigirse con toda la fuerza de la ley, que las personas homosexuales no sean discriminadas en sus derechos ciudadanos. Pero no es menos exigible, por las normas de un derecho justo, atento al bien común y a los derechos fundamentales de los más débiles -los niños en este caso-, que las instituciones sociales fundamentales y enraizadas en la misma naturaleza humana sean tuteladas y promovidas con todo vigor por una legislación que busque la realización auténtica de la justicia y de la solidaridad. El matrimonio, institución esencialmente heterosexual, es decir, que no puede ser contraído más que por personas de diverso sexo: una mujer y un varón, es una de las más básicas: ¡absolutamente vital para el futuro de la sociedad! A dos personas del mismo sexo no les asiste ningún derecho a contraer matrimonio entre ellas. El Estado, por su parte, no puede reconocer este derecho inexistente, a no ser actuando de un modo arbitrario que excede sus capacidades y que dañará, sin duda muy seriamente, el bien de todos. Las razones de orden antropológico, social y jurídico que avalan esta afirmación, son de sentido común.

Las consecuencias de las medidas legislativas que se pretenden adoptar, van a ser con toda seguridad, muy negativas. Porque no se trata de reconocer un pretendido derecho a algunas personas que en nada perjudicaría a los demás. Si el Estado procede a dar curso legal a un supuesto matrimonio entre personas de un mismo sexo -recordaba el Comité Ejecutivo de la CEE- ocurrirá lo mismo como cuando se fabrica moneda falsa: se devalúa la moneda verdadera y se pone en peligro todo el sistema económico. De igual manera equiparar las uniones homosexuales a los verdaderos matrimonios, es introducir un peligroso factor de disolución de la institución matrimonial y, con ella, del justo orden social.

“¿Será posible seguir sosteniendo la verdad del matrimonio, y educando a los hijos de acuerdo con ella, sin que padres y educadores vean conculcado su derecho a hacerlo así por un nuevo sistema legal contrario a la razón? ¿No se acabará tratando de imponer a todos por la pura fuerza de la ley una visión de las cosas contraria a la verdad del matrimonio?” (Comité Ejecutivo de la CEE, A favor del verdadero matrimonio, nº 4 b y c).

La adopción ha de mirar siempre al bien de los niños, no a supuestos derechos de quienes los desean adoptar. Dos personas del mismo sexo, que pretenden suplantar a un matrimonio, no constituyen un referente adecuado para la adopción. ‘La figura del padre y de la madre es fundamental para la neta identificación sexual de la persona. Ningún estudio ha puesto fehacientemente en cuestión estas evidencias’ (A favor del verdadero matrimonio, nº 4 a).”

Es evidente que para una conciencia ciudadana, rectamente formada, y no digamos para los católicos, se impone, sobre todo en una situación como la actual de dramático descenso de la natalidad y del masivo envejecimiento de la sociedad, el grave deber de intervenir activamente en el debate abierto en la sociedad española promoviendo un estado de opinión pública que favorezca las modificaciones pertinentes en el anteproyecto de ley presentado. No puede faltar, por supuesto, la oración de toda la Iglesia, especialmente de las comunidades de vida contemplativa, capaz de mover corazones y transformar el interior de las personas y de la conciencia social.

Estas súplicas por el futuro del matrimonio y de nuestras familias las confiamos al cuidado maternal de la Virgen, Nuestra Señora de La Almudena.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

LA ACTUALIDAD PASTORAL DE LA FIESTA DEL PILAR en el momento actual de España

Madrid, 7 de octubre de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

Ante la inminencia de la Fiesta de Nuestra Señora del Pilar que coincide este año con los días de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en Guadalajara de Méjico y con la preparación de la conmemoración del 150 Aniversario de la Proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, el próximo 8 de diciembre, nuestra mirada ha de dirigirse agradecida a esa historia extraordinariamente intensa en devoción y amor a María que marca la vida de la Iglesia en España desde sus inicios en la aurora de la Evangelización y de España misma como comunidad humana, cultural y espiritual con personalidad propia. Juan Pablo II no ha dudado en usar repetidamente la expresión “España, tierra de María” para caracterizarla.

“El Pilar” nos recuerda la temprana implantación del Evangelio en España a los impulsos de la predicación apostólica. La tradición de Santiago, el Mayor, nuestro Patrono, alentado por la Madre de Dios en sus primeros desvelos misioneros en la vieja Hispania Romana, la confirman a Ella como “la Estrella de la Evangelización” desde el sí primero de los españoles a la Buena Noticia de su Hijo Jesucristo,

Hijo de Dios y Salvador del hombre. Como también nos hace evocar ese otro gran acontecimiento de la historia de la Iglesia en España que fue la Evangelización de la América hermana, en cuyos comienzos también se encuentra Ella a través de esa fecha singular del 12 de octubre de 1492. También el pasado, presente y futuro de la Iglesia en América pasa por protección maternal incesante.

Bajo la advocación del Pilar aparecía la Madre de Dios y Madre Nuestra como la concebida sin pecado original que la da su carne a su Hijo Jesús y le acompaña con su amor inquebrantable y total hasta el pie de la Cruz donde ofrecería al Padre en oblación sacerdotal, única e insuperable su Cuerpo y su Sangre - toda su humanidad- por la redención de los pecados, por la salvación del mundo. El papel de la Madre de Cristo en la obra redentora de su Hijo fue percibido por la fe y la conciencia espiritual del pueblo cristiano en España con una expresividad popular y una piedad religiosa y litúrgica de extraordinaria fuerza evangelizadora. La presencia de la Virgen en todos los ámbitos de la vida cristiana, especialmente en el Culto a la Eucaristía, ha mantenido despierto siempre el sentido de la fe para reconocer la gravedad de lo que significa el pecado y la necesidad de una honda conversión de la vida por la gracia de Jesucristo que nos conduzca a la santidad. Así se explica su amor y veneración encendrados a la Inmaculada, cuajado en frutos de santidad ¡España es tierra de María y tierra de Santos!

En la celebración de la Fiesta de la Virgen del Pilar de este año 2004 la memoria de las gracias recibidas por Ella de su Hijo Jesucristo ha de impulsarnos a una nueva y actualizada acogida del don de la fe recibida con gratitud filial y con el compromiso de transmitirla a las nuevas generaciones y a toda la sociedad española fiel y gozosamente. ¡Urge hacerlo! El medio ambiente en que se desenvuelven hoy nuestros jóvenes, desde la escuela hasta la Universidad pasando por los medios de comunicación social, los lugares de diversión, sin excluir a la propia familia, no rara vez rota y desestructurada, se la cuestionan constantemente. No llega a ellos, por otra parte, con suficiente densidad de palabra y de testimonio de vida la buena noticia de Jesucristo y de su Evangelio, como el mensaje que puede devolverles el horizonte de esperanza para sus vidas, tantas veces desilusionadas, vacías y frustradas. Urge que les descubramos con nuestro propio ejemplo personal y comunitario que la fe en Jesucristo les abre el camino para una conversión a fondo de toda su persona para una vida nueva, que rompe con el pecado y con el mal y se abre al amor limpio, decidido, generoso, entregado, el que viene por el Espíritu Santo, y que hace ya en este mundo experimentar el gozo de la felicidad verdadera que nunca pasa, ni pasará, el de la Gloria de Dios.

Encomendemos pues a la Virgen del Pilar a los jóvenes de Madrid y de toda España, confiemos a Ella nuestros empeños y propósitos para transmitirles la fe en la familia, en la escuela, en la sociedad -¡por supuesto, en la comunidad eclesial!-.

A María, Virgen del Pilar y de la Almudena, nos confiamos sobre todo, en esta fase final del Sínodo Diocesano de Madrid para que en estas horas difíciles para la Evangelización, alumbre la esperanza para todos los niños y jóvenes madrileños.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

DOLOR Y AMOR CRISTIANO

Alocución para Radio COPE
Madrid, 16 de octubre de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

La intervención quirúrgica a que he sido sometido en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid y los días subsiguientes de hospitalización y de recuperación en el propio domicilio se me han ofrecido como un momento excepcional para experimentar la fuerza salvadora y el gozo del amor cristiano: del que tiene como centro y fuente de donde mana a la persona de Jesucristo y el Misterio de su amor misericordioso.

Ya decía inimitablemente Santa Teresa de Jesús:

*“Después que se puso en cruz
El Salvador,
En la cruz está la gloria
Y el honor
Y en el padecer dolor
Vida y Consuelo”*

Al que sufre, el Señor le da la ocasión de unirse más íntimamente a Él en su Pasión y Cruz para la reparación de esa historia personal de ingratitudes y de ale-

jamientos respecto a Él a la que nadie es ajena. Es una oportunidad de una autenticidad inequívoca para pedir perdón y ofrecer verdadera penitencia por los pecados de la vida pasada y sentirse perdonado: querido con amor misericordioso.

Pero, sobre todo, le permite asociarse a Él en el Misterio de ese amor reparador que es el que verdaderamente salva, cura, consuela y da nueva vida a los hombres hermanos. Para un Obispo constituye una de las mejores pruebas de amor que puede ofrecer a sus sacerdotes y fieles. ¡Una ofrenda de amor sacerdotal y pastoral verdadera! Así lo he vivido y estoy viviendo estos días. El Sínodo Diocesano y, sobre todo, los seminaristas de Madrid han estado muy presentes en mi oración al Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, que aprendió sufriendo a obedecer.

El momento del dolor -de la Cruz abrazada y compartida- es ocasión privilegiada para sentir igualmente el amor de toda la Iglesia que nos rodea, sostiene y acompaña en una de las vivencias más hondas y fecundas de Comunión Eclesial, nacida y alimentada de la Comunión Eucarística. Se llena el corazón de gratitud cuando uno sabe cómo la oración de su Iglesia diocesana de su querido Madrid, de su antigua y no olvidada diócesis de Santiago de Compostela, y de tantas almas y comunidades, especialmente las de la vida contemplativa femenina, queridas y amigas, provenientes de tantas diócesis de España, le ha acompañado fielmente en estos días de prueba y de dolor. ¡Así vive y experimenta la Iglesia el Misterio del Amor de Cristo: del verdadero amor! Verdaderamente me he sentido sostenido y rodeado por el amor cristiano de todos los hermanos que forman esa gran y universal comunidad que es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y que preside en la caridad el Sucesor de Pedro, Juan Pablo II. A él debo especial gratitud por sus paternales y entrañables palabras de aliento espiritual y de bendición apostólica que me ha hecho llegar. Amor practicado también con fina delicadeza y extraordinaria dedicación por los médicos que me han asistido celosa y abnegadamente, por las enfermeras, siempre atentas y cercanas, y por todo el personal del Hospital Universitario Gregorio Marañón de Madrid. Amor ofrecido y ejercido con abnegación singular por todos los que me son más cercanos de la Casa y Curia arzobispal de Madrid.

Una última gracia me fue concedida: la de poder compartir el dolor, cristianamente, con tantos enfermos, diocesanos y diocesanas de Madrid, hermanos e hijos queridos, hospitalizados como yo en ese Hospital tan popular de Madrid que es el “Gregorio Marañón”. Sufriendo juntos, hemos servido juntos al Señor y a su designio de salvación y misericordia para con todos nuestros hermanos. “El dolor es salvífico” enseñaba muy bellamente Juan Pablo II en una de sus más

bellas Encíclicas publicadas poco tiempo después de haber sufrido el terrible atentado del 13 de mayo de 1981. También para el Madrid de hoy el dolor, vivido en el Misterio del Amor de Cristo Crucificado, es el que verdaderamente salva. Por supuesto, es el que da valor y consistencia personal y eclesial ¡verdaderamente evangelizadora! a nuestro compromiso misionero en “el Domund” permanente en el que vive y debe de vivir la Iglesia, año tras año.

A la Virgen del Rosario y de La Almudena me he encomendado intensamente estos días desde el primer momento de la preparación y realización de la intervención quirúrgica. No sólo la invocamos como “Salud de los enfermos” y “Consoladora de los afligidos”, sino como Madre de la Esperanza que está a nuestro lado amorosa y tiernamente en la superación de la prueba por excelencia de nuestro amor a su Hijo que es el de nuestra cruz. A Ella os encomiendo de todo corazón.

¡Muchas gracias por vuestra oración!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

LA EUCARISTÍA: SACRIFICIO, MEMORIAL Y BANQUETE

Carta Pastoral

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Jesucristo es Pan partido para la vida del mundo: esta es la fe de la Iglesia, que nos hace vivir y consecuentemente celebrar el mayor acontecimiento que los siglos han visto y verán. Y hoy, en los albores de un nuevo milenio, y poco después de haber celebrado con gozo y gratitud el gran jubileo de la encarnación de Cristo Jesús, el Señor -el mismo, ayer, hoy y siempre¹ -, nosotros, Iglesia particular que peregrina en Madrid, continuamos experimentando su presencia a través de su palabra, de las celebraciones litúrgicas y cuando lo vemos en los hermanos que sufren. Pero sobre todo y singularmente esto lo experimentamos en la Eucaristía: sacrificio, memorial y banquete². Para gloria del Padre, en la celebración central de los cristianos, la “fracción del pan”, Cristo presente real y corporalmente, ofrece como alimento, para la vida nueva, el mismo cuerpo que nació de Santa María Virgen, inmolado en la Cruz, carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo.

Confiados en esta presencia del Resucitado que estará con nosotros hasta el final de los tiempos³, hemos recibido con gratitud la Carta Encíclica del Santo

¹ Cf. Hb 13,8.

² Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 7.

³ Cf. Mt 28,20.

Padre *Ecclesia de Eucharistia* y la posterior Instrucción *Redemptionis Sacramentum* que se debe considerar en continuidad con aquella, coronadas por la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine* publicada para la apertura del Congreso Eucarístico Internacional que se clausura en el día de la fecha⁴. Son documentos que profundizan en algunos aspectos del misterio eucarístico, nos invitan a vivir más hondamente el misterio de la Santa Eucaristía⁵, resaltan su centralidad en la vida y misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo y proporcionan caminos para superar deficientes formas de comprenderlo y de vivirlo en su quehacer pastoral, a la vez que la enriquecen con más hondas y nuevas perspectivas de espiritualidad eucarística en el gran y actual empeño de la nueva Evangelización. Ambos textos han de ser leídos con detenimiento y docilidad interior preguntándonos, con palabras del Apocalipsis, qué dice el Espíritu a nuestra Iglesia particular.

1. Jesucristo vivo en la Iglesia

Lo hacemos en este periodo, histórico y crucial de los inicios del Tercer Milenio del cristianismo, en el que nuestra diócesis prepara el Tercer Sínodo de su historia diocesana. Somos conscientes de nuestra tarea: ¡reflejar la luz de Cristo ante los hombres nuestros hermanos! Cometido que difícilmente podremos cumplir si no somos los primeros contempladores del rostro de Cristo⁶. Es, por lo tanto, indispensable que primero vivamos la experiencia de Cristo en la celebración de sus misterios. En ellos, por las palabras de Cristo y la invocación del Espíritu Santo, nos encontramos con el Señor Resucitado. Sólo así podremos decir en verdad: Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros⁷.

Los hombres nuestros hermanos, mirando al Cristo anunciado, podrán hallar la única esperanza que puede dar plenitud de sentido a la vida: la vida eterna. Y lo pueden encontrar hoy y siempre, en comunión con nosotros, porque *Jesús está presente, vive y actúa en su Iglesia*: Él está en la Iglesia y la Iglesia está en Él⁸. En ella, por el don del Espíritu Santo, continúa sin cesar su obra salvadora⁹.

⁴ Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 4.

⁵ Cf. *Ibidem*, 2.

⁶ Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 16.

⁷ Cf. 1 Jn 1,3.

⁸ Cf. Jn 15,1ss.; Ga 3,28; Ef 4,15-16; Hch 9,5.

⁹ Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, 22.

Esta Iglesia que peregrina entre los hombres, volviendo su mirada agradecida a Jesucristo Eucaristía, se ha reunido en contemplación y adoración en el 48º Congreso Eucarístico Internacional, en la ciudad de Guadalajara (México), del 10 al 17 de octubre. En esta *Statio orbis*, la Iglesia congregada en oración, contemplación y celebración, se adentra en el nuevo milenio con esperanza renovada, adorando a Jesús Eucaristía, luz y vida para el peregrinar de la Humanidad en busca de mejores condiciones de vida, verdaderamente dignas del hombre y de su salvación, mientras anhela la patria definitiva. Con ocasión de este acontecimiento el Santo Padre Juan Pablo II ha convocado un Año de la Eucaristía que concluirá con la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos en Roma, del 2 al 24 de octubre del 2005, cuyo tema será “La Eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia”; año en el que se celebrará la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia del 16 al 21 de agosto, y en la que la Eucaristía será el centro vital en el que los jóvenes encontrarán alimento para su fe y su entusiasmo¹⁰.

Este Año puede ser para toda la Iglesia una maravillosa oportunidad de glorificar a Jesucristo -presente en ella- venerándolo públicamente con vínculos de caridad y de unidad; una magnífica ocasión de manifestar su fe en la presencia real de Jesucristo en la Santa Eucaristía; de renovarse toda ella en la vivencia plena y fiel del Misterio de ese Santísimo Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo, el Salvador, sin la cual es imposible asumir los nuevos compromisos con la evangelización que tanto nos urge. Para todo lo cual se requiere una esmerada preparación.

2. Jesucristo presente entre los hombres

Con ojos de fe podemos ver la misteriosa acción de Jesucristo en los sacramentos que ha instituido y dejado a su Iglesia. Es verdad que Él está verdaderamente presente también en el mundo de diversos modos. En cada época histórica puede descubrirse su presencia en sus discípulos que, fieles al doble mandamiento de la caridad, adoran a Dios en espíritu y en verdad¹¹, y testimonian con la vida el amor fraterno que los distingue como seguidores y testigos del Señor¹². Sin embargo el Señor está presente, ante todo, en la Sagrada Escritura, que, leída y proclamada en la Iglesia, habla de Él en todas sus páginas¹³. Y, de un modo especialmente eficaz, está presente el Señor Jesús en las acciones litúrgicas

¹⁰ Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 4.30.

¹¹ Cf. Jn 4,24.

¹² Cf. Mt 25,31-46; Jn 13,35; 15,1-17.

¹³ Cf. Lc 24,27.44-47.

que, en su nombre, celebra la Iglesia. Los sacramentos son acciones del mismo Cristo, que Él realiza a través de los hombres. No se insistirá suficientemente en recordar que, porque Cristo mismo actúa en ellos por medio del Espíritu Santo, los sacramentos se deben celebrar con el máximo esmero y poniendo las condiciones apropiadas.

Pero de una manera verdaderamente única está presente en la Eucaristía. La Iglesia enseña constantemente que esta presencia se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia¹⁴, ya que es *sustancial*, y por ella ciertamente se hace presente Jesucristo, Dios y hombre, entero e íntegro en los especies eucarísticas¹⁵. Transubstanciación es la fórmula empleada por la doctrina de la Iglesia para expresar la hondura insuperable de lo que acontece en la consagración del pan y del vino en la Eucaristía. En efecto, en el Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente, el Cuerpo y la Sangre, juntamente con el alma y la divinidad, de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, Cristo entero. Con otras palabras, el Sacramento de los sacramentos contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo, nuestra Pascua. Verdaderamente la Eucaristía es *mysterium fidei*, misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe. Por medio de este admirable Sacramento vive la Iglesia ya que se nos comunica el don del Espíritu para nuestra santificación y para la edificación de la comunidad de los fieles como el Cuerpo de Cristo que va creciendo y completándose en la historia. No sólo es verdadero sacrificio y banquete en el cual Jesucristo se ofrece como alimento de la vida recibida en el Bautismo y marcada por el Crisma, sino además, es anticipación del Paraíso y prenda de la gloria futura en las Bodas del Cordero. Quien se alimenta de Jesucristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como anuncio y primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad¹⁶, en su cuerpo y en su alma. Por ello, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Jesucristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo. La Iglesia, en su peregrinación, acude a ella y vive de ella, fuente y cima de toda la vida cristiana porque reconoce en el Sacramento al mismo Hijo de Dios y de Sta. María, que penetra en nuestra historia y proyecta la luz definitiva sobre nuestro camino en la andadura de este mundo.

¹⁴ Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 18.

¹⁵ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1374.

¹⁶ Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, 18.

La mejor manera de anunciar que la Eucaristía, supremo don de Cristo a la Iglesia, hace presente sacramentalmente el sacrificio de Cristo para nuestra salvación¹⁷ -su muerte en la Cruz y su resurrección- es una digna y auténtica celebración. En la celebración de los sagrados misterios el creyente experimenta la presencia divina y entra en comunión con ella al comulgar el Pan de Vida y beber del Cáliz de la salvación; el memorial de la Pascua de Cristo es por naturaleza portador de la gracia en la historia humana; abre, por tanto, al futuro de Dios; y, siendo comunión con Jesucristo, con su Cuerpo y su Sangre, ya, ahora, posibilita la comunión con los hermanos en la caridad de Cristo, especialmente para con los más pobres y afligidos, impulsando la búsqueda de los pecadores y de la solidaridad activa y amorosa con los demás hombres y con toda la creación, que nos ofrece sus frutos en el pan y vino para la celebración de la Misa.

Las continuas visitas pastorales por las diversas comunidades de nuestra diócesis nos han hecho a todos ser más conscientes de que, es preciso seguir insistiendo en una digna y participativa celebración Eucarística, y de que hace falta, como premisa espiritual y pastoral para conseguirlo, promover otras formas de *oración comunitaria*. La celebración de la Eucaristía precisa de un ambiente cuidado de piedad eucarística, si no quiere perderse en la superficialidad ruidosa o en la mera rutina formalista. En particular, se han de promover las diversas manifestaciones del *culto eucarístico fuera de la Misa*¹⁸: adoración personal, exposición y procesión, que se han de concebir como expresión de fe en la presencia real y permanente del Señor en el Sacramento del altar y momentos singularmente valiosos para el diálogo contemplativo del cara a cara con el Señor¹⁹. No olvidando, por supuesto, la conexión que la celebración, personal o comunitaria de la *Liturgia de las Horas*, tiene con el misterio eucarístico. Esta relación y el intrínseco valor del Oficio Divino para los fieles laicos ha sido puesto de relieve por el Concilio Vaticano II. Para ello es imprescindible un horario amplio de apertura en las iglesias de la Diócesis sin recelos y miedos excesivos. Siempre se podrá contar -¡estoy seguro!- con fieles dispuestos a la guardia del “Santísimo” -por usar una de las expresiones más populares de nuestra tradicional piedad eucarística. ¡Ofrezcamos así ámbitos de silencio en la presencia de Cristo Sacramentado para la oración personal, para la íntima de los padres de familia con sus niños, la de los amigos y novios que rezan juntos, para los pequeños grupos...! Y

¹⁷ Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 15; cf. Congregación para el Culto Divino, *Año de la Eucaristía. Sugerencias y propuestas*, 24.

¹⁸ Cf. *Ibidem*, 18.30.

¹⁹ Cf. *Ibidem*, 18.

propiciemos con esmero, facilitando los medios necesarios para ello -los textos del oficio que se va a recitar...-, en las parroquias y en las iglesias de los Institutos de Vida consagrada una participación abierta, al menos, en las Laudes, las Vísperas y el Santo Rosario, un “camino” que nos introduce en la escuela de María y ayuda a la contemplación eucarística²⁰.

3. Responsabilidad de los ministros

Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo, nuestro Señor, reitero con Juan Pablo II, que la Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella²¹.

Hago mías sus palabras cuando el Papa recuerda “la gran responsabilidad que en la celebración eucarística tienen principalmente los sacerdotes, a quienes compete presidirla *in persona Christi*, dando un testimonio y un servicio de comunión, no sólo a la comunidad que participa directamente en la celebración, sino también a la Iglesia universal, a la cual la Eucaristía hace siempre referencia. Por desgracia, es de lamentar que, sobre todo a partir de los años de la reforma litúrgica postconciliar, por un malentendido sentido de creatividad y de adaptación, no hayan faltado abusos, muy nocivos para una auténtica y fructuosa recepción de la renovación querida por el Concilio, causando malestar y escándalo en muchos; frecuentemente entre los más pequeños. Por tanto, siento el deber de hacer una acuciante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. Son una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía; éste es su sentido más profundo. La liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios. También en nuestros tiempos, la obediencia a las normas litúrgicas debería ser redescubierta y valorada como reflejo y testimonio de la Iglesia una y universal, que se hace presente en cada celebración de la Eucaristía. El sacerdote que celebra fielmente la Misa según las normas litúrgicas y la comunidad que se adecua a ellas, demuestran de manera silenciosa pero elocuente su amor por la Iglesia”²².

²⁰ Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, 137; *Mane nobiscum Domine*, 18; cf. Congregación para el Culto Divino, *Año de la Eucaristía. Sugerencias y propuestas*, 17.

²¹ Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, 31.

²² Cf. *Ibidem*, 52.

4. *Fidelidad al sentir eclesial*

Precisamente para reforzar este sentido profundo de las normas litúrgicas, el Santo Padre anunciaba en la Carta Encíclica sobre la Eucaristía que había solicitado a los Dicasterios competentes de la Curia Romana la preparación de un documento más específico, incluso con rasgos de carácter canónico, sobre este tema de gran importancia. Añadiendo que “a nadie le está permitido infravalorar el Misterio confiado a nuestras manos: éste es demasiado grande para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal”²³.

5. *La Liturgia eucarística reformada por mandato del Concilio Vaticano II*

El 4 de diciembre de 2003 se conmemoraba el 40 aniversario de la promulgación de la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia. Nunca un concilio anterior había dedicado todo un documento a la Liturgia, y el Vaticano II, al hacerlo, ofreció una riquísima reflexión sobre la misma llegando a afirmar que “la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza”²⁴.

Fruto de aquella importante enseñanza teológica y pastoral fue la reforma de la celebración que constituye el centro y el culmen de la función santificadora de la Iglesia: la del sacramento de la Eucaristía. Sería en 1969, tras varios años de preparación, cuando se publica el *Ordo Missae* reformado según los decretos del Concilio Vaticano II; al año siguiente aparecería la primera edición típica del *Missale romanum*, verdadero don del Papa Pablo VI a la Iglesia; y en 1978 se publicaría la edición oficial española del *Misal romano*.

Con esta reforma de la liturgia eucarística, se pretendía manifestar con mayor claridad el sentido propio de cada una de sus partes y su mutua conexión, de acuerdo con el criterio más significativo de los Padres conciliares en lo que tocaba a la celebración eucarística: facilitar la piadosa y activa participación de los fieles. Y todo ello en una clara continuidad no interrumpida de este rito respecto de toda la

²³ Cf. *Ibidem*, 52.

²⁴ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.

tradición precedente, y de un modo particular respecto de la doctrina del Concilio de Trento.

Así, cuando la comunidad cristiana celebra la Eucaristía con el Misal romano no sólo puede descubrir la inmensa riqueza teológica, celebrativa, pastoral y espiritual que contiene este fruto del Concilio; sino que se une a la tradición no interrumpida que arranca del mismo mandato del Señor de celebrar su Cena en conmemoración suya, anunciando su muerte y proclamando su resurrección hasta que Él vuelva.

Desde las primeras descripciones de la celebración eucarística, entre la que sobresale la recogida por san Justino hacia la mitad del siglo II²⁵, hasta la tercera edición típica del Misal romano aprobada por Juan Pablo II en el año 2002, la Iglesia no ha pretendido imponer una rígida y caprichosa uniformidad, sino asegurar a todos los creyentes la unidad de unos gestos y de unas acciones que tienen valor salvífico y producen una eficacia salvífica, garantizando la unidad en el culto que debe expresar la fe de la Iglesia (lo que oramos es lo que creemos), y permitiéndonos continuar celebrando la Eucaristía en aquella misma tradición recibida de nuestro Señor Jesucristo.

6. Único acto de culto

En la celebración eucarística, según las indicaciones del Concilio Vaticano II, la Eucaristía aparece como un único acto de culto, pero con las partes fundamentales, Liturgia de la Palabra y Liturgia de la Eucaristía, perfectamente diferenciadas.

La **Liturgia de la Palabra**, con sus gestos y posturas corporales, con sus aclamaciones y sus silencios, Dios nutre la fe de su pueblo, le manifiesta el misterio de la redención y salvación, y le ofrece su alimento espiritual²⁶.

El Concilio se hizo eco de toda la tradición cristiana al afirmar que Jesucristo está presente en su Palabra, pues cuando se leen en la Iglesia las Santas Escrituras, también el Antiguo Testamento, es Él quien habla²⁷. Es importante esta afirmación de los Padres conciliares, a menudo olvidada o ignorada: la presencia de

²⁵ Cf. Justino, *Apología* I, 67.

²⁶ Cf. *Institutio Generalis Missalis Romani*, 72.

²⁷ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 7.

Cristo en la Palabra la refiere el Vaticano II explícitamente a la lectura eclesial o litúrgica. Es en la celebración, dirá en otro lugar la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, donde el Señor continúa anunciando el Evangelio²⁸.

Cuando la Iglesia lee y proclama en la liturgia la palabra de Dios contenida en las Escrituras, lo hace para expresar la palabra viva de Dios que habita en ella, de la que nació y de la que es depositaria. No se lee para desenterrar una palabra pronunciada en el pasado. De poco valdrían los meros recuerdos si no fuesen acciones presentes. La palabra se realiza en la historia, es contemporánea nuestra. Por eso podemos celebrarla como lo que es, una presencia viva de Dios, de Jesucristo que nos habla.

Esta palabra aceptada y acogida por los creyentes se convierte en profesión de fe y en oración intercesora por todos los hombres. La proclamación del Símbolo de la Fe ha sido revalorizada como expresión de la fe de nuestro bautismo, al quedar ligada sobre todo a los domingos. Se ha recuperado la oración universal de los fieles, verdadero ejercicio del sacerdocio bautismal en la que todos los miembros de la asamblea oramos por las necesidades y la salvación de todos.

El Leccionario de la Misa pone a disposición de todos los fieles los tesoros bíblicos de la Iglesia, con lecturas propias para cada día cuidadosamente escogidas. Se recuperó el lugar propio para la proclamación de la palabra de Dios, el ambón de la palabra, que nos recuerda aquel primer Edén como lugar de diálogo entre el Creador y sus criaturas, o al sepulcro vacío, anuncio rotundo de la Resurrección, desde el que Cristo sigue anunciando el Evangelio.

Leccionario y ambón son expresiones concretas de la gran revalorización dada a la Liturgia de la palabra por parte del Concilio. Por ello, a la luz de la historia resulta incomprensible aceptar como progresos legítimos prácticas como las de sustituir los textos bíblicos por otro tipo de lecturas o la de utilizar el ambón para otros usos. Se trata en realidad de un error litúrgico: volver a sustituir el alimento de la palabra divina, con toda su fuerza salvífica y liberadora, a cambio de las opiniones o creaciones de diferentes autores; volver a privar de su fuerza simbólica los espacios de la celebración, con su valor dignificante, educativo, fomentador de la piedad auténtica, a cambio de un mero sentido práctico como puede ser el uso de un micrófono.

²⁸ Cf. Ibidem, 33; cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 13.

La **Liturgia Eucarística** incluye los gestos principales que Jesucristo realizó y las palabras que pronunció en la Última Cena. La Iglesia organiza la celebración de la liturgia eucarística según los pasos que responden a las palabras y los actos de Cristo: tomar el pan y el cáliz, dar gracias, partirlo y distribuirlo.

Cristo, que nos ha entregado el alimento de su Palabra, ahora nos ofrece su Cuerpo *entregado por nosotros* y su Sangre *derramada por nosotros* como supremo don y alimento espiritual. Cristo mismo se nos da. La Eucaristía es la presencia dinámica del Señor en la palabra y la presencia real en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Presencia que sólo será comprendida rectamente cayendo en la cuenta del gesto y de la palabra que la han provocado: la oblación, Cristo se hace presente para donarse.

Es en el altar, donde Cristo, en la persona del sacerdote, sigue haciendo presente para la Iglesia el sacrificio de la cruz²⁹. El altar, polo central del espacio celebrativo, nos ayuda a descubrir lo que es centro y culmen de toda la celebración: la gran oración eucarística de acción de gracias y santificación, que denominamos Plegaria Eucarística. El sentido de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios, en la ofrenda del sacrificio, y en el don de la salvación.

La Plegaria Eucarística no es sólo una narración, una enseñanza, una catequesis o un tratado teológico –aunque todos estos aspectos están incluidos en ella–. Es, ante todo y sobre todo, oración. Plegaria que cumple lo que Cristo ha instituido como memorial y expresa el significado del mandato del Señor.

El inmenso trabajo de renovación de la celebración litúrgica en favor de una mayor y mejor participación de la comunidad, acometido por la reforma del Vaticano II, tiene uno de sus exponentes en la variedad de plegarias eucarísticas. Desde 1968 la Liturgia romana cuenta con otras Plegarias Eucarísticas, además del venerable Canon romano. Son cuatro las Plegarias Eucarísticas contenidas en el Misal, a las que hay que añadir las tres Plegarias Eucarísticas “para las misas con niños” y las dos “sobre la reconciliación”, y las Plegarias Eucarísticas para Misas por diversas necesidades.

Quienes presiden la Misa deben hacer uso de la facultad de elegir la Plegaria Eucarística más apropiada, introduciendo en ella las variantes y los embolismos previstos en el Misal para las diversas circunstancias. No hacerlo por rutina o por

²⁹ Cf. *Institutio Generalis Missalis Romani*, 72.

afán inmovilista, significa privar a los fieles de la posibilidad de conocer y de gustar todas las Plegarias que la Iglesia ha creado y ha autorizado con la finalidad de nutrir espiritualmente a las comunidades cristianas.

Utilizar oraciones eucarísticas no aprobadas por la Iglesia o alterar el contenido de las autorizadas, introduciendo textos compuestos privadamente, además de constituir un gravísimo abuso que pone en peligro la eclesialidad de la celebración, constituye una nueva forma de arbitrariedad y de autoritarismo clerical sobre los fieles, que tienen el derecho de celebrar una liturgia verdadera.

7. La importancia de lo ritual-simbólico

Junto a la palabra utilizada para explicitar lo que se celebra no debe faltar el gesto que refrenda el sentido y la eficacia del rito.

No podemos confundir la opción de la reforma conciliar por unos signos marcados por la autenticidad, la verdad, la sencillez y la transparencia, con un empobrecimiento ritual-simbólico de la celebración de la Eucaristía en pro de una simplicidad racionalista. Muy a menudo lo simbólico se difumina y desaparece.

El mismo rito de la “fracción del pan”, como gesto que evoca el nombre más antiguo de la Eucaristía, o la siempre más expresiva y plena comunión bajo las dos especies, son dos claros ejemplos; dos gestos, que desde su misma expresividad permiten a los que participan de la Eucaristía siguiendo las normas litúrgicas contemplar y vivenciar en más profundidad el misterio que celebran.

Toda la celebración eucarística está llena de signos, imágenes y cosas que se nos imponen por sí mismas. Hay gestos, movimientos, acciones, vestiduras, utensilios, edificios, tiempos y lugares que tienen una connotación profundamente simbólica, y que si prescindimos de ellos, caeremos en el peligro de una vulgarización que, suprimiendo el sentido de lo sagrado, se encierre en un ritualismo vacío y sin sentido.

8. Una celebración eucarística verdaderamente participada

La Constitución *Sacrosanctum Concilium* señala las notas esenciales de la participación cuando dice que debe ser consciente, activa y plena³⁰.

³⁰ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 11.14.

La participación de los fieles laicos en la celebración de la Eucaristía, y en los otros ritos de la Iglesia, no puede equivaler a una mera presencia, más o menos pasiva, sino que se debe valorar como un verdadero ejercicio de la fe y la dignidad bautismal.

Es necesario que recordemos que la fuerza de la acción litúrgica no está en el cambio frecuente y arbitrario de los ritos, sino, verdaderamente, en profundizar en la Palabra de Dios y en el misterio que se celebra.

Después del Concilio Vaticano II se ha enseñado a los fieles a participar externamente, pero deberíamos preguntarnos si se ha enseñado a participar interna, consciente y plenamente. Tal vez, ésta sea una asignatura pendiente a la que todos los pastores están comprometidos, y que exige un esfuerzo continuo de formación litúrgica, de catequesis mistagógica, de preparación de las celebraciones y de prolongar la celebración en la oración y en la propia vida.

La participación consciente, activa y plena de los fieles no consiste en que todos deban realizar alguna acción o intervención concreta. Muchas veces se ha confundido participación con actuación. Expresión concreta de esto pueden ser muchas celebraciones de primeras comuniones, en las que el esfuerzo se dirige a que cada niño “haga algo”, y no tanto a educarles en la acogida de la Palabra que se les dirige y la comunión con el misterio del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo que celebran, que han de acoger y recibir siempre con el corazón bien dispuesto y el alma limpia: ¡es a Jesucristo a quien reciben! Los resultados son muchas veces motivos de insatisfacciones y frustraciones.

Junto a esto, no se puede olvidar la necesidad de los servidores de la Palabra: los lectores, y de la mesa de la Eucaristía: los acólitos. Estos ministerios, tanto instituidos como ocasionales, deben ser vividos como un verdadero servicio al Señor y no ha de faltar la necesaria preparación y disposición para ello.

En la Iglesia siempre ha sido máxima para el ejercicio de todo ministerio que el ministro haga todo, y sólo, lo que debe. Por eso, no se es mejor ministro, ni se sirve mejor, por realizar funciones que no son las que corresponden al propio estado o condición. La homilía, pronunciar la Plegaria Eucarística, ayudar en la fracción del pan, asumir funciones o vestiduras propias de los ministros ordenados, realizar ministerios extraordinarios sin verdadera necesidad, no responde a la verdadera dignidad y valor del sacerdocio común de los laicos.

9. *Volver a comenzar desde Cristo*

El Papa Juan Pablo II ha convocado un *Año de la Eucaristía* porque el programa que ha planteado a la Iglesia para inicios del nuevo milenio se basa en “volver a comenzar desde Cristo”. Este Año busca ayudar a crecer a cada comunidad eucarística en la fe y en el amor hacia el Cuerpo entregado y la Sangre derramada del Señor para la vida del mundo. Para transformarnos en víctimas vivas para alabanza de su gloria como decimos en el corazón de la Anáfora en la Misa. Remando mar adentro, volviendo a la experiencia de los orígenes, nos encontramos con Santa María, Mujer eucarística. Ella, Madre de la Esperanza, Virgen de La Almudena, nos anima a no “olvidar que el «culto espiritual agradable a Dios»³¹ se plasma y verifica en la *existencia cotidiana*, vivida en la caridad por la entrega libre y generosa de uno mismo incluso en momentos de aparente impotencia.

Así, la vida está animada por una esperanza inquebrantable, porque sólo se apoya en la certeza del poder de Dios y la victoria de Cristo: es una vida rebosante de consolaciones de Dios, con las cuales hemos de consolar, por nuestra parte, a cuantos encontramos en nuestro camino³². Justamente eso pretendemos y buscamos con el Sínodo Diocesano. “El Año de la Eucaristía” nos ayudará, sin duda, a configurar y desarrollar su fase final -la de la Asamblea Sinodal- con el espíritu y el propósito que ha inspirado su convocatoria y todo su proceso de preparación: el de que alumbre con renovada fuerza y claridad la esperanza porque, en Madrid, la Iglesia diocesana está dispuesta a asumir con nueva fidelidad y entrega el mandato del Señor: “predicad el Evangelio a toda criatura” para que nuestros hermanos, los madrileños de comienzos del Tercer Milenio, crean y se salven.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Madrid, 17 de octubre de 2004

³¹ Cf. Rom 12,1.

³² Cf. 2 Co 1,4; cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, 80.

CARTAPASTORAL CON MOTIVO DE LA JORNADA DEL DOMUND 2004

Domingo, 24 de octubre de 2004

«Es la hora de tu compromiso misionero»

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Al dirigirme a vosotros con ocasión de la Jornada del DOMUND, que se celebra en octubre, el mes misionero por excelencia, iniciado con la fiesta de la Patrona de las Misiones, Santa Teresa del Niño Jesús, en este año coincidente con la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en Guadalajara, México, y del 150 aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, dos son los temas que se me ofrecen y que deseo sintetizar por escrito en estas líneas: La Misión, que nace de la Eucaristía, y que vive en el compromiso.

Eucaristía y Misión

La Iglesia nace de la Eucaristía, como el Papa Juan Pablo II ha subrayado de un modo extraordinario en su encíclica del Jueves Santo del pasado año 2003, “Ecclesia de Eucharistia”, y por ello en el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor la Iglesia encuentra la fuente inagotable de su ser y de su obrar, de su vida y de su misión, que son en realidad una sola cosa: Cuerpo de Cristo entregado para

la vida del mundo. Del mismo modo que María, “llena de Gracia”, nos ha dado a Jesús, así la Iglesia, alimentada de la Eucaristía, lleva a Cristo a todos los hombres. En su Mensaje para el DOMUND de este año del 150 aniversario del dogma de la Inmaculada, el Santo Padre nos invita a contemplar la Eucaristía «con los ojos de María», y señala así el objetivo de esta Jornada: «Contando con la intercesión de la Virgen, la Iglesia ofrece a Cristo, Pan de la salvación, a todas las gentes, para que le reconozcan y le acojan como único Salvador».

Hay hambre de pan material, y angustiosamente creciente en muchas zonas del mundo, pero cada vez se hace más patente un hambre más angustiosa aún, y que abarca a la Humanidad entera, la del alma, que todos los panes de este mundo son incapaces de saciar. Sólo la sacia el Pan bajado del Cielo. ¿Cabe mayor necesidad de la Eucaristía para que el hombre viva? «Sin Mí –dice Jesús, precisamente, a la hora de instituir el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre dados en comida y bebida– no podéis hacer nada». No dice: «Podéis hacer menos»; ¡dice sin lugar a dudas que no podemos hacer “nada”! Sencillamente, porque sin Él nada somos y nada podemos ser: perecemos. Así lo advirtió en su discurso eucarístico en Cafarnaún: «Hambread no el alimento que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna; el que os va a dar el Hijo del hombre» (Jn 6, 27).

Contemplando este mundo nuestro que busca tantos falsos alimentos, que no sacian el hambre del alma y por eso mismo hacen que se extienda más aún en la inmensidad de los más pobres la del cuerpo, contemplando esta Humanidad ofuscada y engreída, desorientada y huérfana, desde los mismos ojos de Jesús, se nos muestra «como ovejas que no tiene pastor» (Mt 9, 36). Es a esta Humanidad a la que Cristo Buen Pastor se da en alimento, por ella y para ella instituye la Eucaristía: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1); y a los mismos discípulos, en ese momento supremo del Cenáculo, Jesús no puede menos de decirles: «Con verdadera ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...» (Lc 22, 15). Es la misma “ansia” que le ha llevado al Papa a pedirnos a toda la Iglesia, en el marco del Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara, en México, que vivamos este DOMUND 2004 «con espíritu eucarístico». En su Mensaje nos dice: «Cuando se participa en el Sacrificio eucarístico se percibe más a fondo la universalidad de la Redención y, consecuentemente, la urgencia de la misión de la Iglesia... Quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso del Redentor».

Misión y compromiso

«La misión está aún lejos de cumplirse, y por eso debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio». Estas palabras de Juan Pablo II en su encíclica misionera, “Redemptoris Missio”, son retomadas al comienzo de su Mensaje para la Jornada del DOMUND de este año, junto con la evocación de los santos, y en particular de quienes están tan vinculados a esta Jornada como santa Teresa de Lisieux, Patrona de las Misiones, y como el gran apóstol de África monseñor Daniel Comboni, recién elevado a los altares. No cabe concebir la misión, que comienza en Jesús, “Misionero del Padre”, y de Él pasa a la Iglesia, a cada uno de nosotros, como un mero buen deseo o una loable aspiración. No es así como la han concebido los santos. Ellos –dice el Santo Padre en su Mensaje– «han advertido siempre con mucha fuerza esta sed de almas que hay que salvar». Se trata, pues, de un auténtico “compromiso” que afecta hasta lo más hondo a la persona alimentada y confortada en la Eucaristía.

De este compromiso nos habla el lema de la presente Campaña del DOMUND en todas las Diócesis de España: “Es la hora de tu compromiso misionero”. Aún está viva la celebración del último Congreso Nacional de Misiones, en el que la Iglesia del Señor que vive en España renovaba su compromiso misionero, avalado por una historia admirable, de tantos misioneros y misioneras, verdaderos testigos del Señor, que nos han precedido en el servicio al Evangelio de la Salvación en todos los rincones de la tierra. Hoy, más aún todavía, hay que proclamar la urgencia de esta hora de la misión, en todo el mundo, y muy particularmente en este momento de España, en el que la tentación de la increencia y de la ruptura con su pasado cristiano acecha a tantos, pero donde brillan tantos signos de esperanza como el de la peregrinación de nuestros jóvenes a Santiago de Compostela el pasado agosto.

Esta fuerza de la juventud de la Iglesia tiene en María un centro vital. Por eso, me uno de todo corazón a las palabras del Santo Padre en la última parte de su Mensaje, tomadas de la encíclica “Ecclesia de Eucharistia”: «Mirando a María conocemos la fuerza transformadora que tiene la Eucaristía. En ella vemos el mundo renovado por el amor». Y a estas otras que enmarcan este DOMUND 2004, tan especialmente mariano y eucarístico: «Es mi deseo que la feliz coincidencia del Congreso Internacional Eucarístico con el 150 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada ofrezca a los fieles, a las parroquias y a los Institutos misioneros la oportunidad de afianzarse en el ardor misionero, para que se mantenga viva

en cada comunidad una verdadera hambre de la Eucaristía». Ésta, justamente, es el hambre y la sed de almas que hay que salvar y que constituye la entraña misma de la misión. Con la mirada puesta en María Inmaculada, la “llena de gracia” que concibe a Cristo en su vientre y lo da a luz para la vida del mundo, acogamos del mismo modo el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el sacramento eucarístico, para que llenos de la gracia que nos salva la entreguemos igualmente, hasta los confines de la tierra, para que el hombre viva.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO

Juez Diocesano: Ilmo. Sr. D. Jaime Arrieta Casas, renovación por cuatro años (17-10-2004).

PÁRROCOS:

De Santa María (Parroquia personal de habla alemana): D. Cristoph Müller (5-10-2004).

De Ntra. Sra. de la Moraleja (Alcobendas): D. Alfonso Sánchez-Rey López de Pablo (5-10-2004).

De Jesús Divino Obrero: P. Timoteo Merino Martín, O.P. (5-10-2004).

De Virgen del Mar: D. Diego Martínez Linares (13-10-2004).

De Encarnación del Señor: D. José Carlos González Sánchez (13-10-2004).

De Patrocinio de San José: D. Juan Carlos Antona Gaciatuaga (13-10-2004).

De Purísima Concepción, de Bustarviejo y Nuestra Sra. del Carmen, de Valdemanco: D. Pedro Pablo Tomico García, S.F. (13-10-2004).

VICARIOS PARROQUIALES:

De San Raimundo de Peñafort: P. José Carlos Corral Durán, S.J. (5-10-2004).

De Nuestra Madre del Dolor: P. Cruz Miguel Pérez Goñi, T.C. (5-10-2004).

De San Gregorio Magno: D. Francisco de Borja Pérez Garre, por dos años (13-10-2004).

De Ntra. Sra. de Moratalaz: D. Antonio Fernández Carranza (19-10-2004).

De Santiago y San Juan Bautista: D. Braulio Cuenca López (19-10-2004).

ADSCRITO:

A la Milagrosa: P. Roberto Calero Jiménez, C.M. (5-10-2004).

A Santo Cristo del Olivar: P. Jorge Luis Álvarez Álvarez, O.P. (13-10-2004).

OTROS OFICIOS:

Capellán de la Facultad de Minas: D. Ángel Carreras Gascón (5-10-2004).

Capellán de las Siervas de los Pobres. Hijas del Sagrado Corazón: D. Jesús Chavarria Ibáñez (13-10-2004).

Coordinador de Pastoral Vocacional de la Vicaría VI-Suroeste: D. Juan Briones Martínez (13-10-2004).

Coordinador de Misiones de la Vicaría II-Nordeste: P. José Antonio Ferrer González, Sociedad de Misiones Africanas (13-10-2004).

DISTINCIONES PONTIFICIAS

PRELADOS DE HONOR DE SU SANTIDAD

Mons. Antonio San Miguel San Miguel.

Mons. Pedro Fernando Pastor Jiménez.

SAGRADAS ÓRDENES

- El 16 de octubre de 2004, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de Santa María de la Merced, de las Matas (Madrid), el Sagrado Orden del Diaconado a **Fray Thomas Joseph Thekkinezeth, O.M.D.**

- El día 24 de octubre de 2004, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia Basílica de la Milagrosa, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado al religioso **José Manuel Aparicio Malo, C.M.**

DEFUNCIONES

- El día 8 de octubre de 2004, el Rvdo. Sr. D. RICARDO CABRERA ESCUDERO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Madrid, el 14-03-1932 y fue ordenado en Madrid, el 26-05-1956. Ejerció el ministerio como Ecónomo de Alameda del Valle y Encargado de Pinilla del Valle (15-10-1956 a 21-6-1957); Párroco de ambas Parroquias (21-6-1957 a 12-6-1959); Capellán Mayor y Colector de Purísimo Corazón de María (6-7-1959 a 22-7-1960); Coadjutor de Encarnación del Señor (22-7-1960 a 29-9-1962); Capellán del Colegio-Hogar Divina Infanta, (28-9-1962 a 1-4-1983); Capellán de MM. Clarisas (Carabanchel) (6-11-1963 a 1-4-1972); Coadjutor de la Parroquia de Santa María del Pualar (7-4-1972 a 31-7-1983); Profesor del Instituto Calderón de la Barca. Estaba jubilado desde 1983.

- El día 8 de octubre de 2004, D. VÍCTOR MALAGÓN IGLESIAS, padre del R.P. Vitalino Malagón Pinto, O.S.A, vicario parroquial de la Parroquia Santa María del Bosque, Madrid.

- El día 17 de octubre de 2004, D. ELEUTERIO PEÑAMEDRANO FLORES, a los 57 años de edad, hermano de D. Alejandro Peñamedrano, párroco de la Parroquia de Ntra. Sra. del Rosario, de Hoyo de Manzanares.

- El día 22 de octubre de 2004, D. JOSÉ MARÍA SALAZAR MORATO, hermano de D^a Nieves Salazar Morato, secretaria del Excmo. y Rvdm. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid.

- El día 24 de octubre de 2004, D. JOSÉ LUIS DÍAZ SOTO, hermano del Rvdo. Sr. D. Manuel Díaz Soto, párroco de Ntra. Sra. del Pilar.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL OCTUBRE 2004

Día 1: Apertura de curso de la UPSA.

Reunión del Patronato de la UPSA.

Día 2: Clausura de la visita pastoral al arciprestazgo de Nuestra Señora de la Concepción de Pueblo Nuevo, en la parroquia de San Jenaro.

Día 3: Misa en el sanatorio de San Francisco de Asís.

Día 4: Misa apertura de curso en la Facultad de Teología 'San Dámaso'.

Día 5: Consejo Episcopal.

Misa y bendición de la casa/guardería de las Cruzadas de Santa María en El Escorial.

COMISIÓN TÉCNICO-FINANCIERA

ORIGEN Y APLICACIÓN DE FONDOS EN LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID 2003

INGRESOS

70	Ingresos por servicios, ventas, etc		1.875.412,72
700	Publicaciones, libros, folletos, etc	84.941,85	
705	Tasas serv. Notarías, Curia y Vicarías	985.311,94	
706	Ingresos por enseñanza	670.674,55	
707	Ingresos por estancias	134.484,38	
72	Aportaciones ordinarias		13.907.846,64
725	Aportaciones de las Parroquias	4.696.459,13	
727	Aportaciones de la Conf. Episcopal	9.211.387,51	
729	Otras actividades y servicios	-	
74	Subvenciones		2.544.810,96
740	Subvenciones oficiales	2.248.659,56	
741	Otras Subvenciones	296.151,40	
75	Ingresos de gestión		311.341,98
752	Rentas por arrendamientos	238.101,43	
759	Ingresos por servicios diversos	73.240,55	
76	Ingresos financieros		448.384,13
761	Beneficios en valores negociables	436.437,52	
765	Ingresos por certificaciones	-	
768	Diferencias positivas de redondeo	-	
769	Intereses bancarios	11.946,61	
77	Ingresos extraordinarios		2.719.024,05
778	Ingresos extraordinarios	2.719.024,05	

78	Aportaciones de los Fieles		3.496.378,22
780	Suscripciones y cuotas	1.270.972,11	
782	Colectas	792.241,13	
783	Donativos y Limosnas	787.015,82	
784	Herencias y legados	25.797,84	
789	Otras aportaciones	620.351,32	
	Total Realización de Ingresos		25.303.198,70

GASTOS

60	Aprovisionamientos		945.479,04
600	Compras (combustibles, limpieza)	297.915,38	
602	Compras de otros aprovisionamientos	175.453,55	
603	Trabajos realizados por otras empresas	440.839,98	
605	Compras para el culto	31.270,13	
62	Servicios exteriores y actividades		8.149.788,92
621	Arrendamientos	66.250,63	
622	Obras y conservación Templos y Curia	1.400.084,46	
623	Servicios profesionales	195.104,57	
625	Primas de seguros	57.466,79	
626	Gastos y comisiones bancarias	41.872,75	
627	Publicaciones	3.012.147,17	
628	Suministros	297.889,15	
629	Otros servicios y actividades	3.078.973,40	
63	Tributos		94.139,22
631	Otros tributos	94.139,22	
64	Gastos de personal		8.524.897,95
640	Sueldos seculares	2.516.980,41	
642	Seguridad Social a cargo entidad	1.836.664,17	
644	Sueldos de Sacerdotes y Religiosas	3.657.670,44	
649	Otros gastos sociales	513.582,93	
65	Gastos de gestión		326.465,53
650	Ayudas a parroquias	167.901,50	
651	Otras ayudas	111.361,27	
652	Gastos comunidad inmuebles	47.202,76	
659	Otros gastos de gestión	-	
66	Gastos financieros		156.261,69
662	Ints. financieros	145.800,24	
668	Diferencias negativas de cambio	10.461,45	

67	Gastos extraordinarios		288.921,21
678	Gastos extraordinarios	288.921,21	
68	Dotación para amortizaciones		152.869,57
681	Amortización inmovilizado inmaterial	2.178,84	
682	Amortización inmovilizado material	150.690,73	
69	Dotaciones		4.957.122,32
697	Caja Jubilaciones y Caja Interdiocesana	4.373.667,70	
698	Bonificaciones a depósitos parroquiales	583.454,62	

INVERSIONES

21	Inmotilizado inmaterial		4.975,53
215	Aplicaciones informáticas	4.975,53	
22	Inmovilizado material		1.702.277,72
221	Compra de inmuebles	0,00	
222	Instalaciones técnicas	0,00	
226	Mobiliario	12.920,26	
227	Ordenadores, fotocopiadoras, etc.	13.121,12	
244	Obras templos nuevos	1.676.236,34	
Total Realización de Gastos e Inversiones			25.303.198,70

RESUMEN

Total Presupuesto de Ingresos		25.303.198,70
Total Presupuesto de Gastos	23.595.945,45	
Total Presupuesto de Inversiones	1.707.253,25	25.303.198,70
Déficit presupuestario		0,00

Esta realización del Presupuesto del ejercicio de 2003 fue aprobada por el Consejo de Asuntos Económicos del Arzobispado de Madrid en su sesión del día 11 de marzo de 2004 (Acta nº 234).

Fdo.: Tomás Juárez García-Gasco
Vicario Episcopal de Asuntos Económicos

Con los datos aportados por las Parroquias podemos obtener el presente Estado que nos define la procedencia y aplicación de los fondos administrados por las Parroquias.

AÑO 2003

INGRESOS

PROCEDENCIA E IMPORTES

CONCEPTOS	PARROQUIAS	%
Servicios	3.732.351,34	8,00
Subvenciones	495.739,85	1,06
Por Gestión	598.095,45	1,28
Financieros	259.318,64	0,56
Aportación fieles	30.446.014,42	65,23
Otras Instituciones	5.150.264,49	11,03
Préstamos y otros	4.314.402,81	9,24
Aportación del Fondo Coop. Dioc.	1.679.838,35	3,60
Totales	46.676.025.35	100,00

AÑO 2003

GASTOS

DESTINO E IMPORTES

CONCEPTOS	PARROQUIAS	%
Compras	1.854.525,07	4,02
Servicios y Actividades	15.473.810,91	33,54
Tributos	65.790,22	0,14
Personal	12.229.062,57	26,50
Otras Instituciones	4.666.051,12	10,11
Devolución préstamos	4.092.472,40	8,87
Gastos financieros	220.591,22	0,48
Material inventariable	2.464.895,72	5,34
Entregas a Fondo Coop. Dioc.	5.072.193,01	10,99
Totales	46.139.392,24	100,00

NOTA: La diferencia entre Ingresos y Gastos corresponde a la Tesorería administrada por las Parroquias.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

DESPEDIDA DE MONS. JUAN SÁNCHEZ Y TOMA DE POSESIÓN DEL NUEVO ADMINISTRADOR PARROQUIAL

Catedral, 10 de octubre de 2004

Lecturas: 2 *Re* 5,14-17; 2 *Tm* 2,8-13; *Lc* 17,11-19.

1. San Pablo, en su carta a Timoteo, le recuerda una verdad fundamental de la fe cristiana: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos» (2 *Tm* 2,8). Morir con Jesucristo implica vivir después con Él; morir al pecado y aceptar la muerte terrena, estando unido a la muerte de Jesucristo, es segura resurrección.

El núcleo del anuncio cristiano es la persona de Jesucristo. Nuestra religión, como sabéis, no es una filosofía, ni una ideología, ni una teoría que se aprende, sino la aceptación, en la vida propia, de la persona de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Se trata de un encuentro personal con Jesús, mediante el cual nos encontramos con el Dios Trino, con el Padre y Espíritu Santo; son las tres Personas divinas quienes operan la salvación en nosotros.

Esa es la gran diferencia, de manera absoluta, con las otras religiones; no hay comparación alguna; el cristianismo no se iguala con ninguna otra religión, que haya habido ni pueda haber. Jesucristo es absolutamente incomparable; ningún funda-

dor de religión, ni profeta alguno, ni ser humano puede igualarse con el único Hijo de Dios, hecho hombre. Jamás ha existido ni existirá hombre alguno semejante a Él. El núcleo principal de nuestra fe es, pues, vivir en Jesucristo y ser sus testigos ante los hombres.

2. Nos encontramos en la Sede episcopal de la iglesia particular de Alcalá de Henares. Este templo, convertido en Catedral desde 1991, tiene como misión principal el anuncio del Evangelio. Desde aquí, como iglesia madre de la Diócesis, se ha de proclamar el Evangelio en su integridad; desde aquí debe ser auténticamente interpretado el depósito de la fe; desde aquí debe hacerse el anuncio completo de la salvación, que le llega al hombre por Jesucristo.

Esta es una de las primeras funciones que tienen el obispo diocesano y sus colaboradores necesarios, los sacerdotes; de modo especial quienes ejercen su ministerio sacerdotal en esta cátedra. Ellos participan, por su ordenación, de la misión de Cristo: anunciar el mensaje cristiano a los hombres, fieles y no fieles, creyentes y no creyentes.

3. Una segunda misión, que tiene toda parroquia y más aún la sede episcopal, es la celebración del misterio cristiano.

Hemos escuchado, tanto en la lectura del libro de los Reyes, como en el Evangelio de Lucas, la curación de dos personajes: Naamán, el sirio, es curado de la lepra, a través del ministerio de un profeta de Israel; y los diez leprosos del evangelio son curados por Jesucristo. Pero sólo uno de esos diez vuelve dando gracias y alabando a Dios: se trata de un extranjero, un samaritano, uno que no era de Israel, el pueblo elegido (cf. *Lc* 17,15-16). Naamán era también extranjero, pero reconoce en el Dios de Israel, al Dios verdadero; le alaba y le da gracias por la curación que ha recibido: «Ahora conozco bien que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel» (*2 Re* 5,15).

4. Esta sede episcopal y esta parroquia de San Pedro, además del anuncio del Evangelio, tienen la función de santificar a los fieles. Al inicio de la misa, con el gesto del agua bendecida, con la que hemos sido rociados por el nuevo párroco, hemos recordado nuestro bautismo. A través del agua bautismal son regenerados los nuevos hijos de la Iglesia, recibiendo la salvación y el regalo de ser hijos adoptivos de Dios.

Aquí celebramos también la eucaristía, centro y cumbre de toda vida cristiana (cf. *Christus Dominus*, 30). La Eucaristía es salvación y debe ser el centro de toda comunidad cristiana.

En esta sede hay asimismo un buen servicio, del que estoy contento, de la celebración del sacramento de la penitencia. Debe seguir habiendo ese servicio, incluso, con mayor atención y esmero si cabe; por este sacramento se nos perdonan los pecados, se curan nuestras lepras y sanan nuestras dolencias espirituales. El sacramento de la penitencia es como un segundo baño, después del baño bautismal, que nos renueva y nos sana por dentro; nos quita las inmundicias, que se desprenden de nuestra miseria de pecadores y que se nos han pegado en el camino.

5. La tercera gran misión que tienen los pastores de la Iglesia es la de regir al pueblo de Dios. Los obispos y los presbíteros somos profetas, que anunciamos el Evangelio; somos sacerdotes, que, *en nombre de Cristo*, bautizamos, haciendo nuevos hijos, perdonamos los pecados y renovamos el misterio pascual en la Eucaristía; somos pastores, que apacientan al pueblo de Dios.

6. En estos últimos años ha estado pastoreando la parroquia de San Pedro Apóstol, en Alcalá de Henares, Mons. Juan Sánchez, quien inició su servicio hace dieciséis años. Enviado por el Cardenal Suquía, vino a Alcalá, en 1988, en un difícil momento de la situación eclesial en esta Ciudad y ante la perspectiva de la cercana división de la Archidiócesis de Madrid-Alcalá. Fue nombrado Canónigo de la Magistral, Deán de la misma y Párroco.

Don Juan ha acompañado, desde entonces, a esta comunidad parroquial; al mismo tiempo ha puesto sus fuerzas al servicio de la re-instaurada Diócesis de Alcalá de Henares, desde los primeros años hasta hoy. Como ya lo hice ante el presbiterio diocesano de Alcalá, quiero ahora, ante esta comunidad cristiana, agradecerle el servicio de pastor, como párroco, canónigo, deán y sacerdote fiel, dedicado al servicio de la Iglesia en aquello que ella misma le encomendó.

7. Por razones de edad, ha llegado el momento en el que se le exonere a Don Juan de esta carga, difícil, pesada y dura muchas veces, que él ha llevado con elegancia y pundonor. Muchos de vosotros habéis sido testigos de las dificultades surgidas, desde el inicio de la creación de la Diócesis, y que han ido superándose con valentía y acierto. Don Juan ha sido una piedra fundamental en este proceso. ¡Gracias, Don Juan, por su tarea, por su entrega y por su fidelidad a la Iglesia!

¡Gracias también, ahora, por aceptar el dejar este pastoreo! Sabemos que su corazón está muy unido a sus fieles y que ellos también están muy unidos a su persona; somos conscientes de que toda separación duele y cuesta. Ese es un último sacrificio que el Señor, a través de su obispo, le pide y os pide también a vosotros, estimados feligreses.

8. Durante estos años han gobernado también esta Parroquia otros sacerdotes: Don Pablo Pérez, hoy Párroco en Santa María en Alcalá; Don Javier Ortega, como administrador parroquial, que ahora es Párroco de Santiago Apóstol en Alcalá y acabo de nombrarle Vicario Episcopal. Mi agradecimiento a todos ellos, y a vosotros, estimados fieles, que habéis colaborado con ellos.

9. La vida continúa; la misión de la Iglesia, que Cristo le ha confiado, debe seguir realizándose; ha llegado un momento de relevo. Hemos tenido a bien nombrar, como administrador parroquial, a Don Juan-Miguel Prim, actual Rector del Seminario; le pido un sacrificio grande, porque continuará siendo Rector y asumirá, además, esta misión.

Entre sus tareas van a estar las tres que hemos comentado antes: la predicación de la Palabra y el anuncio del Evangelio; el ofrecimiento a los fieles de la salvación, a través de los Sacramentos y de la Liturgia; y el pastoreo de la parroquia, donde se encuentra también la sede catedralicia.

10. Con él va a seguir colaborando Don Manuel Rodríguez, que ya lleva varios años como coadjutor en esta Parroquia. Se agrega Don Fidel Herrero, que ha ejercido este último curso de diácono y que ahora se incorpora como sacerdote. Ambos serán colaboradores estrechos de Don Juan-Miguel Prim. A ellos les pido una entrega generosa y una fidelidad probada; así como una armonía plena entre ellos y con vosotros.

11. Deseo aclarar algunos puntos, tras haber escuchado interpretaciones erróneas.

En primer lugar, la parroquia de San Pedro Apóstol sigue siendo parroquia; no ha sido suprimida.

En segundo lugar, la coexistencia entre parroquia y Catedral, como sede episcopal, tiene sus dificultades, que conviene sean resueltas. Cuando se crea con-

veniente, se buscará una solución distinta a la actual. Pero queda claro que Don Juan-Miguel Prim, teniendo el nombramiento de administrador parroquial, como lo fue Don Javier Ortega, tiene todas las prerrogativas, la autoridad y la jurisdicción del párroco.

12. En tercer lugar, el Cabildo de la Magistral fue elevado a Cabildo Catedralicio, cuando este templo se convirtió en Catedral, en 1991.

Este Cabildo ha llegado a un punto de su historia en el que necesita una renovación, fundamentalmente por razones de la edad de sus miembros; pero renovación no es supresión. A su debido tiempo, y con las correspondientes acciones jurídicas, habrá una renovación del Cabildo catedralicio.

13. Finalmente, quiero dar las gracias a todos vosotros, estimados fieles, por vuestro esfuerzo, vuestra colaboración, vuestra misión como catequistas de esta parroquia, como evangelizadores, como cantores, como organizadores, como animadores. ¡Gracias por vuestra participación! Veo rostros de muchas personas, que llevan aquí mucho tiempo trabajando. Deseo daros las gracias por el trabajo, que habéis realizado.

Gracias, estimados sacerdotes; a los miembros del Cabildo, a Don Manuel y a Don Fidel, por vuestro ministerio, ejercido en este templo con dedicación. Gracias, Don Juan-Miguel, por aceptar la carga y la responsabilidad de dirigir esta parcela de la iglesia diocesana.

14. A todos os pido un nuevo compromiso. La vida no termina; la Iglesia no se acaba, ni se acabará hasta el fin del mundo. Hemos de seguir anunciando a Jesucristo y celebrando los sacramentos; hemos de seguir bautizando a las personas, celebrando la eucaristía, bendiciendo a los matrimonios y solemnizando la liturgia.

Estoy muy interesado en que la liturgia en esta sede episcopal, sea una liturgia bien cuidada, solemnizada y participada por todos; por tanto, todos estáis llamados a colaborar en esta tarea de siempre, pero ahora con un renovado esfuerzo.

A los sacerdotes y a todos los fieles os pido que colaboréis en buena armonía y comunión; que trabajéis como fieles hijos de la Iglesia y como buenos miembros de esta comunidad cristiana; y que viváis con la alegría de los hijos de Dios. Que así sea.

DESPEDIDA DE MONS. PEDRO-LUIS MIELGO Y TOMA DE POSESIÓN DEL NUEVO PÁRROCO

Parroquia de Santo Domingo de la Calzada.
Algete, 17 de octubre de 2004

Lecturas: *Ex* 17,8-13; 2 *Tm* 3,14-4,2; *Lc* 18,1-8.

1. Hemos escuchado en el libro del Éxodo la narración de una gesta, cuyo protagonista principal es Dios. Pero en ella ha participado el pueblo de Israel, representado por su caudillo, Moisés; los sacerdotes, Aarón y Jur; y el jefe de las huestes, el guerrero Josué. El pueblo enemigo ha estado representado por su rey, Amalec.

Se traba una batalla, en la que Josué es el encargado de dirigir las tropas, y Moisés, acompañado de Aarón y Jur, sube al monte a rezar (cf. *Ex* 17,9-10). Mientras Moisés reza, el pueblo de Israel gana la batalla contra Amalec; cuando los brazos de Moisés decaen, Amalec vence (cf. *Ex* 17,11).

2. Este ejemplo se repite en la vida de todo cristiano: para que la acción sea fecunda y fructífera, hace falta apoyarla en la oración; es necesario pedir a Dios que nos ayude, para que nuestra vida sea auténticamente fiel y produzca frutos de buenas obras.

La oración está en la base de todo proyecto pastoral, de toda acción nuestra, como creyentes. No podemos descuidar la oración.

3. En el Evangelio se nos presenta a la viuda importuna, que, a tiempo y a destiempo, pide que se le haga justicia (cf. *Lc* 18,2-5). El Señor insiste en la importancia de la oración. Si no estamos vinculados al Señor, podremos hacer muchas cosas, pero no daremos frutos de amor. A veces, influidos por nuestra sociedad, también los creyentes queremos hacer muchas cosas; pero la mucha acción, sin una auténtica relación con el Señor, sin una oración profunda, es un “hiperactivismo”, que al final trae pocos frutos.

4. Se nos está invitando, a través de estas lecturas, a que cada comunidad cristiana, y la Iglesia entera, se afiance en la oración al Señor y pida que su acción produzca buenos frutos. Cuando Moisés no reza, las tropas de Josué no avanzan, ni vencen. Si no rezamos, nuestra acción quedará vacía. Los aparentes frutos humanos, que puedan surgir, se desvanecerán como el humo, se agotarán como la hierba de un día. Si queremos que nuestra vida cristiana lleve frutos abundantes y permanentes, hemos de afianzar todo eso en la oración.

5. Hoy, en esta comunidad cristiana de la parroquia de Santo Domingo de Algete, hay cambio de párroco. D. Pedro-Luis deja la parroquia, después de once años; y D. Francisco toma el relevo.

Estimada comunidad cristiana de Santo Domingo, os invito, con vuestro nuevo pastor a la cabeza, a que fundamentéis vuestra acción pastoral en la oración. Y os animo de una manera explícita a que recéis la oración de la Iglesia, con los Salmos; es la oración que los consagrados hacemos habitualmente en la Liturgia de las Horas (“Laudes”, “Vísperas”, “Hora Intermedia”).

Cantad y alabad al Señor con los Salmos. Que vuestra comunidad, además de la celebración eucarística, fuente y cumbre de toda vida cristiana y de toda la liturgia de la Iglesia (cf. *Christus Dominus*, 30), tenga momentos de oración en común con los Salmos.

Jesucristo rezó con los Salmos; la Virgen María rezó con los Salmos. ¿Por qué no rezar también nosotros con los Salmos? Es una clara invitación a la comunidad, para que viva con mayor profundidad la fe que salva.

6. La imagen de Moisés en el monte, con los brazos levantados, simboliza la figura de Jesucristo, que sube al Monte Calvario y extiende sus brazos en la Cruz (cf. *Mt* 27,31-33) y reza al Padre por todos nosotros.

Moisés contempla, desde el monte, la batalla que se desarrolla en la llanura. Jesús contempla, desde el Calvario, al mundo necesitado de salvación. La oración y entrega de Jesús salva a todo el mundo, a todos los que estamos en esta llanura, en este valle de lágrimas.

El pastor de la comunidad parroquial debe subir al monte, al altar, al templo, con su comunidad, para rezar y alabar a Dios, para unirse a la acción litúrgico-salvífica de Jesucristo en la Cruz; de este modo, las acciones que hacemos, individual y comunitariamente, tendrán su fruto.

7. Timoteo, puesto por Pablo como cabeza de una iglesia particular, es animado a profundizar en las sagradas Escrituras y exhortado a mantenerse fiel a lo que le enseñaron: «Tú, en cambio, persevera en lo que aprendiste y en lo que creíste, teniendo presente de quiénes lo aprendiste» (2 Tm 3,14). La fe que le enseñaron desde niño es la fe en el Dios que salva; no hay que perder esa enseñanza.

Esa misma invitación nos la ofrece hoy San Pablo a nosotros: los “timoteos”, que nos encontramos aquí reunidos. Nos exhorta a mantener la fe, que hemos recibido de la Iglesia; la fe en el Dios que salva; la fe en la Sagrada Escritura, que es palabra de vida.

8. La palabra de Dios enseña, educa y lleva hacia Dios; sirve para hacer crecer en el amor, en la esperanza cristiana y en la fe; sirve para educar en la virtud, para argüir, reprochar, criticar y exhortar. Desde la palabra de Dios las cosas se ven de otra manera y se adquiere el sentido profundo de la vida; en ella encontramos lo necesario para nuestra salvación.

Dios ya ha dicho su última “Palabra” y no revelará cosas nuevas. La revelación terminó con la muerte del último Apóstol. Lo tenemos todo en el Libro de los libros, porque es palabra revelada, palabra de vida, palabra de salvación. A ella hemos de acudir los cristianos, como a nuestra fuente. Es una Palabra que debe ser oída, leída, meditada, rezada y profundizada de manera permanente.

9. Hoy toma posesión de esta parroquia su nuevo pastor, D. Francisco. Tendrá que compatibilizar esta tarea con la de encargado de la pastoral universitaria de la Diócesis.

Invito de corazón a esta comunidad cristiana de Santo Domingo, con el nuevo párroco a la cabeza, para que, además de la proclamación de los textos

bíblicos, que se leen en la liturgia, leáis, profundicéis y meditéis la palabra de Dios. Ella es fuente de vida; es fuente de riqueza; es fuente de luz; es fuente de misericordia. Acudid a este manantial de gracia, no sólo individualmente, sino como comunidad orante, que reza con los salmos y escruta la Sagrada Escritura.

El Señor nos ofrece su vida; el mejor modo de agradecérselo es aceptar y vivir su regalo.

10. Esta comunidad parroquial fue creada hace unos treinta años. Su primer párroco, D. Arturo López, estuvo bastantes años. Le sucedió Mons. Pedro-Luis, que fue ecónomo de la reinstaurada Diócesis de Alcalá de Henares y nombrado posteriormente Vicario episcopal. En estos años ha combinado las tareas de párroco con las de sus cargos diocesanos.

Quiero agradecerle el esfuerzo que ha hecho, la dedicación que ha tenido a esta comunidad cristiana, el estilo que le ha acuñado y el amor con que lo ha realizado.

11. Cada párroco, estimados fieles, es un regalo del Señor; cada párroco tiene su estilo, su espiritualidad, su forma de vivir el sacerdocio, su manera de ejercer el pastoreo. No hay que hacer comparaciones, puesto que no hay persona humana que sea igual a otra. ¡Tomad lo mejor de cada pastor vuestro!

D. Arturo os ayudó a crear la parroquia y a iniciarla; Mons. Pedro-Luis encontró una comunidad en marcha, con sus peculiaridades, con un estilo y con una forma de ser. Me consta el esfuerzo que ha hecho por ayudaros a ser mejores hijos de Dios y mejores fieles cristianos, miembros de la Iglesia. Quiero agradecerle todos estos años, que ha dedicado a esta Parroquia.

12. Nuestra Diócesis va creciendo y necesita mayor entrega por parte de todos, sacerdotes y fieles laicos. Aunque nació en el siglo V, fue reinstaurada hace pocos años y necesita que algunos sacerdotes dediquen mayor esfuerzo a las tareas diocesanas.

Les he pedido, a Mons. Pedro-Luis, hasta hoy vuestro párroco, y a Mons. Florentino Rueda, párroco de Talamanca durante veinticuatro años, que renuncien al cargo parroquial y colaboren con el obispo a tiempo completo en el gobierno de la Diócesis.

13. Ayer tuvo lugar la toma de posesión del nuevo párroco de Talamanca, D. Jesús Santana, hasta ahora coadjutor de esta parroquia.

Agradezco a D. Jesús y a D. Pedro-Luis que hayan trabajado como dos hermanos y se hayan ayudado mutuamente. Vosotros, estimados feligreses de esta comunidad, habéis podido apreciar que se han entendido muy bien y que han vivido con sentido fraternal y con gozosa colaboración.

Gracias D. Jesús. Como te dije ayer, le pido a Dios que te haga un santo pastor en Talamanca.

14. Continuará con vosotros un gran sacerdote, D. Modesto, colaborador de esta parroquia durante muchos años. De manera libre y voluntaria ha ofrecido su servicio sacerdotal en esta comunidad, combinándolo con su trabajo en la Conferencia Episcopal.

Le agradezco estos años de trabajo y la generosa entrega de su ministerio por vosotros. Me alegra que mantenga su disponibilidad, para continuar colaborando en esta parroquia. ¡Gracias, D. Modesto!

15. Estos son los cambios que se producen en esta parroquia. La vida continúa y la Iglesia sigue creciendo. Decía antes que cada uno aporta lo mejor que tiene.

Esta comunidad cristiana, que conozco desde hace cinco años, ha ido madurando cada día y tiene que ir madurando más. Os invito de nuevo a que os enriquezcáis con lo mejor de cada sacerdote.

D. Francisco tiene otro estilo y está vinculado a unas formas concretas de espiritualidad; eso también os enriquecerá, porque en la Iglesia el Espíritu distribuye los carismas y dones, que nos ayudan de muchas maneras a seguir el camino que el Señor nos tiene marcado.

16. D. Francisco ya sabe que, con toda confianza, pongo en sus manos esta comunidad parroquial, para que la cuide con cariño, para que la apaciente como el Señor, para que la ame y para que la guíe hacia Dios. Durante este curso, colaborará con él D. Álvaro, ordenado diácono hace poco.

Como reza una oración del tiempo de Cuaresma, que no les falte a los fieles la dirección y el amor del pastor, pero que no le falte al pastor el cariño y la fidelidad de los fieles.

Demos gracias a Dios que nos regaló a su Hijo, el cual quiso estar presente en su Iglesia, de una manera especial, a través de los sacerdotes. Su presencia continuará hasta el final de los tiempos; esa presencia está enriquecida por vuestra presencia, vuestra oración, vuestra colaboración, y vuestro esfuerzo en querer ser hijos de Dios.

A todos vosotros, mis mejores deseos de gozo, de paz y de alegría en el Espíritu Santo. Amén.

RITO DE ADMISIÓN DE LOS CANDIDATOS AL SACERDOCIO

Catedral, 18 de octubre de 2004

Lecturas: 2 *Tm* 4,9-17; *Lc* 10,1-9.

1. La celebración del Rito de Admisión tiene mucho de petición al Señor por las vocaciones de especial consagración. El evangelista Lucas, cuya fiesta celebramos hoy, nos narra precisamente el pasaje en el que el mismo Señor nos invita a pedir por los trabajadores de su viña: «La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (*Lc* 10,2).

Este rito no está referido directamente a la recepción de un ministerio concreto, sino a la admisión, por parte de la Iglesia, de los candidatos al sacerdocio.

Vosotros, queridos jóvenes, habéis oído la llamada del Señor y habéis seguido esa llamada. Ahora, la Iglesia, después de haber hecho discernimiento, confirma esa llamada de manera oficial y en el marco litúrgico; ello se verá reflejado en el diálogo que, después, mantendrán los candidatos con el presidente de la celebración.

2. Esta ceremonia está muy vinculada a la petición para que el Señor mande obreros a su mies: «Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (*Lc* 10,2). ¡Pedid al Señor por las vocaciones al sacerdocio!

Vosotros, estimados jóvenes, sois los obreros que el Señor ha llamado para trabajar en su viña. Habéis mostrado vuestra disponibilidad, para aceptar la misión que se os encargará a su debido tiempo: recibiréis la misión, dentro de poco, en el ministerio diaconal y, más tarde, la misión en el ministerio sacerdotal.

3. Es importante que, en la vocación al sacerdocio, remarquemos el regalo del Señor. La iniciativa no parte del candidato. Cuando un candidato expresa su deseo de ser sacerdote, lo hace desde una actitud de escucha de lo que el Señor le pide en su vida.

Pero es el Señor quien llama y quien envía: «Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Lc 10,2). El Señor no dice que puede ir quienquiera, sino sólo aquel a quien Él envíe; quien no sea enviado, no debe empeñarse en querer ir.

4. Para hacer el discernimiento, la Iglesia se sirve de muchas personas e instituciones (sacerdotes, superiores, profesores, fieles consagrados y laicos, Seminario, parroquias). Después de un largo proceso, el obispo, cabeza de la iglesia particular, admite al candidato.

Una vez ya admitido se le exige al candidato que desarrolle una serie de actitudes y comportamientos, que puedan facilitar y hacer más fecundo su ministerio sacerdotal posterior.

El evangelio lucano, que ha sido proclamado hoy, expone algunas de las características, que conciernen a todos los llamados y enviados por Dios a trabajar en su mies. Deseo ofreceros una breve reflexión sobre cinco características o actitudes.

5. La primera actitud es “ponerse en camino”: «Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí, a todas las ciudades y sitios a donde él había de ir» (Lc 10,1). El enviado debe tener una actitud dinámica. No puede cruzarse de brazos, sino que tiene que ir a la mies; debe ponerse en camino y comenzar a trabajar.

Debe hacerlo, además, con sencillez: «Mirad que os envío como corderos en medio de lobos» (Lc 10,3). Esto que dice el Señor no es una metáfora bonita, ni una figura literaria. En todos los momentos de su historia, la Iglesia ha sido persegui-

da y sigue estándolo, porque no es aceptada la palabra que ella proclama, ni aceptado el mensaje que trasmite.

6. En este momento de nuestra historia, existe una serie de tensiones y puntos de vista opuestos entre los católicos y los demás ciudadanos de nuestra sociedad, ante ciertas leyes y proyectos de leyes.

No se trata simplemente de un contraste entre la opinión de los obispos y el parecer de los representantes políticos; se trata de la contraposición entre la cosmovisión cristiana de la vida y la posición secularista y atea. El debate no está bien planteado si se presenta como una teórica contraposición entre quienes son cabeza visible de la Iglesia católica y el gobierno; el problema consiste en cosmovisiones distintas y enfrentadas entre ciudadanos de la misma sociedad.

7. En estas lides, los católicos nos encontramos como corderos en medio de lobos, con el consiguiente peligro de que nos den un zarpazo o una dentellada; y eso no es agradable, humanamente hablando.

Existe realmente la posibilidad del martirio; más aún, hay una clara certeza de martirio auténtico, considerando que se dan muchas formas de martirio: tanto el físico, como el espiritual y moral; las dentelladas de los lobos a las ovejas pueden ser psíquicas y morales, que, normalmente, duelen tanto o más que las físicas.

La primera actitud que se nos exige, por tanto, es la de ponernos en camino, con sencillez, para hacer lo que el Señor nos pide y aceptar lo que nos sobrevenga.

8. En segundo lugar, se nos pide una “actitud de pobreza”: «No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias» (*Lc* 10,4). No vayáis con talegas, ni con títulos, ni con recursos humanos propios, pensando que con eso vais a evangelizar y vais a vencer a todo el mundo; todo eso sirve de bien poco.

Lo que evangeliza y convierte es la Palabra de Dios, a la que serviréis; ella será vuestra fuerza. Hay que acercarse a los hombres con pobreza. Podéis llenaros de todos los recursos humanos que queráis: intelectuales, doctrinales, literarios; eso es muy bueno, pero no confiéis en ellos. Hay que fiarse de Dios, de su Palabra y de la fuerza de su amor. Hay que poner nuestra confianza en la misma fuerza del Evangelio, que proclamamos; nos lo recuerda el evangelista Lucas, en su fiesta.

9. Una tercera actitud del mensajero es el anuncio de la paz; hay que ir con “actitud pacificadora”, anunciando la paz: «En la casa en que entréis, decid primero: ‘Paz a esta casa’. Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros» (*Lc 10,5-6*).

Cuando llegues a un lugar ofrece la paz de Cristo y proclama: “Paz a esta casa, paz a esta comunidad”. La paz es fruto propio del Reino mesiánico; es una característica del Reino de Dios. Los cristianos somos portadores de paz en un mundo, cuya característica fundamental no es, precisamente, la paz. Pero en este mundo, tan necesitado de paz, somos mensajeros y portadores de la misma.

10. Otra característica del obrero de la viña del Señor, de la que habla el texto evangélico, “es curar a los enfermos” de la comunidad a la que sirve: «Curad los enfermos que haya en ella» (*Lc 10,9*).

Lleváis una misión de “sanación”, porque nuestra sociedad está enferma. No gusta oír esto a mucha gente, pero esta sociedad está enferma. Expresión de ello son algunas leyes que tenemos y otras que quieren hacer, que van claramente contra la vida humana y contra el desarrollo integral del mismo hombre.

Cuanto más moralidad cristiana pierde una sociedad, más se aleja de Dios, más enferma y más se debilita. En este momento histórico, la sociedad española camina hacia el precipicio, por resquebrajamiento moral.

Hay muchos tipos de enfermedad; pero la peor de todas es la moral. Una enfermedad física puede ser curada, o puede llevarle a uno a la otra vida; pero esto no es lo más importante, porque, al fin y al cabo, el hombre sigue su destino eterno. Pero la enfermedad moral puede llevarle a uno al abismo eterno.

Esta sociedad necesita ser curada con la Palabra que salva. Muchos enfermos esperan la curación de sus enfermedades morales; otros ni siquiera son conscientes de su enfermedad y necesitan que alguien les abra los ojos. Estáis llamados a ser grandes cirujanos; y entendéis perfectamente cuál es vuestro bisturí.

11. Finalmente, el texto evangélico nos habla del “anuncio del Reino de Dios”: «El Reino de Dios está cerca de vosotros» (*Lc 10,9*). Con actitud de sencillez y humildad, como corderos en medio de lobos; con estilo de pobreza y desprendimiento; con intención de sanar y curar, usando los instrumentos y medios del

único salvador, Jesucristo; con el estilo de los portadores de paz... ¡Anunciad que el reino de Dios está cerca!

Ese es el núcleo del mensaje: Dios está cerca; Dios está en el corazón de los hombres; el hombre ha sido salvado y Dios quiere implantar su Reino de amor, de perdón, de misericordia, de sanación.

Esa es la gran noticia que tenemos que ofrecer todos nosotros y, de manera especial, los llamados a trabajar en la viña del Señor. Cada uno es llamado desde su tarea, desde el carisma que Dios le ha otorgado, desde su situación personal. Todos los fieles cristianos estamos llamados a pregonar esta hermosa “buena nueva”, pero de manera especial vosotros, los que tenéis la misión de pregonar la Palabra de Dios en su nombre.

12. Con estas buenas actitudes, estimados jóvenes, vais a ser admitidos como candidatos al sacerdocio. Hoy rezamos de modo especial por vosotros, para que el Señor os mantenga en el buen propósito que manifestáis.

También rezamos para que el Señor envíe obreros a su mies, porque hacen falta brazos que trabajen en la viña del Señor.

Hay que tener confianza en la palabra del Señor. Si Él nos pide que recibamos, hagámoslo; seamos obedientes a su deseo y pidámosle: “Envía, Señor, trabajadores a tu mies”. Amén.

ORDENACIÓN DE DIÁCONOS

Catedral, 23 de octubre de 2004

Lecturas: *Hch* 6,1-7; *Ef* 4,7-16; *Lc* 13,1-9.

1. El Espíritu distribuye los carismas

1. San Pablo, en su carta a los Efesios, nos recuerda que a «cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo» (*Ef* 4,7). Dios ha tenido a bien constituir «a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y maestros» (*Ef* 4,11).

Cada uno de nosotros es llamado por el Señor a desempeñar una misión propia en la Iglesia. A vosotros, estimados José-Javier y Fernando, os constituye hoy en pastores del pueblo de Dios, mediante la ordenación diaconal. El Señor os otorga hoy el don del ministerio jerárquico, mediante el sacramento del Orden.

2. Como dice el Concilio Vaticano II: “Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cf. *Ef* 4,11-12; *1 Co* 12-4; *Gal* 5,22), a la que guía hacia toda verdad (cf. *Jn* 16,13) y unifica en comunión y ministerio” (*Lumen gentium* 4). No existe contraposición ni dualismo, como algunos pretenden defender, entre la función jerárquica y las otras tareas eclesiales. Ambas están enriquecidas por dones del mismo Espíritu; y ambas contribuyen, de modo diverso, a edificar y enriquecer la misma Iglesia.

2. Para edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia

3. La finalidad de los dones jerárquicos y carismáticos, que el Espíritu Santo otorga a los fieles, como dice San Pablo, es doble: «Para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del Cuerpo de Cristo» (*Ef* 4,12).

Estáis llamados, pues, a una doble tarea: por una parte, ayudar a todos los fieles en la consecución de su santidad, en el perfeccionamiento de su vida espiritual. Ellos tienen derecho a recibir de vuestro ministerio: la Palabra revelada, que da vida; el anuncio del Evangelio, que ilumina y salva; la guía y orientación, que les lleve más fácilmente a Dios; tienen derecho y pueden exigirlos que les hagáis ese servicio.

4. Estáis llamados, por otra parte, a ayudar al obispo y a los presbíteros, con vuestro ministerio diaconal, fiel y obediente. Sois servidores de quienes ejercen en la Iglesia el sacerdocio ministerial.

Cabría aquí desglosar ese servicio: servicio no es servilismo y fidelidad y obediencia no es esclavitud; si viene considerado todo desde el amor cristiano, se salvan todas las posibles dicotomías, que se quieran poner, o los extremismos que, a veces, falsamente se ponen. Cabe, por tanto, un gran diálogo fraternal tanto con el Obispo como con los presbíteros y con los fieles, sean laicos o de especial consagración.

Desde hoy entraréis a formar parte del Presbiterio diocesano, al que debéis uniros con fraternal caridad. Desde hoy, pues, quedaréis incardinados a esta iglesia particular de Alcalá de Henares, a la que deseáis servir con todo vuestro corazón.

5. Me gustaría decir una palabra respecto a la vinculación a la iglesia particular. No podemos confundir la realidad de la Iglesia con las imágenes poéticas, que aparecen tanto en la Sagrada Escritura como en el Concilio Vaticano II, o en el Magisterio eclesial.

Cuando se habla de la Iglesia, se emplean muchas imágenes, entre ellas: la viña, la esposa, el redil, y otras; pero ninguna de esas imágenes expresa todo lo que es la Iglesia universal, ni su concreción en las iglesias particulares.

Esto ha llevado a falsas posturas eclesiales, y a defender la idea de que uno se casa con una iglesia particular y tiene que mantener, de por vida, fidelidad perpetua a esa iglesia particular; al menos se ha dicho respecto al ministerio de los obispos. También los presbíteros pueden cambiar de comunidad cristiana y de iglesia particular, pero sirviendo siempre a la “única esposa de Cristo”, si preferimos mantener esa imagen.

3. Alcanzar la plenitud en Cristo

6. La meta última, que da sentido a toda nuestra misión, es llegar «todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (*Ef* 4,13).

Me gustaría, queridos Fernando y José-Javier, que no perdierais de vista este objetivo final. No podéis poner vuestro ministerio al servicio de objetivos parciales; hay que poner la mirada en Cristo, en la medida de su don, en reproducir su imagen en nosotros, en llegar a la plenitud de su conocimiento.

Todos los cristianos estamos llamados a reproducir en nosotros la imagen de Cristo, grabada en nuestra alma desde nuestro bautismo. Cada uno tiene que esforzarse en reproducir, dentro de sí mismo, en su corazón, la imagen de Cristo; y, al mismo tiempo, transmitirla al exterior, mediante el testimonio de vida.

7. El ministerio diaconal, presbiteral y episcopal tienen la misión de ayudar a conseguir el objetivo de reproducir la imagen de Cristo, no solamente en uno mismo, sino también en los demás.

El Señor quiere que «realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia Él, que es la Cabeza: Cristo» (*Ef* 4,15). Somos miembros de su cuerpo místico, que es la Iglesia. El Cristo total es cabeza y miembros. Es, por tanto, falaz decir: “Yo creo en Cristo, pero no creo en la Iglesia”, porque Cristo es la cabeza de la Iglesia; no se puede decir: “yo quiero servir a Cristo, pero no sirvo a los miembros de la Iglesia”; servir a los miembros es servir al mismo Cristo.

8. En su carta a los efesios, San Pablo habla de un complejo de elementos y de junturas: «Todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor» (*Ef* 4,16).

Todos los miembros son importantes; nadie debe ser excluido del cuerpo místico de Cristo; cada uno actúa teniendo en cuenta, no sólo lo que él es, sino lo que son el resto de los miembros y todos procuran el propio y el ajeno crecimiento.

Todos los miembros interactúan y se aprovechan del esfuerzo conjunto y coordinado de los demás miembros del cuerpo. Así me gustaría que viviéramos en nuestra iglesia particular de Alcalá.

9. San Pablo nos advierte del peligro de ser zarandeados por los vientos de las modas, que el mundo ofrece cada día: «Para que no seamos ya niños sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina, en la trampa de los hombres, que con astucia conduce al error» (*Ef* 4,14).

Tenemos el peligro de ser sacudidos por las olas, que mudan con gran facilidad; tanto los vientos como las olas nos puedan alejar de la verdadera doctrina de Jesucristo.

Estáis llamados a orientar y guiar a los fieles, en medio de tormentas, de vientos o de fuertes olas, que sacuden la nave de la Iglesia; estáis llamados a mantener el rumbo hacia Dios; estáis llamados a permanecer anclados en Cristo, la Roca firme, la Verdad, la Libertad, el único Camino. No podemos estar a merced de las olas de cada día o de cada época, ni a los vientos de cada momento.

4. Llamados a dar buenos frutos

10. En el Evangelio de San Lucas se nos cuenta la Parábola de la higuera estéril: «Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró» (*Lc* 13,6).

La reacción del dueño fue querer cortarla: si no produce frutos, ¿para qué tiene que ocupar terreno en balde. Pero el que la cultiva le pide: «Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas» (*Lc* 13,8-9).

El Señor espera buen fruto de todos nosotros. Hemos empezado diciendo que el Señor os regala hoy un don jerárquico, os regala un tesoro; os hace un favor, llamándoos a ejercer este ministerio. No le hacéis vosotros ningún favor a Él; sencillamente correspondéis a un regalo, que Él os ha dado y le agradecéis el favor que os hace: el de anunciar el Evangelio.

San Pablo, en referencia a su paga de evangelizador, dice: «¿Cuál es mi recompensa? Predicar el Evangelio entregándolo gratuitamente, renunciando al derecho que me confiere el Evangelio» (1 Co 9,18). Esa va a ser vuestra paga. Por tanto, que vuestra tarea y vuestro ministerio sea para contribuir a los buenos frutos, que el Señor espera de su Iglesia.

La lectura del libro de los Hechos nos ha hablado del crecimiento de la Iglesia: «La Palabra de Dios iba creciendo, y en Jerusalén crecía mucho el número de los discípulos» (Hch 6,7). Vuestro ministerio también está llamado a fomentar la expansión del Reino de Dios, cuya presencia visible es la Iglesia. No se identifican en absoluto, pero vuestra tarea es para favorecer esa extensión del Reino, que implica también la extensión de la Iglesia, como sacramento universal de salvación para los hombres.

5. Despedida

11. ¡Que el Señor os ayude a mantener el regalo que os ofrece! ¡Mantenedlo fructífero y vividlo con gozo y acción de gracias!

Demos gracias a Dios, porque hoy es un día de fiesta para nuestra Diócesis de Alcalá y para toda la Iglesia, puesto que la iglesia particular es la expresión concreta de la Iglesia universal.

Hoy es un día de alegría y de acción de gracias a Dios, porque el Señor nos regala dos nuevos diáconos en las personas de Fernando y José-Javier. Pidamos a Dios por ellos, para que sean fieles a este ministerio, que hoy les regala el Señor, y para que su servicio diaconal sea fecundo en pro de la Iglesia. Quiero agradecer también vuestra consagración a Dios y vuestra entrega concreta en esta iglesia de Alcalá.

Pidamos también al Señor para que otros muchos jóvenes descubran la llamada, que Cristo les hace de servir a su Iglesia.

¡Que la Virgen del Val, patrona de nuestra ciudad nos proteja con su maternal intercesión y nos ayude a servir con fidelidad a Cristo y a su Iglesia! Ella, que fue modelo perfecto de aceptación de la voluntad de Dios, os asista en la misión que el Señor os encomienda hoy. Amén.

XX ANIVERSARIO DE LA HERMANDAD DE LA VIRGEN DEL ROCÍO DE ALCALÁ

Monasterio de Clarisas de Ntra. Sra. de la Esperanza.
Alcalá, 23 de octubre de 2004

Lecturas: *Eclo* 35,12-14.16-18; 2 *Tm* 4,6-8.16-18; *Lc* 18,9-14.

1. La parábola del fariseo y el publicano

1. Acabamos de escuchar la parábola del fariseo y del publicano, narrada por Jesús, según el evangelio de San Lucas. Hay dos actitudes radicalmente distintas entre ambos personajes: El fariseo piensa que es justificado por lo que hace, porque cree que cumple la ley (cf. *Lc* 18,11-12); sin embargo, ni cumple la ley ni es justificado.

El publicano, en cambio, se acoge más bien, a la misericordia de Dios (cf. *Lc* 18,13). No se jacta de sus obras, ni de su generosidad, ni de su oración; tal vez era más dadivoso y rezaba más que el fariseo. Ante Dios le vale su actitud de humildad y su oración sincera: Señor, no me atrevo a entrar ni siquiera en tu presencia; soy una criatura tuya; soy un pobre pecador; tú eres mi Dios y Señor.

2. La actitud del fariseo es de endiosarse: Se coloca en el lugar de Dios. La actitud del publicano, en cambio, es de reconocer a Dios y aceptar la realidad de sí

mismo. El evangelista Lucas comenta que uno salió perdonado y el otro salió sin justificación (cf. *Lc* 18,14); salió peor que había entrado, por su actitud de orgullo. ¿Qué actitud nos pide Dios: La del publicano o la del fariseo? ¿Cuál es la actitud que María, la Virgen del Rocío, ha tenido ante Dios? Siendo la criatura humana más enriquecida por los dones de Dios, la más preciosa, la “llena de gracia”, la “sin pecado”, podía estar orgullosa y decir: “Señor yo no tengo pecado; soy la mujer más maravillosa de toda la historia, la mujer más bendita entre las mujeres”; pero no se le ocurrió decirle eso al Señor. La Virgen le dijo más bien: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38).

¡Que gran ejemplo de humildad y de sencillez, nos ofrece la Virgen del Rocío! Ella os ha aleccionado con su ejemplo, durante estos veinte años de camino; ella, la Madre, os ha dicho cómo comportaros ante Dios.

2. La Jornada del “DOMUND”

3. Hoy se celebra en toda la Iglesia la Jornada llamada del “Domund”, o lo que es lo mismo, la Jornada de la Evangelización de los Pueblos. Tal vez la imagen que tenéis de “Domund” está un poco determinada por unas costumbres o unas imágenes infantiles pero, fundamentalmente, esta jornada es la de la evangelización de aquellos que no conocen a Jesús.

San Pablo, en la carta a Timoteo, que hemos escuchado, nos ha hablado de que él ha podido predicar el Evangelio de manera íntegra, a pesar de los obstáculos y de las dificultades.

El Señor quiere que su persona y su salvación llegue a todos los hombres. La evangelización consiste en dar a conocer la Buena noticia y la riqueza de la fe. ¿Estáis vosotros contentos de conocer a Jesucristo? ¿Estáis contentos de conocer y amar a la Virgen del Rocío? ¿Podéis acaso callároslo? ¿Puede un hijo, que ama a su madre, no decirlo a nadie, ni siquiera a ella misma? No sería normal.

4. La Virgen está pidiéndonos que seamos testigos de su Hijo Jesús, como lo fue ella. La Virgen nos está invitando a que propaguemos el mensaje de Jesús, que no es un simple mensaje, sino que es vida para el hombre. La fe es algo que se vive, como el amor; el amor no consiste en conocer cosas sobre el amor, sino en amar. Ama aquel que entrega su vida gratuitamente, pero no el que sólo sabe cosas sobre el amor, pero es incapaz de darse.

Lo mismo sucede con la fe: Cree aquel que acepta a Dios en su vida, lo ama y da testimonio de Él con palabras y obras; pero no cree el que sólo sabe cosas sobre Dios, pero es incapaz de amarle o de fiarse de Él.

5. San Pablo fue un predicador incansable del Evangelio: «El Señor me asistió y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles» (2 *Tm* 4,17). ¡Que preciosidad! ¡Ojalá podamos decirle al Señor que, por nuestro medio, de palabra y obra, se proclama íntegro el mensaje del Evangelio!

La predicación del Evangelio resulta una dura tarea. San Pablo anima a su discípulo Timoteo con estas palabras: «Soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio, ayudado por la fuerza de Dios» (2 *Tm* 1,8). El Señor nos invita a que seamos valientes y a que digamos la verdad, aunque nos cueste sufrir, aunque sangremos, aunque nos insulten, aunque encontremos obstáculos e incomprensiones.

6. Jesucristo es la Verdad y la Vida; Él es el único Camino (cf. *Jn* 14,6). La Virgen del Rocío nos anima y nos lleva de la mano, para poder recorrer ese Camino, que es Jesús. Recorrerlo implica poner mi vida en dinamismo hacia Dios, con la Virgen María a mi lado. Eso es ser “rociero”: Caminar con María el camino de Jesús. El cristianismo no es una mera doctrina, es más bien una vida.

En los piropos y “vivas”, que hacéis los rocieros, usáis una imagen muy bonita: “El Pastorcito divino”. El Pastor divino es Jesucristo y María es la Pastora. Hay un precioso canto medieval, que habla de que ella es la “Cordera que engendró al Cordero inmaculado”, al Cordero de Dios, que ofreció su vida para la salvación de los hombres. Nosotros, siguiendo la imagen del pastor, somos como los corderillos que caminan de la mano de María.

En la oración del inicio de la misa hemos pedido al Señor que su grey, iluminada por su palabra y confortada con los sacramentos, camine por las sendas de la salvación. Hemos de ir por los caminos de salvación, no por derroteros que se apartan de la vida, ni por marismas de fangos que impiden caminar. Los rocieros conocéis bien los caminos que llevan al Santuario mariano y sabéis por dónde hay que ir y por dónde hay que evitar caminar. ¡Haced lo mismo en vuestra vida de creyentes!

3. Acción de gracias a Dios por el XX Aniversario de la Hermandad

7. En la vida de fe es lo mismo. Hemos de aprender, de la mano de María, la Virgen del Rocío, a caminar hacia Cristo; hemos de abandonar vericuetos, que nos separan del verdadero camino y nos alejan de lo que es la auténtica verdad y el auténtico amor.

Como ha dicho vuestro presidente, Don Javier, lleváis veinte años de camino. Quiero felicitaros y daros la enhorabuena por este ya largo camino. Dos décadas es tiempo suficiente, para demostrar que vuestro compromiso es algo serio y que no es un mero capricho.

8. La expresión de fe rociera no es un simple folklore, aunque tenga, claro está elementos culturales y folklóricos, que se expresan a través del canto, del vestido, de la fiesta.

Vuestro presidente os ha invitado a vivir la fe y a rezar a la Virgen; os ha animado a cantar a Dios, agradeciéndole este camino recorrido. Me uno a sus palabras. ¡Cantad a Dios, dándole gracias con himnos y cánticos inspirados! (cf. *Ef* 5,19); cantad a Dios por las maravillas que hace en cada uno de vosotros y agradecedle lo que ha hecho durante este tiempo: Las gracias, que el Señor os ha ido dando; la luz, que ha iluminado vuestro corazón y vuestra inteligencia; el fuego de amor, que ha encendido dentro de vuestro corazón; la ilusión por vivir, por reunirse con los demás, por cantar, por peregrinar, por estar con María.

¡Demos gracias a Dios! Esto quiere ser la eucaristía que estamos celebrando: Una auténtica acción de gracias a Dios, por estos veinte años de andadura.

9. ¡Os felicito y deseo que la Hermandad del Rocío siga caminando! ¡No os detengáis, ni os canséis; seguid caminando con María el camino de Jesús!

Toda bendición tiene dos aspectos: La acción de gracias y la petición. Estamos haciendo una bendición a Dios: Bendito seas Señor, por este regalo y estas gracias que nos has concedido; pero también te pedimos que nos sigas ayudando, que nos des tu fuerza, que nos des la valentía del espíritu, para ser pregoneros de tu Evangelio.

Estimados rocieros: Cada rociero debe ser un misionero, en su ambiente; debe hablar no solamente con la palabra, debe hablar con toda su vida de la maravilla que es el Dios de Jesucristo; de lo importante que es para vuestra vida la presencia del Señor; del regalo que supone vivir la fe católica; de la gran compañía que nos hace la Virgen del Rocío, caminando con nosotros por la vida.

Hoy, querido rociero, en esta Jornada del “Domund”, sé un rociero misionero; proclama con tu palabra y con tu vida la fe que has abrazado.

4. La presencia maternal de la Virgen del Rocío

10. Una palabra sobre la importancia de la presencia maternal de la Virgen del Rocío. El libro del Eclesiástico nos ha dicho que el Señor es un juez justo, que no hace acepción de personas, que atiende al pobre y a la viuda, que escucha la plegaria del agraviado, que no olvida la súplica del huérfano (cf. *Eclo* 35,12-14).

El pobre, el agraviado, el huérfano, la viuda eran, según el Antiguo Testamento, las personas más necesitadas y a las que había que proteger y cuidar. En la familia, cuando un hijo quiere conseguir algo, si el padre se opone, suele recurrir a la madre. La figura de la madre se siente más cercana, más comprensiva, más amable, más cariñosa, más condescendiente; los hijos fácilmente aprenden esta lección.

11. Si aplicamos esta experiencia humana a nuestra vida de fe, es muy probable que, cuando las cosas no salen como nos gustan, acudamos a la Virgen, para pedirle ayuda; sobre todo cuando sobrevienen dificultades en la familia, enfermedades e incluso la muerte. Dios quiere purificarnos con esas pruebas.

Pero nos ha regalado a una madre maravillosa, a la que siempre podemos acudir, sobre todo en aquellos momentos de la vida en que nos parezca que son más duros.

Ya sé que acudís, en toda circunstancia, a la Virgen del Rocío. Os animo a que continuéis haciéndolo: Contadle vuestras penas; pedid su intercesión; decidle que esté con vosotros en todos los momentos, en los buenos y en los difíciles, en las alegrías y en las aflicciones.

12. Hoy es un día de gozo. En este año tenemos dos motivos fuertes para dar gracias a Dios. Hemos tenido dos grandes regalos: En primer lugar, la Hermandad ha sido admitida como Hermandad filial de Almonte; en segundo lugar, estamos celebrando el vigésimo aniversario de la creación de la Hermandad.

¡Acudid a María! Ella sabe cómo atendernos y, además, quiere hacerlo. Con todo cariño filial, con todo respeto y con toda humildad, vayamos de su mano hacia Jesús. Amén.

450 ANIVERSARIO DE LA HERMANDAD DE SANTIAGO Y NTRA. SRA. DEL PILAR

Parroquia de San Juan Bautista.
Arganda, 31 de octubre de 2004

Lecturas: *Sb* 11,22 -12,2; *2 Ts* 1,11-2,2; *Lc* 9,1-10.

1. El libro de la Sabiduría nos recuerda hoy que la vida proviene de Dios; Él es el creador del universo; el mundo entero es ante él como un grano de arena, como una gota de rocío (cf. *Sb* 11,22).

El Dios de la vida ha querido hacernos partícipes de su ser y nos ha llamado a la existencia. El regalo que nos ha hecho nos debe animar, en primer lugar, a ser agradecidos; a reconocer la verdad sobre nosotros mismos; a aceptar que somos criaturas de Dios y que el hombre ha sido creado a su imagen.

2. En segundo lugar, esta verdad nos impulsa a respetar la vida humana, a amarla y a cuidar de ella. Aceptar el regalo de la vida, supone hacer lo posible por conservarla. Nadie es dueño de su propia vida, ni de la vida de otro ser humano; nadie tiene derecho a interrumpir el curso natural de la vida humana.

La Iglesia católica proclamará siempre, con voz clara y firme, que la vida humana es sagrada y debe ser respetada, desde su concepción hasta su muerte natural.

3. En el evangelio de hoy hemos visto la actitud de Zaqueo, quien, estando alejado de Dios, se convierte a Él y vuelve la luz y la alegría a su corazón. Cuando alguien se ha alejado de la Vida y del Amor, le queda la esperanza del perdón y de volver otra vez a gozar de la cercanía de Dios.

Jesús, al encontrarse con Zaqueo, opera una transformación en él. La vida de Zaqueo estaba llena de cosas materiales y de riquezas, pero le faltaba lo principal: lo que llena al hombre, lo que da sentido a la existencia humana. Jesús quiere alojarse en casa de este jefe de publicanos, para llenarle el alma de paz, de luz y de felicidad; para ello, le invita a bajar de su pedestal y abandonar la mentalidad anterior; le anima a vaciar su corazón, repleto de cosas sin valor.

La respuesta de Zaqueo no se deja esperar y, puesto en pie, responde: «Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más» (*Lc 19,8*). Jesús se alegra de este cambio y lo confirma diciendo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (*Lc 19,9*).

4. El mismo Jesús, que transformó la vida de Zaqueo, nos invita a cambiar nuestra vida y a llenarla también de la verdadera felicidad.

Cuando el hombre se aleja del Dios de la vida, se acerca más a la muerte. Todo pecado es un alejamiento de Dios y un acercamiento a la muerte. Convertirse es volver otra vez al Dios de la vida. Pidamos al Señor que nos ayude cada día a regresar al amor y a gozar de su vida.

5. La Cofradía del Apóstol Santiago en Arganda, fundada en 1554, cumple este año su 450 Aniversario. En el proceso histórico se unieron las Cofradías del Apóstol Santiago y de Ntra.Sra. del Pilar. ¡Enhorabuena, y seguid el camino comenzado!

Esta efeméride, que tiene lugar en el marco de la celebración del Año Jubilar Compostelano, deseamos que sea motivo de mayor vinculación con las raíces apostólicas de nuestra fe y ayude a renovar vuestro compromiso cristiano. ¡Que aprovechéis estos acontecimientos de gracia del Señor para profundizar en vuestra fe!

6. En España hay muchas cofradías y hermandades, a las que pertenecen numerosos fieles cristianos, que se asocian para ayudarse mutuamente a vivir la fe y

a dar testimonio de ella. A veces, tentadas de perder la finalidad religiosa para la que fueron creadas, deben reavivarla y purificarla.

El Santo Padre, Juan Pablo II, en su exhortación sobre los fieles cristianos laicos (cf. *Christifideles laici*, 30), enumeró unos criterios de eclesialidad para las asociaciones laicales, que ahora os recuerdo:

- 1) En primer lugar, la llamada de cada cristiano a la santidad, como algo primordial. Todas las asociaciones de fieles laicos están llamadas a ser instrumento de santidad en la Iglesia. Éste es su objetivo último y fundamental.
- 2) La responsabilidad de confesar la fe católica, acogiendo y proclamando la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, en obediencia al Magisterio de la Iglesia. Cada asociación debe ser un lugar en el que se anuncia y se propone la fe. Se nos pide una profesión pública de nuestra fe.
- 3) El testimonio de una comunión firme y convencida, en filial relación con el Papa, con el Obispo en la Iglesia particular y en la mutua estima entre todas las formas de apostolado en la Iglesia.
- 4) La participación en el fin apostólico de la Iglesia, que es la evangelización, la santificación de los hombres y la formación cristiana de su conciencia.
- 5) Finalmente, el comprometerse en una presencia en la sociedad humana, que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral del hombre.

7. Estimados hermanos, queridos Cofrades y televidentes, en esta difícil tarea de vivir y testimoniar la fe, no estáis solos. Como sostuvo entonces al Apóstol Santiago, también ahora N^{ra} S^a del Pilar os sostiene en medio de las luchas y dificultades de cada día. Pasados ya dos milenios de la venida de Jesucristo, la verdad del Evangelio sigue siendo creíble y necesaria también en nuestros días.

Acaba de firmarse la “Constitución europea”. El Papa nos anima a no perder las raíces cristianas de Europa y a proclamar con valentía el Evangelio, que puede transformar, con su fuerza y su luz, la realidad política, cultural y económica de Europa (cf. *Ecclesia in Europa*, 121).

¡No tengáis miedo a vivir la fe católica y a ser testigos de la misma! ¡Que Santa María, la Virgen del Pilar, y el Apóstol Santiago intercedan por todos nosotros y nos ayuden a vivir con alegría la fe! Amén.

SALUDO A LA COFRADÍA N^{ra} DEL PILAR Y APÓSTOL SANTIAGO DE ARGANDA

Estimados Cofrades:

Vuestra Cofradía, fundada bajo la tutela del Apóstol Santiago, en 1554, cumple este año su 450 Aniversario. Esta efeméride tiene lugar en el marco de la celebración del Año Santo Jubilar Compostelano. Vivís así, en este mismo año, el gozo de ambos acontecimientos, que sin duda fortalecerán vuestra vinculación con las raíces apostólicas de nuestra fe en España y, al mismo tiempo, os ayudarán a renovar vuestro compromiso cristiano.

En el proceso histórico, recorrido por la Cofradía, se unieron las devociones a Ntra. Sra. del Pilar y al Apóstol Santiago. La historia de Salvación de nuestra patria, está estrechamente vinculada a la predicación evangélica del Apóstol Santiago por nuestras tierras y al apoyo en la fe que recibió de la Virgen María, como firme columna le sostuvo en esos difíciles comienzos.

Ser, pues, miembro de la cofradía de Ntra. Sra. Del Pilar y del Apóstol Santiago significa vivir la pureza de la fe, transmitida por el Apóstol, que fue testigo directo de la presencia del Hijo de Dios entre nosotros. Y significa también asumir la tarea evangelizadora, es decir, ser testigos de la fe, ser heraldos del Evangelio, para que los hombres de nuestro tiempo conozcan a Jesucristo y puedan vivir la Buena Nueva, que se nos ha transmitido.

Ser miembro de vuestra Cofradía implica, al mismo tiempo, amar a la Santísima Virgen, como Madre nuestra, y propagar la devoción mariana. También este año se cumple el Centenario de la Coronación de la imagen de la Virgen del Pilar en Zaragoza y, con ese motivo, se celebra una Año Jubilar entre los meses de mayo de 2004 a mayo de 2005. ¡Que aprovechéis estos acontecimientos de gracia del Señor para profundizar en vuestra fe!

En esta difícil tarea de vivir y testimoniar la fe, no estáis solos. Como sostuvo entonces al Apóstol Santiago, también ahora Ntra. Sra. Del Pilar os sostiene en medio de las luchas y dificultades de cada día. Su dulce presencia en medio de vosotros debe ser un estímulo constante para dejaros transformar en vuestro interior. ¡No tengáis miedo a vivir conforme a la fe y a cambiar las actitudes y comportamientos que desdigan de todo buen hijo de María! De esta manera lograréis que pasados ya dos milenios de la venida de Cristo, la verdad del Evangelio sea creíble también hoy y se convierta en una fuente de renovación espiritual, tan necesaria en nuestros días, para el querido pueblo de Arganda.

Este es mi deseo para vosotros y para toda la Iglesia, en este año de gracias.

Pido al Señor por vosotros y os acompaño en esta tarea evangelizadora.

Con mi bendición en el Señor.

† Jesús Catalá
Obispo Complutense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO SEPTIEMBRE 2004

Día 1. Prosigue la Convivencia con sacerdotes de la Curia diocesana (Becerril de la Sierra-Madrid).

Día 2. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 4. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, asiste a la Inauguración del Curso Académico en la Facultad de Teología de “San Dámaso” (Madrid).

Día 5. Audiencias.

Día 6. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 7. Participa en la eucaristía con motivo de la Ordenación episcopal de Mons. Andrés Carrascosa, Nuncio en el Congo (Roma).

Día 9. Regreso de Roma.

Día 10. Preside la Toma de posesión del Rvdo.D. Juan-Miguel Prim, como Administrador parroquial de San Pedro Apóstol (Catedral-Alcalá).

Día 11. Celebra la Eucaristía en el Hospitalillo de Antezana, con motivo de la Fiesta de Santa Soledad Torres Acosta (Alcalá). Y recibe en audiencias.

Día 12. Concelebra en la Eucaristía en el Santuario de la Virgen del Pilar (Zaragoza).

Día 13. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, preside la celebración eucarística, con motivo de la Dedicación de la Catedral.

Día 14. Por la mañana, reunión de arciprestes.

Por la tarde, asiste a la presentación del libro de Mons. Luigi Giussani, “¿Porqué la Iglesia?” (Alcalá).

Día 15. Audiencias.

Día 16. Preside la Toma de posesión del Rvdo.D. Jesús Santana, como párroco de San Juan Bautista (Talamanca).

Día 17. Por la mañana, celebra la Eucaristía con ocasión de la Peregrinación de los jóvenes al Santuario de la Virgen de la Victoria (Villarejo).

Por la tarde, preside la Toma de posesión del Rvdo.D. Francisco Rupérez, como párroco de Santo Domingo (Algete).

Día 18. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, preside la eucaristía con motivo de la Admisión de candidatos al sacerdocio (Catedral).

Día 19. Jornada Sacerdotal diocesana (Ekumene).

Día 21. Reunión del Consejo episcopal.

Día 22. Audiencias.

Día 23. Por la mañana, preside la eucaristía con motivo de la ordenación de diáconos (Catedral).

Por la tarde, celebra la misa con motivo del XX Aniversario de la creación de la Hermandad del Rocío en Alcalá (Monasterio de Clarisas de N^{ra} S^{ra} Señora de la Esperanza-Alcalá).

Día 24. Administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de Santa María de los Ángeles (Coslada).

Día 25. Reunión de la Comisión episcopal de Enseñanza y Catequesis (Madrid).

Día 26. Audiencias.

Día 27. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 28. Reunión del Consejo episcopal.

Día 29. Audiencias.

Día 30. Visita a un sacerdote enfermo y despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 31. Preside la Eucaristía con motivo del 450 Aniversario de la Cofradía de Santiago y N^{ra} S^{ra} del Pilar (Arganda).

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

CRÓNICA DE LA PEREGRINACIÓN DIOCESANA DE JÓVENES A VILLAREJO DE SALVANÉS

Los pasados días 16 y 17 de Octubre tuvo lugar la Peregrinación Diocesana de jóvenes a Villarejo de Salvanes, al Santuario de la Virgen de la Victoria, para poner a los pies de la Virgen el nuevo curso. Las distintas parroquias nos fuimos reuniendo en torno a las once de la mañana en la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Carabaña, excepto los arciprestazgos de Torrejón y Coslada- San Fernando, que se retrasaron un poco.

Alguno de nuestros seminaristas amenizaba el momento a base de colocarse tras el micrófono y presentar a quién cruzaba la puerta de la iglesia en la cual, seguidamente, tendríamos la oración.

Tras los cánticos y la bendición del párroco, emprendimos camino hacia Tielmes. Transitamos durante unos cuantos kilómetros a lo largo de un carril bici, no sin esquivar a los diferentes ciclistas que por allí pedaleaban. Al fin divisamos nuestro destino y tras descansar a los pies de la iglesia, celebramos la Eucaristía, que estuvo marcada por el acercamiento de diversos jóvenes al sacramento de la penitencia en improvisados confesionarios.

Tras la Eucaristía tuvimos la comida, en la cual cada uno sacó su bocadillo. Hubo tiempo para conversaciones, risas, carreras por la plaza, canciones armoni-

zadas con la guitarra, etc. Hubo también un pequeño momento para que algunos tomaran, a falta de siesta, su ansiado café.

Llegaron las cuatro de la tarde y comenzamos la segunda parte de la peregrinación, hacia nuestro destino final, Villarejo de Salvanés. Esta etapa transcurrió por un paraje entre árboles, campos de cultivo e incluso caballos que hicieron que más de uno y de una sacasen la cámara de fotos.

Al fin llegamos al pabellón deportivo de Villarejo y nos dieron un magnífico recibimiento preparado fenomenalmente por personas de la parroquia del pueblo, que hizo que repusiésemos las fuerzas, y algunos en seguida improvisaron un torneo de fútbol en el mismo lugar en el que horas más tarde íbamos a “dormir”.

Tras carreras, duchas, estirar las piernas y un poco de fútbol nos dirigimos a la plaza del pueblo en la cual tomamos la cena. Terminada ésta tuvimos la Vigilia en el Santuario de Nuestra Señora de la Victoria.

En la Vigilia hubo tiempo para canciones, lectura de cada uno de los Misterios del Rosario, el rezo de uno de ellos y un rato de exposición del Santísimo. En ella, Javier Ortega, vicario que vino caminando con nosotros, nos recordó la importancia de alabar a Dios. Tras este intenso momento de reflexión y oración fuimos al pabellón, donde tuvimos la velada.

En esta última hubo tiempo para risas, bailes, imitaciones de la abeja Maya, carrera de los caballos de Bonanza y volteretas imitando al Equipo A. Tras los juegos, algunos de los que habían peregrinado el pasado verano a Santiago, a falta de diapositivas, representaron esos días de una manera muy peculiar. Y para finalizar la velada se hizo entrega de diplomas a algunos de los peregrinos de Santiago.

Ya empezada la madrugada algunos intentaron dormir mientras otros seguían con el fútbol... Finalmente en torno a las cuatro de la mañana la gente empezó a caer en sus sacos de dormir... pese a que a algunos aún les quedaban fuerzas para darle patadas al balón.

Sin que sirviesen las peticiones y súplicas de la noche anterior sonaron los despertadores de los móviles aunque pronto esos sonidos fueron callados por el himno de Santiago. Ya con todo recogido y habiéndonos aseado, rezamos las Laudes a dos coros y después del succulento desayuno con chocolate y bollos preparado

por la gente de la parroquia de San Andrés, de Villarejo, tuvimos una descubierta del pueblo la cual se caracterizó por preguntas varias y divertidas pruebas. En esta ocasión la parroquia de San Fernando llegó la primera.

Acabó el juego y fuimos hacia el Santuario en el que la noche anterior habíamos tenido la Vigilia. La Misa estuvo presidida por Don Jesús. Nuestro Obispo en su homilía nos felicitó por peregrinar y “*comenzar el curso ofreciéndoselo a la Virgen*”, también nos propuso rezar con los Salmos y el evangelio de San Mateo para este curso, diciéndonos que “*La Palabra de Dios nos ayuda a dar sentido pleno a la vida*”. Los que no habían dormido lo suficiente despertaron pronto con los gritos de “Israel” y “Amaleq”. Tras la homilía renovamos las promesas del Bautismo y tras la bendición rezamos una oración a la Virgen y pudimos venerar la Imagen de la Virgen de la Victoria.

A las dos de la tarde cogimos el bocadillo y de nuevo fuimos a la plaza del pueblo a comer. Ya entrada la tarde y tras besos y abrazos dejamos Villarejo citándonos en los próximos encuentros diocesanos y así vivir nuevos momentos junto a Cristo sabiendo que es un Amigo que nunca falla, Señor de nuestras vidas.

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día diecinueve, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal correspondiente al mes de octubre de 2004.

Comenzó el encuentro con un tiempo dedicado a la oración en común. A continuación se pasó a tener una sesión de trabajo y reflexión. El profesor de Teología Moral de la Facultad de Teología S. Dámaso de Madrid y Vice-Decano de la misma, Rvdo. Sr. Dr. D. Juan José Pérez-Soba Díez del Corral, presentó el tema: “Fundamentos de Teología Moral”, introduciendo así el Curso de Formación Permanente para los sacerdotes, sobre “El don de la vida: Cuestiones de Teología Moral y Bioética”, que tendrá lugar los lunes, según programa establecido.

Por último, y después de algunas informaciones de interés general, tuvo lugar la comida en un ambiente de fraternidad.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS Y CESES

CURIA:

- Ilmo. y Rvdm. Mons. D. Florentino Rueda Recuero, Vicario General. Cesa como Vicario Episcopal, 07/10/2004.

ADMINISTRADORES PARROQUIALES:

- Ilmo. y Rvdm. Rvdo. Sr. D. Juan Miguel Prim Goicoechea, de San Pedro Apóstol, en Alcalá de Henares, 09/10/2004.
- Rvdo. D. José Antonio Santos Castro, de Nuestra Señora de los Berrocales, en Paracuellos del Jarama, 09/10/2004.

COADJUTORES:

- Rvdo. P. Octavio Sevillano Sevillano, de San José, en Alcalá de Henares, 09/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Fidel Herrero González, de San Pedro Apóstol, en Alcalá de Henares, 09/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Jesús Trancón Pérez, de la Asunción de Nuestra Señora, en Algete, cesa como Capellán del Monasterio de MM. Clarisas de Nuestra Señora de la Esperanza, en Alcalá de Henares, 21/10/2004.

OTROS NOMBRAMIENTOS:

- Rvdo. Sr. D. Juan Carlos Ramos Rodríguez, Capellán del Monasterio de MM. Clarisas de Nuestra Señora de la Esperanza, en Alcalá de Henares, 04/10/2004.

- Rvdo. Sr. D. Arturo Ruiz Gallo, Capellán de la Residencia para Mayores, en Arganda del Rey, 30/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Pedro Luis Jiménez Langa, Director del Secretariado Diocesano para las Relaciones Interconfesionales.
- Rvdo. P. Adam Józef Szymczak, Capellán de la Comunidad de Inmigrantes Polacos residentes en la Diócesis, 30/10/2004.

CESES

- Ilmo. y Rvdmo. Mons. D. Juan Sánchez Díaz, y Párroco de San Pedro Apóstol, en Alcalá de Henares, 09/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Álvaro Navarro Díaz, Administrador Parroquial, de Ntra. Sra. de los Berrocales, en Paracuellos del Jarama, 09/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Rafael Antonio Gálvez Gómez, Coadjutor de San Pedro Apóstol, en Alcalá de Henares, 09/10/2004.
- Rvdo. P. D. Luis Fernando Sánchez Martín, Coadjutor de San José, en Alcalá de Henares, 09/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Alejandro Cuesta Sacristán, Capellán de la Residencia para Mayores en Arganda del Rey. 30/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Pedro Aragoncillo del Río, Capellán de la Residencia para Mayores en San Fernando de Henares. 30/10/2004.
- Rvdo. Sr. D. Carlos Bordallo Cortina, Director del Secretariado para las Relaciones Interconfesionales, 30/10/2004.
- Rvdo. P. D. Andrzej Glanc, Capellán de la Comunidad de Inmigrantes Polacos residentes en la Diócesis, 30/10/2004.

ORDENACIONES DE DIÁCONOS

- El día 23 de octubre de 2004, a las 11 de la mañana, en la S.I. Iglesia Catedral-Magistral de los Santos Niños Justo y Pastor de Alcalá de Henares fueron ordenados diáconos, de manos de S.E.R. Jesús Catalá Ibáñez, Obispo Complutense, el Rvdo. Sr. D. José Javier Camacho López y el Rvdo. Sr. D. Fernando Martínez Gutiérrez, quienes habían sido admitidos al orden sacerdotal el 18 de octubre de los corrientes. Que Dios, que comenzó en ellos la obra buena, Él mismo la lleve a término.



OTROS ACTOS

Día 9. Confirmaciones en la parroquia de San Cristóbal (Alalpardo). Preside Mons. Pedro-Luis Mielgo.

Día 9. Acto de la colocación de la primera piedra del nuevo templo de la parroquia de Santiago Apóstol y confirmaciones (Torrejón de Ardoz). Preside, a las 20h., Mons Florentino Rueda.

Día 30. Confirmaciones en la parroquia de la Inmaculada Concepción (Valdeolmos). Preside Mons. Florentino Rueda.

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

MONS. LÓPEZ DE ANDÚJAR, NOMBRADO OBISPO DE GETAFE

Madrid, 29 de octubre de 2004

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que a las 12 horas de hoy, viernes 29 de octubre de 2004, la Santa Sede ha hecho público que el Papa Juan Pablo II ha nombrado Obispo de la diócesis de Getafe a Mons. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo.

La diócesis de Getafe estaba vacante desde que el 24 de febrero de 2004 fallecía repentinamente su hasta entonces titular, Mons. Francisco José Pérez y Fernández-Golfín, primer Obispo de Getafe. Mons. López de Andújar era Obispo auxiliar de Getafe desde mayo de 2001 y a la muerte de Mons. Pérez y Fernández-Golfín fue elegido Administrador diocesano de Getafe.

Madrileño de 62 años

Nació en Madrid el 13 de septiembre de 1942. Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario Hispanoamericano y en el Seminario Conciliar de Madrid. El 30 de noviembre de 1968 fue ordenado presbítero. Es bachiller en Teología, licenciado en Derecho Civil y ha cursado un bienio de Teología Catequética.

En los primeros ocho años de su ministerio sacerdotal fue Coadjutor en dos parroquias de la archidiócesis de Madrid. Entre 1977 y 1984 fue Ecónomo de la

parroquia «Ntra. Sra. de África» de la capital de España y entre 1978 y 1984, Arcipreste de «San Roque», también en Madrid. Entre 1984 y 1991, fue Vicario Episcopal de la Vª Vicaría Episcopal Territorial de Madrid.

Getafe, la séptima diócesis más populosa de España

Desde 1991 era el Vicario General de la diócesis de Getafe, creada ese mismo año y que, en la actualidad, supera el millón doscientos mil habitantes. Getafe es la séptima diócesis más poblada de España.

Responsable del Diaconado permanente

Fue nombrado Obispo auxiliar de Getafe el 19 de marzo de 2001, recibiendo la ordenación episcopal el 6 de mayo siguiente. En la CEE pertenece a la Comisión Episcopal del Clero y es el responsable del Comité para el diaconado permanente.



ADMINISTRADOR DIOCESANO

ORDENACIÓN DE DIÁCONOS

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús.
Cerro de los Ángeles
10 de Octubre de 2004

Queridos hermanos sacerdotes, queridos seminaristas, queridos amigos y hermanos y muy particularmente queridos ordenandos que dentro de unos momentos vais a recibir el sagrado orden del diaconado.

Hoy es un día muy feliz para la Iglesia diocesana de Getafe. Un día de alabanza a Dios y de acción de gracias por los muchos dones que el Señor derrama continuamente sobre nosotros. Especialmente damos gracias a Dios por haber llamado a estos jóvenes al ministerio diaconal y por la respuesta generosa que ellos han dado al Señor; damos gracias por sus familias, que hoy viven con gozo este momento, en las cuales ha nacido y ha crecido su fe y damos gracias por sus formadores que durante varios años de intenso trabajo les han ido preparando en su camino al sacerdocio.

A vosotros, queridos ordenandos, quiero dirigirme de una manera más directa en este momento. Hace unos instantes, el Sr.Rector del Seminario ha ido pronunciando vuestros nombres. Y vosotros os habéis ido levantando mientras decíais: “aquí estoy”. Después dirigiéndose a mí me ha pedido, en nombre de la Santa Madre Iglesia, que os ordene diáconos. Y yo, representando sacramentalmente, en

este momento, a Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, he respondido diciendo como acabáis de oír: “ *Con el auxilio de Dios y de Jesucristo, nuestro Salvador, elegimos a estos hermanos nuestros para el Orden de los diáconos*”. Es Jesucristo quien os ha elegido. Es el Señor quien os llama. Se están cumpliendo ahora, aquí, en vosotros, las palabras del Señor a los apóstoles en la última Cena: “ *No me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda*” (Jn. 15,16). La conciencia de esta elección, la seguridad de haber sido gratuitamente llamados por Él y la certeza de que vuestra oración será, en toda circunstancia, escuchada ha de llenar vuestra vida, para siempre, de una inmensa gratitud, y de un gozo desbordante, que nada ni nadie os podrá arrebatar; y de un deseo muy grande de cumplir la misión para la que Él os ha destinado. Es verdad que esa elección del Señor se ha ido manifestando poco a poco. Un día sentisteis que Dios os llamaba para algo especial. Más tarde, con la ayuda de vuestros formadores, esa llamada fue madurando. Y hoy esa llamada es confirmada por la Iglesia con la autoridad del Señor. No tengáis ningún temor. Hoy vais a recibir la gracia del Espíritu Santo para cumplir la misión que Jesucristo y la Iglesia os confían y para dar fruto abundante. Y lo que el Señor ha comenzado en vosotros, Él mismo lo llevará a término.

Vuestra misión consiste en estar donde está el Señor. Y estar como servidores: seguir al Señor como servidores de Dios y de los hombres. “*Si alguno me sirve, que me siga, y donde esté yo, allí estará también mi servidor. Y mi Padre le honrará*” (Jn.12,26). Y estar con Jesús es estar en la gloria del Padre, es decir, en la presencia y en el amor del Padre. Y, con el Padre por medio de Jesucristo y por el don del Espíritu Santo, estar con los hombres, haciendo presente entre ellos el amor infinito de Dios: haciendo presente entre los hombres la misericordia entrañable de un Dios que, como dice el salmo 112,: “*Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo...*” Un Dios que “ *a la estéril le da un puesto en su casa como madre feliz de hijos*”.

En nuestro mundo, aparentemente opulento y lleno de bienestar, hay muchas necesidades y también, como dice el salmo, hay mucho desvalimiento. Está el desvalimiento y la pobreza de muchos hermanos nuestros que viven en situaciones verdaderamente críticas por su falta de recursos materiales, o por su desarraigo familiar, o por su situación de emigrantes recién llegados sin papeles y sin trabajo, o

por tantas y tantas causas que conducen a la marginación y a la indigencia. Pero hay también otro desvalimiento, del que se habla menos y que incluso intenta taparse, el desvalimiento espiritual: la falta de valores espirituales y morales, el desconcierto de muchas familias que no saben cómo educar a sus hijos o la confusión de muchos jóvenes que no sabe qué hacer con su vida; y que se ven diariamente engañados por falsos paraísos de felicidad, que dejan el corazón vacío y una triste sensación de estar malgastando la vida.

Queridos ordenandos hoy la Iglesia os elige, os llama, os enriquece con el don del Espíritu Santo y os envía como diáconos para que, en medio de este mundo, como servidores del evangelio, anunciéis a Jesucristo, Salvador y Redentor, luz del mundo, en quien el hombre descubre su dignidad, su vida se llena de esperanza y el mundo entero adquiere para él consistencia y armonía.

En la oración propia esta celebración hemos pedido a Dios por vosotros con estas palabras: *“Oh Señor concede a estos hijos tuyos que has elegido hoy para el ministerio del diaconado, disponibilidad para la acción, humildad en el servicio y perseverancia en la oración”*. Esto es lo que la Iglesia pide a Dios para vosotros: disponibilidad, humildad y perseverancia. Una disponibilidad que os llene de ardor apostólico y os haga estar siempre muy atentos a las necesidades de los hombres y a las orientaciones magisteriales de la Iglesia; una actitud humilde que os haga reconocer con gratitud, cada día, que todo lo que tenéis lo habéis recibido de Dios, y mucha perseverancia: siendo constantes en la oración y pacientes en el trabajo apostólico, soportando las debilidades humanas, propias y ajenas, y buscando siempre, no el propio provecho, sino el bien de aquellos que la Iglesia os ha confiado.

Y en la Plegaria de ordenación la Iglesia pide al Señor por los diáconos para que *“resplandezca en ellos un estilo de vida evangélico, un amor sincero, solicitud por los pobres y los enfermos, una autoridad discreta, una pureza sin mancha y una observancia de sus obligaciones espirituales”*.

A partir de ahora, fortalecidos con el don del Espíritu Santo, tenéis, como diáconos, la misión de ayudar al Obispo y a su presbiterio en el anuncio de la Palabra, en el servicio del altar y en el ministerio de la caridad. Mostraos siempre como servidores de todos: que vean en vosotros al mismo Cristo, que se mostró, en el lavatorio de los pies, servidor de sus discípulos, enseñándonos que *“el que quiere ser grande ha de convertirse en servidor... como el Hijo del hombre que no*

ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mt. 20,26-28). Cuando exhortéis a los fieles, en la catequesis o en la homilía transmitiendo fielmente la fe de la Iglesia; o cuando presidáis las oraciones, administréis el bautismo, bendigáis los matrimonios o llevéis la comunión a los enfermos, que, en todo momento, sea el mismo Cristo quien actúe en vosotros, que os sintáis siempre instrumentos del Señor, hasta el punto de que el mismo Señor pueda deciros, al terminar cada jornada, como al servidor de la parábola: “Siervo bueno y fiel, en lo poco has sido fiel, te pondré la frente de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor” (Mt. 25,23)

El ministerio del diaconado es un carisma, es un don del Espíritu. Pero es un don, no para vosotros, sino para la Iglesia, para el bien de la Iglesia, para la edificación del Cuerpo de Cristo. Acoged este don con mucho amor:

* Acoged este don haciendo de Jesucristo el centro de vuestra vida, en quien todo adquiere sentido y consistencia. (cfr. Col. 1,17). Que la Eucaristía, memorial de la Pascua del Señor, el sacramento de la reconciliación y la liturgia de las horas, sean el alimento de vuestra fe. Vivid como Él vivió, dando la vida por los demás, siendo seguidores fieles de Aquel que nos dijo: “Yo soy el buen pastor; y conozco a mis ovejas y las mías me conocen... y doy mi vida por las ovejas... nadie me la quita yo la doy voluntariamente” (Jn.10,14.15). El celibato, imitando a Jesucristo célibe, será para vosotros símbolo y, al mismo tiempo, estímulo para vivir la caridad pastoral y fuente de una especial fecundidad apostólica. Aceptad el celibato como una regalo de Dios y señal de una particular intimidad con Él. Por vuestro celibato os resultará más fácil consagraros, sin dividir el corazón, al servicio de Dios y de los hombres y con mayor facilidad seréis verdaderos ministros de la gracia divina.

* Acoged el don de este ministerio que la Iglesia os confía, abrazando la cruz. No son tiempos fáciles. Lo sabéis. Recibid como dirigidas hoy a vosotros, las palabras de Pablo a su joven discípulo Timoteo: “Haz memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos... por el que sufro hasta llevar cadenas como un malhechor. Pero la Palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna” (2 Tim. 8-1).

* Y finalmente, acoged este don de Dios, en todo momento, con un corazón agradecido y gozoso, como el samaritano, del evangelio de hoy, que al ver lo

que el Señor había hecho con él, “*se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias*” (Lc.17,15).

Pedimos hoy para vosotros y para toda la Iglesia de Getafe la especial protección de la Virgen María. Que nuestra actitud sea siempre ante Dios como la de la humilde servidora del Señor y que siempre reconozcamos y proclamemos con gozo las maravillas de Dios. Que María, reina de los ángeles y madre de la Iglesia interceda por nosotros.

ORDENACIÓN DE PRESBITEROS

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Cerro de los Ángeles
12 de Octubre de 2004

Muy queridos hermanos que hoy vais a ser ordenados presbíteros, queridos familiares y amigos, queridos formadores del seminario, queridos hermanos sacerdotes, queridos amigos y hermanos todos.

Hace dos días celebrábamos con gozo, en nuestra Diócesis, la ordenación de diáconos y hoy nos volvemos a encontrar llenos de alegría para la ordenación de presbíteros. ¡ Bendito sea Dios!. “ *Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia... (salmo 106). Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre. El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades. (salmo 99)*”. Continuamente tenemos que dar gracias a Dios porque nos acompaña en el camino de la vida dándonos continuas pruebas de su amor. Y ¡qué mayor prueba de amor que su presencia cercana, en el ministerio sacerdotal, que hoy se va a ver acrecentada y enriquecida, en nuestra diócesis, con la ordenación de ocho nuevos presbíteros!. Sí. En el ministerio sacerdotal, el Señor ha querido mostrarnos su amor. Ha querido permanecer sacramentalmente como Buen Pastor que guía y cuida a su pueblo y como alimento de vida eterna en el pan eucarístico. Sacerdocio y Eucaristía son inseparables. No hay eucaristía sin sacerdocio ni sacerdocio sin eucaristía. Los dos sacramentos nacieron en la Última

Cena, cuando el Señor, *“habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo”*.

Hace ahora un año, nuestro querido obispo D. Francisco, al que en estos momentos volvemos a recordar con emoción, decía en su homilía de ordenación de presbíteros: *“Nos reunimos para la ordenación sacerdotal de este grupo a quienes el Señor ha llamado para ser ministros suyos. Les impondremos las manos, invocaremos al Espíritu Santo y les entregaremos los signos de un poder espiritual, que arranca de aquella noche santa de la Última Cena, en que Cristo quiso instituir la Eucaristía como memorial de su Pasión, Muerte y Resurrección. Desde aquel momento, Eucaristía y sacerdocio quedaron íntimamente vinculados. Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal... La Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacerdocio... En aquella memorable noche al ofrecerles a sus apóstoles como alimento su Cuerpo y su Sangre, Cristo les implicó misteriosamente en el sacrificio que habría de consumarse pocas horas después en el Calvario”*. Hago mías, con gratitud, estas palabras de D. Francisco.

Realmente al pensar en la grandeza del ministerio sacerdotal uno se siente sobrecogido al ver la distancia tan grande que existe entre la misión que el Señor nos confía y nuestra debilidad humana; y sentimos como S. Pablo que este tesoro lo llevamos en “vasijas de barro”. Pero nuestros temores desaparecen cuando pensamos que es el Señor quien nos ha elegido y que nunca nos faltará la fuerza de su Espíritu para cumplir esta misión.

Queridos hermanos que vais a ser ordenados presbíteros, tened confianza en Dios, dejaos llevar por Él. Él os ha llamado y Él os acompañará siempre con la fuerza de su Espíritu. No os avergoncéis de vuestra debilidad, ni de la debilidad de la Iglesia frente a los poderes de “este mundo” Porque vuestra fuerza es el Señor. Y Dios ha querido, como nos dice el apóstol, elegir lo débil del mundo para confundir a los “fuertes”. Dios os ha elegido. Y en esa elección se tiene que fundar vuestra confianza. Tened presentes aquellas palabras del Señor al profeta Jeremías, que acabamos de escuchar: *“Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de que salieras del seno materno te consagré... Adonde yo te envíe irás y lo que yo te mande lo dirás. No tengas miedo que Yo estaré aquí para librarte... Mira yo pongo mis palabras en tu boca... (Jer. 1,4-9)*. Y también haced vuestras y medidad muchas veces las palabras del apóstol Pablo: *“Encargados de este ministerio por misericordia de Dios no nos acobardamos... no adulteramos la Palabra de*

Dios... Predicamos que Cristo es Señor y nosotros siervos vuestros por Jesús” (“2 Cor. 4,1-2.5-7).

El Señor os ha elegido para continuar, sin interrupción, en el mundo su obra de Maestro, Sacerdote y Pastor, siendo colaboradores de los obispos, con quienes, junto con todo el presbiterio y en unidad de sacerdocio, sois llamados al servicio del Pueblo de Dios.

Jesús ha querido establecer un estrecho paralelismo entre el ministerio confiado a los sacerdotes y su propia misión: “*quien a vosotros os recibe a Mi me recibe, y quien me recibe a Mi, recibe al que me ha enviado*”(Mt.10,40); “*quien a vosotros os escucha, a mi me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a Mi me rechaza; y quien me rechaza a Mi, rechaza al que me ha enviado*”(Lc. 10,16). Y el evangelista S. Juan, a la luz del acontecimiento pascual de la muerte y resurrección del Señor, llega a decir: “*Como el Padre me envió, también Yo os envío*” (Jn.20,,21; cf.13,20; 17.18). Igual que Jesús tiene una misión que recibe directamente del Padre, así los sacerdotes tienen una misión que reciben de Jesús. Y de la misma manera que “*el Hijo no puede hacer nada por su cuenta*” (Jn. 5,19.30) Jesús les dice a los apóstoles y hoy os dice a vosotros: “*separados de Mi no podéis hacer nada*”(Jn 15,5). Vuestra misión, queridos hermanos que vais a ser ordenados presbíteros, no es propia, sino que es la misma misión de Jesús. Y esto es posible no por las fuerzas humanas, sino sólo por el poder de Dios. “*Recibid el Espíritu Santo - dice el Señor a sus apóstoles - a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos*”(Jn. 20, 23). (cf. PDV 14)

“*Los presbíteros -nos dirá Juan Pablo II en PDV- son en la Iglesia y para la Iglesia una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor: proclaman con autoridad su Palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercen hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso de su comunidad, a la que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu. En una palabra, los presbíteros existen y actúan para el anuncio del evangelio al mundo y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo, Cabeza y Pastor ...*” (PDV 15).

Una identificación tan intensa con la persona y la misión de Jesús nos está pidiendo a los sacerdotes una gran intimidad con Él en la oración y un modo de vivir

como el de Cristo. Una relación tan estrecha con Jesús, nos esta exigiendo una caridad sin límites como la del Señor *“el cual, siendo de condición divina no hizo alarde de su categoría divina, sino que se despojó de su rango tomando la condición de esclavo... y se humilló a si mismo obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz”*. (Fil. 2, 6-10). Nos está pidiendo una existencia radicalmente evangélica, marcada y configurada por la cruz del Señor. Una cruz abrazada con amor y con gozo. Porque en la cruz del Señor, en su sacrificio redentor, diariamente actualizado en la celebración eucarística, está nuestra salvación y está la salvación del mundo y está el sentido último de nuestra misión como sacerdotes. La existencia del sacerdote es “Eucaristía” hecha vida.

Dentro de unos momentos, cuando os entregue la patena con el pan y el cáliz con el vino para la ofrenda eucarística escucharéis, cada uno de vosotros, estas palabras: *“recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del señor”*. Que la Eucaristía sea el centro de vuestra vida. Es el momento más esencial en la vida de un sacerdote. Es el momento del día que da sentido a todo lo demás. En la Eucaristía el sacerdote se hace uno con Cristo, entra con Cristo, por el don del Espíritu Santo, en el misterio de la redención, se identifica de tal manera con Cristo que su palabra y su vida ya no son suyas, son las palabras y la vida del mismo Cristo: *“Tomad y comed, esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros. Tomad y bebed, esta es la Sangre de la Nueva Alianza derramada por vosotros”*. Toda la vida del sacerdote es vida eucarística, es constante acción de gracias por el amor del Padre, manifestado en el sacrificio redentor de su Hijo; y es constante ofrenda que se entrega para que los hombres tengan vida eterna. Toda la vida del sacerdote es un morir para que otros vivan, es tener los sentimientos de Cristo, el amor de Cristo, la compasión de Cristo. Es acercarse al ciego, incapaz de descubrir la verdad, para iluminar sus ojos con la luz de la fe; es acercarse al que está cansado de la vida y ha perdido la esperanza para decirle, como el Señor al paralítico: *“levántate y anda”*. Es buscar como buen pastor a tantas ovejas perdidas, a tantas “samaritanas” deseosas de que alguien les ofrezca el agua viva del Espíritu para calmar su sed de amor, de reconocimiento sincero, de dignidad y de verdadero respeto; es volver la mirada a muchos “pedros” arrepentidos para secar sus lágrimas y, en el nombre de Cristo, perdonar sus pecados, es acercarse a tantos “zaqueos” que hartos ya, de bienes que se corrompen, buscan, muchas veces sin saber donde, esos bienes del espíritu, cuyo origen sólo podrá ser encontrado en el amor infinito de un Dios, que en su Hijo Jesucristo muerto y resucitado, nos lo ha dado todo.

¡Oh María, Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes, tú que estuviste con tu Hijo Jesucristo al comienzo de su vida y de su misión, lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre y lo acompañaste en la cruz, acoge a estos hijos tuyos, que hoy van a ser ordenados sacerdotes, protégelos y acompáñalos siempre en su vida y en su ministerio para sean en todo momento fiel reflejo de tu Hijo Jesucristo, Buen Pastor, y como Él den su vida por las ovejas. Madre de los sacerdotes, ruega por nosotros. AMEN.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

José Julio Fernández Perea, de la Parroquia Santo Domingo de la Calzada, en Alcorcón, el 1 de octubre de 2004.

Francisco Javier Bescós Corral, de la Parroquia Santo Cristo de la Misericordia, en Boadilla del Monte, el 13 de octubre de 2004.

José María Chimeno Núñez, de la Parroquia Santa María Magdalena, en Getafe, el 13 de octubre de 2004.

Nicasio Gail Jiménez, de la Parroquia Santa Maravillas de Jesús, en Getafe, el 13 de octubre de 2004.

Álvaro Javier Gómez Romero, de la Parroquia Divino Pastor, en Móstoles, el 13 de octubre de 2004.

Oscar Martínez Rodríguez, de la Parroquia Santo Domingo de Guzmán, en Humanes, el 13 de octubre de 2004.

Francisco Moreno González, de la Parroquia Santa María la Blanca, en Alcorcón, el 13 de octubre de 2004.

Enrique Ramos Marín, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Valdemoro, el 13 de octubre de 2004.

José Rodrigo Rodríguez, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Móstoles, el 13 de octubre de 2004.

OTROS

Salvador Ejido Vicente, Capellán del Centro Penitenciario Madrid IV, en Navalcarnero, el 15 de octubre de 2004.

José Luis Gómez Morales, Capellán del Centro Penitenciario Madrid III, en Valdemoro, el 15 de octubre de 2004.

ORDENACIONES

El domingo 10 de octubre, en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, en El Cerro de los Ángeles, en Getafe, el Obispo electo, D. Joaquín María López de Andújar, presidió la ceremonia de **Ordenación de Diácono** de:

Modesto Álvarez Calvo
Jaime Conde Vaquero
Alfonso Fernández Cupeiro
Ramón García-Saavedra
Iván Puertas Mesa
Jesús Romero García
Tomás Sánchez-Gabriel
Francisco Javier Arias Juárez
Francisco Javier Expósito Soriano
Jesús Ramón Folgado García
Enrique Javier Gutiérrez Solana
Roberto Redondo Perdiguero
José Ángel Sánchez Sánchez
Juan Manuel Vivar Montoya

El martes 12 octubre, en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, en El Cerro de los Ángeles, en Getafe, el Obispo electo, D. Joaquín María López de Andújar, presidió la ceremonia de **Ordenación de Presbítero** de:

Francisco Javier Bescós Corral
José María Chimeno Núñez

Nicasio Gail Jiménez
Álvaro Javier Gómez Romero
Oscar Martínez Rodríguez
Francisco Moreno González
Enrique Ramos Marín
José Rodrigo Rodríguez

DEFUNCIONES

- La Madre María Josefa del Corazón de Jesús, Carmelita Descalza del Monasterio del Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles, falleció el 2 de octubre de 2004, en el Convento, a los 88 años de edad y 65 de vida consagrada.

Que así como ha compartido ya la muerte de nuestro Señor Jesucristo, comparta también con Él, la gloria de su Resurrección.

COLEGIO DE CONSULTORES

TOMA DE POSESIÓN DEL NUEVO OBISPO

El Colegio de Consultores de la Diócesis de Getafe

Se complace en invitarle a la toma de posesión de la Diócesis de Getafe del Excmo. y Rvmo. Sr. D. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo que tendrá lugar en la Solemne Celebración de la Eucaristía del IV Domingo de Adviento, el 19 de diciembre de 2004, a las 17,00 horas en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles (Getafe).

GETAFE, NOVIEMBRE 2004

INFORMACIONES

FORMACIÓN PERMANENTE PARA SACERDOTES

Calendario del curso 2004-2005

Encuentros en el Cerro de los Ángeles: 11,15h.

- | | |
|---------------------|---|
| 13 diciembre | LA LLAMADA A LA MISION DE ECCLESIA IN EUROPA. |
| 17 enero | LA PARROQUIA, ESPERANZA PARA LA NUEVA EVANGELIZACION. |
| 7 febrero | EL APOSTOLADO SEGLAR ASOCIADO, ESPERANZA PARA LA NUEVA EVANGELIZACION. |
| 14 marzo | LAS TENTACIONES ANTE LA EVANGELIZACIÓN y LA CONVERSIÓN INDISPENSABLE (cf. C.2) el secularismo interno de la Iglesia> el afecto a la Iglesia, la eclesialidad, las divisiones> las tentaciones de incercia, apatía, rutina, pereza y falta de celo evangelizador. |
| 11 abril | VIDA Y ACCION DE LOS MINISTROS ORDENADOS > una vida profética > el signo del celibato>. |
| 9 mayo | LAS VOCACIONES HOY: NUEVAS CONDICIONES Y PROPUESTAS. Visión práctica del problema y lectura teológica de la crisis vocacional. |



EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA SACERDOTES

Enero, 10-14. Casa de Ejercicios Esclavas de Cristo Rey. Navas de Riofrío.
Segovia.

**MENSAJE PARA LA JORNADA MISIONERA
MUNDIAL 2004**

«Eucaristía y Misión»

Queridos Hermanos y Hermanas:

1. El compromiso misionero de la Iglesia constituye, también en este comienzo del tercer milenio, una urgencia que en varias ocasiones he querido recordar. La misión, como he recordado en la Encíclica *Redemptoris Missio*, está aún lejos de cumplirse y por eso debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio (cfr. n.1). Todo el Pueblo de Dios, en cada momento de su peregrinar en la historia, está llamado a compartir la «sed» del Redentor (cfr. Jn 19, 28). Los santos han advertido siempre con mucha fuerza esta sed de almas que hay que salvar: baste pensar, por ejemplo, a santa Teresa de Lisieux, patrona de las misiones, y a monseñor Comboni, gran apóstol de África, que he tenido la alegría de elevar recientemente al honor de los altares.

Los desafíos sociales y religiosos a los que la humanidad hace frente en estos tiempos nuestros motiva a los creyentes a renovarse en el fervor misionero. ¡Sí! Es necesario promover con valentía la misión «ad gentes», partiendo del anuncio de Cristo, Redentor de cada criatura humana. El Congreso Eucarístico internacional, que será celebrado en Guadalajara, en México, el próximo mes de octubre, mes misionero, será una ocasión extraordinaria para esta unánime toma de concien-

cia misionera alrededor de la Mesa del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Reunida alrededor del altar, la Iglesia comprende mejor su origen y su mandato misionero. «Eucaristía y Misión», como bien subraya el tema de la Jornada Misionera Mundial de este año, forman un binomio inseparable. A la reflexión sobre los lazos que existen entre el misterio eucarístico y el misterio de la Iglesia, se une este año una elocuente referencia a la Virgen Santa, gracias a la celebración del 150 aniversario de la definición de la Inmaculada Concepción (1854-2004). Contemplamos la Eucaristía con los ojos de María. Contando con la intercesión de la Virgen, la Iglesia ofrece a Cristo, pan de la salvación, a todas las gentes, para que le reconozcan y le acojan como único salvador.

2. Volviendo idealmente al Cenáculo, el año pasado, precisamente el Jueves Santo, he firmado la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, de la que quisiera tomar algunos pasajes que nos pueden ayudar, queridos Hermanos y Hermanas, a vivir con espíritu eucarístico la próxima Jornada Misionera Mundial.

“La Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía” (n. 26): así escribía observando cómo la misión de la Iglesia se encuentra en continuidad con la de Cristo (Cfr Jn 20, 21), y obtiene fuerza espiritual de la comunión con su Cuerpo y con su Sangre. Fin de la Eucaristía es precisamente “la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo” (*Ecclesia de Eucharistia*, 22). Cuando se participa en el Sacrificio Eucarístico se percibe más a fondo la universalidad de la redención, y consecuentemente, la urgencia de la misión de la Iglesia, cuyo programa “se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (*Ibíd.*, 60).

Alrededor de Cristo eucarístico la Iglesia crece como pueblo, templo y familia de Dios: una, santa católica y apostólica. Al mismo tiempo, comprende mejor su carácter de sacramento universal de salvación y de realidad visible jerárquicamente estructurada. Ciertamente “no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía” (*Ibíd.*, 33; cfr *Presbyterorum Ordinis*, 6). Al término de cada santa Misa, cuando el celebrante despide la asamblea con las palabras «Ite, missa est», todos deben sentirse enviados como «misioneros de la Eucaristía» a difundir en todos los ambientes el gran don recibido. De hecho, quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso del Redentor.

3. Para vivir de la Eucaristía es necesario, además, demorarse largo tiempo en oración ante el Santísimo Sacramento, experiencia que yo mismo hago cada día encontrando en ello fuerza, consuelo y apoyo (cfr *Ecclesia de Eucharistia*, 25). La Eucaristía, subraya el Concilio Vaticano II, “es fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (*Lumen gentium*, 11), “fuente y culminación de toda la predicación evangélica” (*Presbyterorum Ordinis*, 5).

El pan y el vino, fruto del trabajo del hombre, transformados por la fuerza del Espíritu Santo en el cuerpo y sangre de Cristo, son la prueba de «un nuevo cielo y una nueva tierra» (Ap 21, 1), que la Iglesia anuncia en su misión cotidiana. En Cristo, que adoramos presente en el misterio eucarístico, el Padre ha pronunciado la palabra definitiva sobre el hombre y sobre su historia.

¿Podría realizar la Iglesia su propia vocación sin cultivar una constante relación con la Eucaristía, sin nutrirse de este alimento que santifica, sin posarse sobre este apoyo indispensable para su acción misionera? Para evangelizar el mundo son necesarios apóstoles «expertos» en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía.

4. En la Eucaristía volvemos a vivir el misterio de la Redención culminante en el sacrificio del Señor, como lo señalan las palabras de la consagración: «mi cuerpo que es entregado por vosotros... mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22, 19-20). Cristo ha muerto por todos; el don de la salvación es para todos, don que la Eucaristía hace presente sacramentalmente a lo largo de la historia: «haced esto en recuerdo mío» (Lc 22, 19). Este mandato está confiado a los ministros ordenados mediante el sacramento del Orden. A este banquete y sacrificio están invitados todos los hombres, para poder, así, participar de la misma vida de Cristo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 56-57). Alimentados de Él, los creyentes comprenden que la tarea misionera consiste en el ser «una oblación agradable, santificada por el Espíritu Santo» (Rm 15, 16), para formar cada vez más «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32) y ser así testigos de su amor hasta los extremos confines de la tierra.

La Iglesia, Pueblo de Dios en camino a lo largo de los siglos, renovando cada día el sacrificio del altar, espera la vuelta gloriosa de Cristo. Es cuanto proclama, después de la consagración, la asamblea eucarística reunida alrededor del altar. Con fe cada vez renovada, confirma el deseo del encuentro final con Aquél que vendrá a llevar a cumplimiento su designio de salvación universal.

El Espíritu Santo, con su acción invisible, pero eficaz, conduce al pueblo cristiano en este su diario camino espiritual, que conoce inevitables momentos de dificultad y experimenta el misterio de la Cruz. La Eucaristía es el consuelo y la prueba de la victoria definitiva para quien lucha contra el mal y el pecado; es el «pan de vida» que sostiene a todos cuantos, a su vez, se hacen «pan partido» para los hermanos, pagando a veces incluso con el martirio su fidelidad al Evangelio.

5. Se conmemora este año, como he recordado, el 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. María fue «redimida» de modo eminente en previsión de los méritos de su Hijo» (*Lumen gentium*, 53). Consideraba en la Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: “Mirándola a ella conocemos la fuerza transformadora que tiene la Eucaristía. En ella vemos el mundo renovado por el amor” (n. 62).

María, “el primer tabernáculo de la historia” (*Ibíd.*, 55), nos muestra y nos ofrece a Cristo, nuestro Camino, Verdad y Vida (cfr Jn 14, 6). “Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía” (*Ecclesia de Eucharistia*, 57).

Es mi deseo que la feliz coincidencia del Congreso Internacional Eucarístico con el 150 aniversario de la definición de la Inmaculada ofrezca a los fieles, a las parroquias y a los Institutos misioneros la oportunidad de afianzarse en el ardor misionero, para que se mantenga viva en cada comunidad “una verdadera hambre de la Eucaristía” (*Ibíd.*, n. 33). La ocasión es igualmente propicia para recordar la contribución que las beneméritas Obras Misionales Pontificias ofrecen a la acción apostólica de la Iglesia. Éstas cuentan con todo mi aprecio y les doy las gracias, en nombre de todos, por el precioso servicio que ofrecen a la nueva evangelización y a la misión ad gentes. Invito a apoyarlas espiritual y materialmente, para que también gracias a su aportación el anuncio evangélico pueda llegar a todos los pueblos de la tierra.

Con tales sentimientos, invocando la materna intercesión de María, «Mujer eucarística», os bendigo de corazón a todos.

En el Vaticano, 19 de abril de 2004

IOANNES PAULUS II

CARTA APOSTÓLICA MANE NOBISCUM DOMINE PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA

OCTUBRE 2004–OCTUBRE 2005

INTRODUCCIÓN

1. “Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída” (cf. *Lc* 24,29). Ésta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo “ardía” su corazón (cf. *ibíd.* 32) mientras él les hablaba “explicando” las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y “se les abrieron los ojos” (cf. *ibíd.* 31). Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría su espíritu al deseo de la plena luz. “Quédate con nosotros”, suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el “pan partido”, ante el cual se habían abierto sus ojos.

2. El icono de los discípulos de Emaús viene bien para orientar un Año en que la Iglesia estará dedicada especialmente a vivir el misterio de la Santísima Euc-

ristía. En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la luz de la Palabra se añade la que brota del “Pan de vida”, con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de “estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo” (cf. *Mt 28,20*).

3. La “fracción del pan” -como al principio se llamaba a la Eucaristía- ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia. Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos el misterio de su muerte y resurrección. En ella se le recibe a Él en persona, como “pan vivo que ha bajado del cielo” (*Jn 6,51*), y con Él se nos da la prenda de la vida eterna, merced a la cual se degusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste. Varias veces, y recientemente en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, siguiendo la enseñanza de los Padres, de los Concilios Ecuménicos y también de mis Predecesores, he invitado a la Iglesia a reflexionar sobre la Eucaristía. Por tanto, en este documento no pretendo repetir las enseñanzas ya expuestas, a las que me remito para que se profundicen y asimilen. No obstante, he considerado que sería de gran ayuda, precisamente para lograr este objetivo, *un Año entero dedicado a este admirable Sacramento*.

4. Como es sabido, *el Año de la Eucaristía* abarca desde octubre de 2004 a octubre de 2005. Dos acontecimientos me han brindado una ocasión propicia para esta iniciativa, y marcarán su comienzo y su final: el *Congreso Eucarístico Internacional*, en programa del 10 al 17 de octubre de 2004 en Guadalajara (México), y la *Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, que se tendrá en el Vaticano del 2 al 29 de octubre de 2005 sobre el tema “La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia”. Otra consideración me ha inducido a dar este paso: durante este año se celebrará la *Jornada Mundial de la Juventud*, que tendrá lugar en Colonia del 16 al 21 de agosto de 2005. La Eucaristía es el centro vital en torno al cual deseo que se reúnan los jóvenes para alimentar su fe y su entusiasmo. Ya desde hace tiempo pensaba en una iniciativa eucarística de este tipo. En efecto, la Eucaristía representa una etapa natural de la trayectoria pastoral que he marcado a la Iglesia, especialmente desde los años de preparación del Jubileo, y que he retomado en los años sucesivos.

5. En esta Carta apostólica me propongo subrayar la continuidad de dicha trayectoria, para que sea más fácil a todos comprender su alcance espiritual. Por lo

que se refiere al desarrollo concreto del *Año de la Eucaristía*, cuento con la solicitud personal de los Pastores de las Iglesias particulares, a los cuales la devoción a tan gran Misterio inspirará diversas actividades. Además, mis Hermanos Obispos comprenderán fácilmente que esta iniciativa, al poco de concluir el *Año del Rosario*, se sitúa en un nivel espiritual tan profundo que en modo alguno interfiere en los programas pastorales de cada Iglesia. Más aún, puede iluminarlos con provecho, anclándolos, por así decir, en el Misterio que es la raíz y el secreto de la vida espiritual tanto de los fieles, como de toda iniciativa eclesial. Por tanto, no pretendo interrumpir el “camino” pastoral que está siguiendo cada Iglesia, sino acentuar en él la dimensión eucarística propia de toda la vida cristiana. Por mi parte, deseo ofrecer con esta Carta *algunas orientaciones de fondo*, confiando en que el Pueblo de Dios, en sus diferentes sectores, acoja mi propuesta con diligente docilidad y fervido amor.

I. EN LA LÍNEA DEL CONCILIO Y DEL JUBILEO

Con la mirada puesta en Cristo

6. Hace diez años, con la *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), tuve el gozo de indicar a la Iglesia el camino de preparación para el *Gran Jubileo del Año 2000*. Consideré que esta ocasión histórica se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así un panorama que, junto con perspectivas alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba muy convencido -y lo estoy todavía, ¡más que nunca!- de trabajar “a largo plazo” para la humanidad.

En efecto, Cristo no sólo es el centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad. Todo se recapitula en Él (cf. *Ef* 1,10; *Col* 1,15-20). Hemos de recordar el vigor con el cual el Concilio Ecuménico Vaticano II, citando al Papa Pablo VI, afirmó que Cristo “es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género

humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones”.[1] La enseñanza del Concilio profundizó en el conocimiento de la naturaleza de la Iglesia, abriendo el ánimo de los creyentes a una mejor comprensión, tanto de los misterios de la fe como de las realidades terrenas a la luz de Cristo. En Él, Verbo hecho carne, se revela no sólo el misterio de Dios, sino también el misterio del hombre mismo.[2] En Él, el hombre encuentra redención y plenitud.

7. Al inicio de mi Pontificado, en la Encíclica *Redemptor hominis*, expuse ampliamente esta temática que he retomado en otras ocasiones. El Jubileo fue el momento propicio para llamar la atención de los creyentes sobre esta verdad fundamental. La preparación de aquel gran acontecimiento fue totalmente trinitaria y cristocéntrica. En dicho planteamiento no se podía olvidar la Eucaristía. Al disponer hoy a celebrar un Año de la Eucaristía, me es grato recordar que ya en la *Tertio millennio adveniente* escribí: “El Dos mil será un año intensamente eucarístico: en el *sacramento de la Eucaristía* el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina”.[3] El Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Roma concretó este aspecto del Gran Jubileo. Vale la pena recordar también que, en plena preparación del Jubileo, en la Carta apostólica *Dies Domini* propuse a la consideración de los creyentes el tema del “Domingo” como día del Señor resucitado y día especial de la Iglesia. Invité entonces a todos a redescubrir el corazón del domingo en la Celebración eucarística.[4]

Contemplar con María el rostro de Cristo

8. La herencia del Gran Jubileo se recogió en cierto modo en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este documento de carácter programático sugerí una perspectiva de compromiso pastoral basado en la contemplación del rostro de Cristo, en el marco de una pedagogía eclesial capaz de aspirar a un “alto grado” de santidad, al que se llega especialmente mediante el arte de la oración.[5] Tampoco podía faltar en esta perspectiva el compromiso litúrgico y, de modo particular, *la atención a la vida eucarística*. Escribí entonces: “En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo

[1] Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 45.

[2] Cf. *ibíd.*, 22.

[3] N. 55: AAS 87 (1995), 38.

[4] Cf. n.32-34: AAS 90 (1998), 732-734.

[5] Cf. n.30-32: AAS 93 (2001), 287-289.

de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana”.[6] En el contexto de la educación a la oración, invité también a cultivar la Liturgia de las Horas, con la que la Iglesia santifica el curso del día y la sucesión del tiempo en la articulación propia del año litúrgico.

9. Posteriormente, con la convocatoria del Año del Rosario y la publicación de la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, mediante la reiterada propuesta del Rosario, volví a proponer la contemplación del rostro de Cristo *desde la perspectiva mariana*. Efectivamente, esta oración tradicional, tan recomendada por el Magisterio y tan arraigada en el Pueblo de Dios, tiene un carácter marcadamente bíblico y evangélico, centrado sobre todo en el nombre y el rostro de Jesús, contemplando sus misterios y repitiendo las avemarías. Su ritmo repetitivo es *una especie de pedagogía del amor*, orientada a promover el mismo amor que María tiene por su Hijo. Por eso, madurando ulteriormente un itinerario multisecular, he querido que esta forma privilegiada de contemplación completara su estructura de verdadero “compendio del Evangelio”, integrando en ella los misterios de la luz.[7] Y, ¿no corresponde a la Santísima Eucaristía estar en el vértice de los misterios de luz?

Del Año del Rosario al Año de la Eucaristía

10. Justo en el corazón del *Año del Rosario* promulgué la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, en la cual ilustré el misterio de la Eucaristía en su relación inseparable y vital con la Iglesia. Exhorté a todos a celebrar el Sacrificio eucarístico con el esmero que se merece, dando a Jesús presente en la Eucaristía, incluso fuera de la Misa, un culto de adoración digno de un Misterio tan grande. Recordé sobre todo la exigencia de una espiritualidad eucarística, presentando el modelo de María como “mujer eucarística”.[8]

El Año de la Eucaristía tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de *culminación de todo el camino recorrido*. Podrían

[6] *Ibíd.*, 35: l.c., 290-291.

[7] Cf. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), 19.21: AAS 95 (2003), 18-20.

[8] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.

decirse muchas cosas para vivir bien este Año. Me limitaré a indicar algunas perspectivas que pueden ayudar a que todos adopten actitudes claras y fecundas.

II. LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE LUZ

“Les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura” (Lc 24,27)

11. El relato de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos de Emaús nos ayuda a enfocar un primer aspecto del misterio eucarístico que nunca debe faltar en la devoción del Pueblo de Dios: *¡La Eucaristía misterio de luz!* ¿En qué sentido puede decirse esto y qué implica para la espiritualidad y la vida cristiana?

Jesús se presentó a sí mismo como la “luz del mundo” (Jn 8,12), y esta característica resulta evidente en aquellos momentos de su vida, como la Transfiguración y la Resurrección, en los que resplandece claramente su gloria divina. En la Eucaristía, sin embargo, la gloria de Cristo está velada. El Sacramento eucarístico es un “*mysterium fidei*” por excelencia. Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina. En una feliz intuición, el célebre icono de la Trinidad de Rublëv pone la Eucaristía de manera significativa en el centro de la vida trinitaria.

12. La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos “mesas”, la de la Palabra y la del Pan. Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de la dimensión propiamente eucarística: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (Jn 6,55). Sabemos que esto fue lo que puso en crisis a gran parte de los oyentes, llevando a Pedro a hacerse portavoz de la fe de los otros Apóstoles y de la Iglesia de todos los tiempos: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68). En la narración de los discípulos de Emaús Cristo mismo interviene para enseñar, “comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas”, cómo “toda la Escritura” lleva al misterio de su persona (cf. Lc 24,27). Sus palabras hacen “arder” los corazones de los discípulos, los sacan de la oscuridad de la tristeza y desesperación y suscitan en ellos el deseo de permanecer con Él: “Quédate con nosotros, Señor” (cf. Lc 24,29).

13. Los Padres del Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, establecieron que la “mesa de la Palabra” abriera más ampliamente los tesoros de la Escritura a los fieles.[9] Por eso permitieron que la Celebración litúrgica, especialmente las lecturas bíblicas, se hiciera en una lengua conocida por todos. Es Cristo mismo quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura.[10] Al mismo tiempo, recomendaron encarecidamente la homilía como parte de la Liturgia misma, destinada a ilustrar la Palabra de Dios y actualizarla para la vida cristiana.[11] Cuarenta años después del Concilio, el *Año de la Eucaristía* puede ser una buena ocasión para que las comunidades cristianas *hagan una revisión sobre este punto*. En efecto, no basta que los fragmentos bíblicos se proclamen en una lengua conocida si la proclamación no se hace con el cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine.

“Lo reconocieron al partir el pan” (Lc 24,35)

14. Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la “fracción del pan”. Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos “hablan”. La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente.

Como he subrayado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, es importante que no se olvide ningún aspecto de este Sacramento. En efecto, el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad *es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio*. “La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones”. [12]

15. No hay duda de que el aspecto más evidente de la Eucaristía es el de *banquete*. La Eucaristía nació la noche del Jueves Santo en el contexto de la

[9] Cf. n.51.

[10] Cf. *ibíd.*, 7.

[11] Cf. *ibíd.*, 52.

[12] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 10: AAS 95 (2003), 439.

cena pascual. Por tanto, conlleva en su estructura *el sentido del convite*: “Tomad, comed... Tomó luego una copa y... se la dio diciendo: Bebed de ella todos...” (Mt 26,26.27). Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

Sin embargo, no se puede olvidar que el banquete eucarístico tiene también un sentido profunda y primordialmente *sacrificial*. [13] En él Cristo nos presenta *el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota*. Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Santa Misa es su “memorial”, como nos recuerda la Liturgia con la aclamación después de la consagración: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...”. Al mismo tiempo, mientras actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia. Este aspecto “escatológico” da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza.

“Yo estoy con vosotros todos los días” (Mt 28,20)

16. Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: *el misterio de la presencia “real”*. Junto con toda la tradición de la Iglesia, nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente Jesús. Una presencia -como explicó muy claramente el Papa Pablo VI- que se llama “real” no por exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre. [14] Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos -banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica- un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo.

[13] Cf. *ibíd.*; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004), 38; *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 7.

[14] Cf. Enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965), 39: AAS 57 (1965), 764; S. Congregación de Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, sobre el culto del misterio eucarístico (25 mayo 1967), 9: AAS 59 (1967), 547.

Celebrar, adorar, contemplar

Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser *celebrado bien*. Es necesario que la Santa Misa sea el centro de la vida cristiana y que en cada comunidad se haga lo posible por celebrarla decorosamente, según las normas establecidas, con la participación del pueblo, la colaboración de los diversos ministros en el ejercicio de las funciones previstas para ellos, y cuidando también el aspecto sacro que debe caracterizar la *música litúrgica*. Un objetivo concreto de este *Año de la Eucaristía* podría ser estudiar a fondo en cada comunidad parroquial la *Ordenación General del Misal Romano*. El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los “signos” es seguir con fidelidad el proceso del año litúrgico. Los Pastores deben dedicarse a la *catechesis “mistagógica”*, tan valorada por los Padres de la Iglesia, la cual ayuda a descubrir el sentido de los gestos y palabras de la Liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio y a centrar en él toda su vida.

18. Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, *la conciencia viva de la presencia real de Cristo*, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse. A este respecto, las normas recuerdan -y yo mismo lo he recordado recientemente[15]- el relieve que se debe dar a los momentos de silencio, tanto en la celebración como en la adoración eucarística. En una palabra, es necesario que la manera de tratar la Eucaristía por parte de los ministros y de los fieles exprese el máximo respeto.[16] La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como *un polo de atracción* para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón. “¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!” (*Sal* 33 [34],9).

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece

[15] Cf. Mensaje *Spiritus et Sponsa*, en el XL aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia (4 diciembre 2003), 13: AAS 96 (2004), 425.

[16] Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004): *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 5-15.

en tantas partes del mundo. Profundicemos nuestra contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la Palabra de Dios y en la experiencia de tantos místicos antiguos y recientes. El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, que he recomendado en la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, hecha según la escuela de María y en su compañía.[17]

Que este año se viva con particular fervor la solemnidad del *Corpus Christi* con la tradicional procesión. Que la fe en Dios que, encarnándose, se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y particularmente por nuestras calles y en nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición.

III. LA EUCARISTÍA FUENTE Y EPIFANÍA DE COMUNIÓN

“Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Jn 15,4)

19. Cuando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara “con” ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor. Mediante el sacramento de la Eucaristía encontró el modo de quedarse “en” ellos. Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. “Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Jn 15,4). Esta relación de íntima y recíproca “permanencia” *nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra*. ¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el “hambre” de su Palabra (cf. *Am* 8,11), un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para “saciarnos” de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo.

Un solo pan, un solo cuerpo

20. Pero la especial intimidad que se da en la “comunión” eucarística no puede comprenderse adecuadamente ni experimentarse plenamente fuera de la comunión eclesial. Esto lo he subrayado repetidamente en la Encíclica *Ecclesia de*

[17] Cf. *ibíd.* 137: *l.c.*, p.11.

Eucharistia. La Iglesia es el cuerpo de Cristo: se camina “con Cristo” en la medida en que se está en relación “con su cuerpo”. Para crear y fomentar esta unidad Cristo envía el Espíritu Santo. Y Él mismo la promueve mediante su presencia eucarística. En efecto, es precisamente el único Pan eucarístico el que nos hace un solo cuerpo. El apóstol Pablo lo afirma: “Un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1 Co 10,17). En el misterio eucarístico Jesús edifica la Iglesia como comunión, según el supremo modelo expresado en la *oración sacerdotal*: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21).

21. La Eucaristía es fuente de la unidad eclesial y, a la vez, su máxima *manifestación*. La Eucaristía es *epifanía de comunión*. Por ello la Iglesia establece ciertas condiciones para poder participar de manera plena en la Celebración eucarística.[18] Son exigencias que deben hacernos tomar conciencia cada vez más clara de *cuán exigente es la comunión que Jesús nos pide*. Es comunión *jerárquica*, basada en la conciencia de las distintas funciones y ministerios, recordada también continuamente en la plegaria eucarística al mencionar al Papa y al Obispo diocesano. Es comunión *fraterna*, cultivada por una “espiritualidad de comunión” que nos mueve a sentimientos recíprocos de apertura, afecto, comprensión y perdón.[19]

“Un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32)

22. En cada Santa Misa nos sentimos interpelados por el ideal de comunión que el libro de los Hechos de los Apóstoles presenta como modelo para la Iglesia de todos los tiempos. La Iglesia congregada alrededor de los Apóstoles, convocada por la Palabra de Dios, es capaz de compartir no sólo lo que concierne los bienes espirituales, sino también los bienes materiales (cf. Hch 2,42- 47; 4,32-35). En este *Año de la Eucaristía* el Señor nos invita a acercarnos lo más posible a este ideal. Que se vivan con particular intensidad los momentos ya sugeridos por la liturgia para la “Misa estacional”, que el Obispo celebra en la catedral con sus presbíteros y diáconos, y con la participación de todo el Pueblo de Dios. Ésta es la

[18] Cf. Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 44: AAS 95 (2003), 462; *Código de Derecho Canónico*, can. 908; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 702; Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directorium Oecumenicum* (25 marzo 1993), 122-125, 129-131: AAS 85 (1993), 1086-1089; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Ad esequendam* (18 mayo 2001): AAS 93 (2001), 786.

[19] Cf. Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43: AAS 93 (2001), 297.

principal “manifestación” de la Iglesia.[20] Pero será bueno promover *otras ocasiones significativas* también en las parroquias, para que se acreciente el sentido de la comunión, encontrando en la Celebración eucarística un renovado fervor.

El Día del Señor

23. Es de desear vivamente que en este año se haga un especial esfuerzo por redescubrir y vivir plenamente el Domingo como día del Señor y día de la Iglesia. Sería motivo de satisfacción si se meditase de nuevo lo que ya escribí en la Carta apostólica *Dies Domini*. “En efecto, precisamente en la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. *Jn* 20,19). En aquel pequeño núcleo de discípulos, primicia de la Iglesia, estaba en cierto modo presente el Pueblo de Dios de todos los tiempos”. [21] Que los sacerdotes en su trabajo pastoral presten, durante este año de gracia, *una atención todavía mayor a la Misa dominical*, como celebración en la que los fieles de una parroquia se reúnen en comunidad, constatando cómo participan también ordinariamente los diversos grupos, movimientos y asociaciones presentes en la parroquia.

IV. LA EUCARISTÍA PRINCIPIO Y PROYECTO DE “MISIÓN”

“Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén” (Lc 24,33)

24. Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, “se levantaron al momento” (*Lc* 24,33) para ir a comunicar lo que habían visto y oído. Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano *la exigencia de evangelizar y dar testimonio*. Lo subrayé precisamente en la homilía en que anuncié el *Año de la Eucaristía*, refiriéndome a las palabras de Pablo: “Cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamareis la muerte del Señor, hasta que vuelva” (*1Co* 11,26). El Apóstol relaciona íntimamente el banquete y el anuncio: entrar en comunión con

[20] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 41.

[21] N. 33: AAS 90 (1998), 733.

Cristo en el memorial de la Pascua significa experimentar al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado en el rito.[22] La despedida al finalizar la Misa es como *una consigna* que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.

25. La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su *proyecto*. En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita. ¿Por qué no ver en esto la *consigna especial* que podría surgir del *Año de la Eucaristía*?

Acción de gracias

26. Un elemento fundamental de este “proyecto” aparece ya en el sentido mismo de la palabra “eucaristía”: acción de gracias. En Jesús, en su sacrificio, en su “sí” incondicional a la voluntad del Padre, está el “sí”, el “gracias”, el “amén” de toda la humanidad. La Iglesia está llamada a recordar a los hombres esta gran verdad. Es urgente hacerlo sobre todo en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre. Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive -en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida-, significa, además, testimoniar que *la realidad humana no se justifica sin referirla al Creador*: “Sin el Creador la criatura se diluye”. [23] Esta referencia trascendente, que nos obliga a un continuo “dar gracias” -justamente a una actitud eucarística- por lo todo lo que tenemos y somos, no perjudica la legítima autonomía de las realidades terrenas, [24] sino que la sitúa en su auténtico fundamento, marcando al mismo tiempo sus propios límites.

En este *Año de la Eucaristía* los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta. La “cultura de la Eucaristía” promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menosca-

[22] Cf. *Homilía en la solemnidad del “Corpus Christi”* (10 junio 2004), 1: *L’Osservatore Romano* ed. en lengua española, 18 junio 2004, p.3.

[23] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.

[24] Cf. *ibíd.*

ba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con ocasión del Jubileo, esto no se debe a las “raíces cristianas”, sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces. Quien aprende a decir “gracias” como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador.

El camino de la solidaridad

27. La Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad. En la celebración eucarística la Iglesia renueva continuamente su conciencia de ser “signo e instrumento” no sólo de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano.[25] La Misa, aun cuando se celebre de manera oculta o en lugares recónditos de la tierra, tiene siempre un carácter de universalidad. El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida. La imagen lacerante de nuestro mundo, que ha comenzado el nuevo Milenio con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como *una gran escuela de paz*, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión.

Al servicio de los últimos

28. Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el “lavatorio de los pies” (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús

[25] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. *1 Co* 11,17-22.27-34).

¿Por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobreza de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. *Jn* 13,35; *Mt* 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.

CONCLUSIÓN

29. *O Sacrum Convivium, in quo Christus sumitur!* El *Año de la Eucaristía* nace de la conmoción de la Iglesia ante este gran Misterio. Una conmoción que me embarga continuamente. De ella surgió la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Considero como una grande gracia del vigésimo séptimo año de ministerio petrino que estoy a punto de iniciar, el poder invitar ahora a toda la Iglesia a contemplar, alabar y adorar de manera especial este inefable Sacramento. Que el *Año de la Eucaristía* sea para todos una excelente ocasión para tomar conciencia del tesoro incomparable que Cristo ha confiado a su Iglesia. Que sea estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor.

En esta perspectiva se podrán realizar muchas iniciativas, según el criterio de los Pastores de las Iglesias particulares. A este respecto, la *Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos* ofrecerá propuestas y sugerencias útiles. Pero no pido que se hagan cosas extraordinarias, sino que todas las iniciativas se orienten a una mayor interioridad. Aunque el fruto de este Año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas *la celebración de la Misa dominical* e incrementar *la adoración eucarística fuera de la Misa*, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo. No obstante, es bueno apuntar

hacia arriba, sin conformarse con medidas mediocres, porque sabemos que podemos contar siempre con la ayuda Dios.

30. A vosotros, queridos *Hermanos en el Episcopado*, os confío este Año, con la seguridad de que acogeréis mi invitación con todo vuestro ardor apostólico.

Vosotros, *sacerdotes*, que repetís cada día las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que se realiza en vuestras manos, dejaos interpelar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez, y haciendo oración frecuentemente ante el Sagrario.

Que sea un Año de gracia para vosotros, *diáconos*, entregados al ministerio de la Palabra y al servicio del Altar. También vosotros, *lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión*, tomad conciencia viva del don recibido con las funciones que se os han confiado para una celebración digna de la Eucaristía.

Me dirijo el particular a vosotros, *futuros sacerdotes*: en la vida del Seminario tratad de experimentar la delicia, no sólo de participar cada día en la Santa Misa, sino también de dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía.

Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida.

Todos vosotros, *fieles*, descubrid nuevamente el don de la Eucaristía como luz y fuerza para vuestra vida cotidiana en el mundo, en el ejercicio de la respectiva profesión y en las más diversas situaciones. Descubridlo sobre todo para vivir plenamente la belleza y la misión de la *familia*.

En fin, espero mucho de vosotros, *jóvenes*, y os renuevo la cita en Colonia para la *Jornada Mundial de la Juventud*. El tema elegido-“Venimos a adorarlo” (*Mt 2,2*)- es particularmente adecuado para sugeriros la actitud apropiada para vivir este año eucarístico. Llevad al encuentro con Jesús oculto bajo las especies eucarísticas todo el entusiasmo de vuestra edad, de vuestra esperanza, de vuestra capacidad de amar.

31. Tenemos ante nuestros ojos los ejemplos de los Santos, que han encontrado en la Eucaristía el alimento para su camino de perfección. Cuántas veces han derramado lágrimas de conmoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo “nupcial” ante el Sacramento del altar. Que nos ayude sobre todo la Santísima Virgen, que encarnó con toda su existencia la lógica de la Eucaristía. “La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio”. [26] El Pan eucarístico que recibimos es la carne inmaculada del Hijo: “*Ave verum corpus natum de Maria Virgine*”. Que en este Año de gracia, con la ayuda de María, la Iglesia reciba un nuevo impulso para su misión y reconozca cada vez más en la Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su vida.

Que llegue a todos, como portadora de gracia y gozo, mi Bendición.

Vaticano, 7 de octubre, memoria de Nuestra Señora del Rosario, del año 2004, vigésimo sexto de Pontificado.

[26] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS

AÑO DE LA EUCARISTÍA SUGERENCIAS Y PROPUESTAS

INTRODUCCIÓN

A sólo un año de la conclusión del Año del Rosario, surge una nueva iniciativa del Santo Padre: El Año de la Eucaristía (octubre de 2004 - octubre de 2005). Las dos iniciativas están en la misma línea. Se colocan, de hecho, en el marco de la orientación pastoral que el Papa ha dado a toda la Iglesia con la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, colocando en el centro del empeño eclesial la contemplación del rostro de Cristo en la línea del Concilio Vaticano II y del Gran Jubileo (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. I).

En efecto, con la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, el Papa nos ha invitado a contemplar a Cristo a través de los ojos y del corazón de María. Ha llegado después la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, que nos ha conducido a aquello que es la “fuente” y “culmen” de toda la vida cristiana, invitándonos a un renovado fervor en la celebración y en la adoración de la Eucaristía. En conexión con la Encíclica, la Instrucción *Redemptionis Sacramentum* ha recordado el deber de todos de asegurar una liturgia eucarística digna de tan gran Misterio.

Ahora, el Año de la Eucaristía introducido y orientado por la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine* (7 octubre de 2004), nos brinda una importante ocasión pastoral para que toda la comunidad cristiana sea posteriormente sensibilizada a hacer de este admirable Sacrificio y Sacramento, el corazón de su vida.

Para el desarrollo de este Año, el Santo Padre ha dejado la iniciativa a las Iglesias particulares. Ha pedido también a la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos que ofrezca “sugerencias y propuestas” (cf. *Mane nobiscum Domine*, 29), que pudieran ser útiles para quienes, como pastores y agentes de pastoral a cualquier nivel, serán llamados a dar su contribución.

De aquí el carácter de este subsidio. No pretende ser exhaustivo, sino que se limita a dar, con un carácter esencial, sugerencias de acción. A veces simplemente se mencionan ámbitos y temas que no deben ser olvidados. Un capítulo con líneas de “espiritualidad” eucarística se espera que pueda ser útil, al menos como estímulo, en el marco de las iniciativas de catequesis y formación. Es importante pues, que la Eucaristía sea acogida no solamente en los aspectos de la celebración, sino también como proyecto de vida, como fundamento de una auténtica “espiritualidad eucarística”.

Mientras agradecemos al Santo Padre por este otro “regalo”, confiamos el éxito de este Año a la intercesión de la Madre de Dios. En su escuela de “mujer eucarística” se reavive el “asombro” frente al Misterio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, y toda la Iglesia viva de ella con ardor creciente.

* * * * *

DOCUMENTOS CITADOS Y ABREVIACIONES

Concilio Ecuménico Vaticano II
Constitución *Sacrosanctum Concilium* (= SC).
Constitución *Lumen Gentium*.
Constitución *Dei Verbum*.

Libros litúrgicos
Missale Romanum, *Institutio generalis Missalis Romani*, Ed. typica tertia, *Typis Vaticanis* 2002 (= IGMR).

Missale Romanum, *Ordo Lectionum Missae*, Ed. typica altera, Libreria Ed. Vaticana 1981.

Rituale Romanum, *De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam*, Ed. typica, *Typis Polyglottis Vaticanis*, reimpressio emendata 1974 (= *De sacra communione*).

Caeremoniale Episcoporum, Ed. typica, Libreria Editrice Vaticana 1984.

Rituale Romanum, De Benedictionibus, Ed. typica, Typis Polyglottis Vaticanis 1985.

Liturgia Horarum, Institutio generalis de Liturgia Horarum, Ed. typica altera, Libreria Ed. Vaticana 1985 (= IGLH).

Ordo initiationis christianae adultorum, Ed. typica, Typis Polyglottis Vaticanis 1972.

Collectio Missarum de Beata Maria Virgine, Ed. typica, Libreria Editrice Vaticana 1987.

Ordo coronandi imaginem B. Mariae Virginis, Ed. typica, Typis Polyglottis Vaticanis 1981.

Documentos de Juan Pablo II

Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia (17 de abril de 2003).

Carta Apostólica Mane nobiscum Domine (7 de octubre de 2004).

Carta Apostólica Dies Domini (31 de mayo de 1998).

Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte (6 de enero de 2001).

Carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae (16 de octubre de 2002).

Carta Apostólica Spiritus et Sponsa (4 de diciembre de 2003).

Quirógrafo para el centenario del Motu Proprio «Tra le sollecitudini» sobre la música sacra (22 de noviembre de 2003).

Exhortación Apostólica postsinodal Vita consecrata (25 de marzo de 1996).

Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2004.

Otros documentos

Pablo VI, Carta Encíclica Mysterium fidei (3 de septiembre de 1965).

Pablo VI, Exhortación Apostólica Gaudete in Domino (9 de mayo de 1975).

Código de Derecho Canónico (= CDC).

Catecismo de la Iglesia Católica, Libreria Ed. Vaticana, 1992 (= CIC).

S. Congregación de los Ritos, Instrucción Eucharisticum mysterium (25 de mayo de 1967).

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción Redemptionis Sacramentum (25 de marzo de 2004).

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Directorio sobre piedad popular y liturgia. Principios y orientaciones, Ciudad del Vaticano 2002 (= Directorio piedad popular).

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Carta circular sobre la preparación y la celebración de las fiestas pascales (16 de enero de 1988) (= Carta fiestas pascales).

Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instrucción Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio (19 de mayo de 2002).

S. Congregación para la Educación Católica, Instrucción sobre la formación litúrgica en los Seminarios (3 de junio de 1979).

1. MARCO DE REFERENCIA

1. El panorama abierto por el Año de la Eucaristía exige y promueve un trabajo de envergadura, que conjuga todas las dimensiones del vivir en Cristo en la Iglesia. La Eucaristía, de hecho, no es un “tema” entre los demás, sino que es el corazón mismo de la vida cristiana. “La celebración de la Misa, en cuanto acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente constituido, constituye el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia universal, para la Iglesia local y para los fieles particulares. En la Misa, de hecho, tiene lugar el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo en Cristo y del culto que los hombres rinden al Padre adorándolo por medio de Cristo Hijo de Dios en el Espíritu Santo. En ella, conmemora además la Iglesia a lo largo del año los misterios de la redención con el fin de hacerlos presentes en cierto modo. Todas las demás acciones sagradas y toda actividad de la vida cristiana están en estrecha relación con la Misa, derivan de ella y a ella están ordenadas” (Institutio generalis Missalis Romani = IGMR, 16).

Por lo tanto, el énfasis eucarístico que marca este Año especial se concreta y diversifica en actividades fundamentales de la vida de la Iglesia, considerada en su conjunto o en los miembros particulares. El mismo Santo Padre ha subrayado esta clave de lectura, colocando la iniciativa dentro del plan pastoral general, que ha sido propuesto a la Iglesia en términos cristológico-trinitarios en los años de preparación al Gran Jubileo, y ha ido recalcando progresivamente en los años sucesivos a partir de la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*. “El Año de la Eucaristía tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de culminación de todo el camino recorrido” (*Mane nobiscum Domine*, 10).

Sobre esta base, la programación de iniciativas durante este Año debería tener en cuenta los diversos ámbitos y ofrecer estímulos de vario tipo. En este capítulo nos proponemos evocar, de modo muy sintético, algunas “perspectivas”

teológico-pastorales que marcan una especie de marco de referencia para las sugerencias y propuestas que siguen.

La fe en la Eucaristía

2. Siendo “Misterio de la fe” (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, cap. I), la Eucaristía se comprende a la luz de la Revelación bíblica y de la Tradición eclesial. Al mismo tiempo, la referencia a éstas últimas es necesaria para que la Eucaristía pueda expresar su característica de “misterio de la luz” (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. II), haciéndonos recorrer, de alguna forma, el «camino de fe» descrito en el pasaje evangélico de los dos “discípulos de Emaús”, que el Santo Padre ha elegido como “icono” para el Año de la Eucaristía. En efecto, la Eucaristía es misterio de luz porque la misma “fracción del pan” proyecta una luz sobre el misterio de Dios-Trinidad: precisamente en el evento pascual de la muerte y resurrección de Cristo y, consecuentemente, en su «memorial» eucarístico, Dios se revela en sumo grado como Dios-Amor.

El Año de la Eucaristía, por tanto, se propone ante todo como un período de una catequesis más intensa acerca de la Eucaristía creída por la Iglesia. Tal catequesis tendrá presente:

- * la Sagrada Escritura, de los textos que atañen a la «preparación» del Misterio en el Antiguo Testamento a los textos del Nuevo Testamento que tienen relación tanto con la institución de la Eucaristía como con sus diferentes dimensiones (cf. por ejemplo, los textos señalados en el Leccionario para la misa votiva de la Santísima Eucaristía).

- * la Tradición: de los Padres de la Iglesia al sucesivo desarrollo teológico-magisterial, con particular atención al Concilio Vaticano II, incluyendo los recientes documentos del Magisterio. Los itinerarios catequéticos elaborados por las Iglesias particulares encontrarán, para todo esto, un punto de referencia seguro e iluminador en el Catecismo de la Iglesia Católica;

- * la mistagogía, o sea, la introducción profundizada en el misterio celebrado a través de la explicación de los ritos y de las plegarias del *Ordo Missae* y del *De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam*;

- * las riquezas ofrecidas por la historia de la espiritualidad, evidenciando en particular cómo la Eucaristía creída y celebrada ha encontrado una expresión en la vida de los santos (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 62);

- * el arte sagrado como testimonio de fe en el misterio eucarístico.

La celebración de la Eucaristía y el culto eucarístico fuera de la Misa

3. Recibida de Cristo, quien la ha instituido, la Eucaristía es celebrada por la Iglesia en la forma establecida por ella (cf. IGMR y Praenotanda al Ordo Lectionum Missae). El culto eucarístico fuera de la Misa está íntimamente unido a la celebración eucarística y ordenado a ella.

“Un objetivo concreto de este Año de la Eucaristía podría ser estudiar a fondo en cada comunidad parroquial la Ordenación general del Misal Romano. El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los santos «signos» es seguir con fidelidad el proceso del Año litúrgico” (Mane nobiscum Domine, 17).

A modo de una simple indicación “temática” para los agentes pastorales, se señalan a continuación algunos aspectos sobre los que se ha invitado en este Año a “examinarse” de modo especial, con miras a una digna celebración y una adoración más ferviente del Misterio eucarístico. Además de los documentos fundamentales arriba mencionados, no dejará de servir de ayuda la reciente Instrucción *Redemptionis Sacramentum*. Hay que tener presentes:

- * los lugares de la celebración: iglesia, altar, ambón, sede...;
- * la asamblea litúrgica: sentido y modalidad de su participación «plena, consciente, activa» (cf. SC, 14);
- * las diferentes funciones: el sacerdote que actúa in persona Christi, los diáconos, los demás ministerios y servicios;
- * la dinámica de la celebración: del pan de la Palabra al pan de la Eucaristía (cf. Ordo Lectionum Missae, 10);
- * Los tiempos de la celebración eucarística: domingo, días festivos, año litúrgico;
- * la relación entre la Eucaristía y los demás sacramentos, sacramentales, exequias...
- * la participación interior y exterior: en particular el respeto de los “momentos” de silencio;
- * el canto y la música;
- * la observancia de las normas litúrgicas;
- * la comunión de los enfermos y el viático (cf. De sacra communione);
- * la adoración al Santísimo Sacramento, la oración personal;
- * las procesiones eucarísticas.

Un examen de estos puntos sería especialmente aconsejable en el Año de la Eucaristía. Ciertamente, en la vida pastoral de las diversas comunidades no se puede llegar con facilidad a metas más altas, pero es necesario tender a ello. “Aunque el fruto de este Año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas la celebración de la misa dominical e incrementar la adoración eucarística fuera de la misa, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo. No obstante, es bueno apuntar hacia arriba, sin conformarse con medidas mediocres, porque sabemos que podemos contar siempre con la ayuda de Dios” (Mane nobiscum Domine, 29).

La espiritualidad eucarística

4. En la Carta Apostólica *Spiritus et Sponsa* con motivo del XL aniversario de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, el Papa ha expresado el deseo de que se desarrolle en la Iglesia una “espiritualidad litúrgica”. Es la perspectiva de una liturgia que nutre y orienta la existencia, plasmando el actuar del creyente como auténtico “culto espiritual” (cf. Rom 12, 1). Sin el cultivo de una “espiritualidad litúrgica”, la práctica litúrgica fácilmente se reduce a “ritualismo” y vuelve vana la gracia que brota de la celebración.

Esto vale de modo especial para la Eucaristía: “La Iglesia vive de la Eucaristía”. En verdad, la celebración eucarística está en función del vivir en Cristo, en la Iglesia, por la potencia del Espíritu Santo. Es necesario, por tanto, cuidar el movimiento que va de la Eucaristía celebrada a la Eucaristía vivida: del misterio creído a la vida renovada. Por esto el presente subsidio ofrece también un capítulo de líneas de espiritualidad eucarística. En este marco inicial de referencia será útil añadir algunos puntos particularmente significativos:

- * la Eucaristía es culmen et fons de la vida espiritual en cuanto tal, más allá de los variados caminos de la espiritualidad;

- * el regular alimento eucarístico sostiene la correspondencia a la gracia de los diversos tipos de vocaciones y estados de vida (ministros ordenados, esposos y padres, personas consagradas...) e ilumina las diferentes situaciones de la existencia (alegrías y dolores, problemas y proyectos, enfermedades y pruebas);

- * la caridad, la concordia, el amor fraterno son fruto de la Eucaristía y vuelven visible la unión con Cristo realizada en el sacramento; al mismo tiempo, el ejercicio de la caridad en estado de gracia es la condición para que se pueda celebrar con plenitud la Eucaristía: ella es “manantial”, pero también “epifanía” de la comunión (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. III);

* la presencia de Cristo en nosotros y entre nosotros hace brotar el testimonio en la vida cotidiana, fomenta la construcción de la ciudad terrena: la Eucaristía es principio y proyecto de misión (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. IV).

María: icono de la Iglesia «eucarística»

5. “Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia”. Así exhorta el cap. VI de la Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, en la cual Juan Pablo II subraya la profunda relación que María mantiene con la Eucaristía y con la Iglesia que vive del Sacramento del Altar. El encuentro con el “Dios con nosotros y por nosotros” incluye a la Virgen María.

El Año de la Eucaristía constituye una ocasión propicia también para profundizar este aspecto del Misterio. Para vivir profundamente el sentido de la celebración eucarística y hacer que deje una huella en nuestra vida, no hay mejor manera que dejarse “educar” por María, la “mujer eucarística”.

Es importante, para tal fin, recordar lo que el Papa ha dicho en *Rosarium Virginis Mariae* n. 15, a propósito de la “conformación con Cristo con María” Ella “nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como ‘respirar’ sus sentimientos”. Por otra parte “escribe también el Papa en *Ecclesia de Eucharistia*” en la celebración eucarística, en cierto modo, nosotros recibimos siempre, con el memorial de la muerte de Cristo, también el don de María, que nos ha sido hecho por el Crucificado en la persona de Juan (He ahí a tu madre: Jn 19, 27): “Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros «a ejemplo de Juan» a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas” (*Ecclesia de Eucharistia*, 57).

Son temas que merecen ser objeto de especial meditación este Año (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31).

Sobre la celebración de la Eucaristía en comunión con María, extendiendo las actitudes culturales que resplandecen ejemplarmente en ella, véase *Collectio Missarum de Beata Maria Virgine*, Praenotanda, n. 12-18.

Los santos, testimonio de vida eucarística

6. En *Novo Millennio Ineunte*, n. 30, el Papa invita a enfocar todo el camino pastoral de la Iglesia hacia la “santidad”. Esto puede valer de forma particular para un Año basado totalmente en la espiritualidad eucarística. La Eucaristía nos hace santos, y no puede existir santidad que no esté basada en la vida eucarística. “El que me come vivirá por mí” (Jn 6, 57).

Esta verdad es testificada por el “*sensus fidei*” de todo el pueblo de Dios. Sin embargo los santos son testigos privilegiados, ya que en ellos resplandece el misterio pascual de Cristo. Ha escrito Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucharistia*, n. 62: “Sigamos, queridos hermanos y hermanas, la enseñanza de los Santos, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística. Con ellos la teología de la Eucaristía adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida, nos «contagia» y, por así decir, nos «enciende»”. Es algo que vale para todos los santos.

Algunos de ellos han vivido esta dimensión con especial intensidad y con especiales dones del Espíritu, enfervorizando a los hermanos con su mismo amor por la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). Los ejemplos podrían ser innumerables: desde San Ignacio de Antioquía a San Ambrosio, de San Bernardo a Santo Tomás de Aquino, de San Pascual Bailón a San Alfonso María de Liguori, de Santa Catalina de Siena a Santa Teresa de Ávila, de San Pedro Julián Eymard a San Pío de Pietrelcina, hasta los «mártires de la Eucaristía», antiguos y modernos, de San Tarcisio a San Nicolás Pieck y compañeros, a San Pedro Maldonado.

El Año de la Eucaristía ofrecerá ocasiones para redescubrir estos “testimonios”, los más conocidos en la Iglesia universal y los que son más recordados en las Iglesias particulares. Es de desear que la misma investigación teológica se interese por ellos, ya que la vida de los santos es un significativo “*locus theologicus*”: a través de los santos “Dios nos habla” (cf. *Lumen Gentium*, 50) y su experiencia espiritual (cf. *Dei Verbum*, 8), garantizada por el discernimiento eclesial, arroja luz sobre el Misterio. Caminando a su luz y tras sus huellas será más fácil asegurar que este Año de gracia sea verdaderamente fecundo.

2. CONTEXTOS CULTURALES

7. Estando en el centro de la economía sacramental, como vértice de la iniciación cristiana, la Eucaristía ilumina los demás sacramentos y es su punto de

convergencia. La misma forma ritual prevé o prescribe “excepto para la penitencia” que los sacramentos sean o puedan ser insertados en la celebración de la Eucaristía (cf. Praenotanda de los diversos Ordines; *Redemptionis Sacramentum*, 75-76). La Liturgia de las Horas puede ser armonizada con la celebración eucarística (cf. IGLH, 93-97).

También los sacramentales, como la bendición abacial, la profesión religiosa, la consagración de las vírgenes, el conferir los ministerios instituidos o ministerios extraordinarios, las exequias, se desarrollan normalmente durante la Misa. La dedicación de la iglesia y del altar tienen lugar dentro de la celebración de la Eucaristía.

Existen también otras bendiciones que se pueden hacer durante la Misa (cf. *Ordo coronandi imaginem B.M. Virginis*; *De Benedictionibus*, 28).

Si bien es cierto que hay otras bendiciones, actos de culto o prácticas de devoción que no conviene que se inserten en la Misa (cf. *De Benedictionibus*, 28; *De sacra communione*, 83; *Redemptionis Sacramentum*, 75-79; *Directorio piedad popular*, 13, 204), es verdad también que no existe oración cristiana sin referencia a la Eucaristía, máxima plegaria de la Iglesia, indispensable para los cristianos. Las múltiples formas de oración privada, así como las diversas expresiones de piedad popular, realizan de hecho su sentido genuino al preparar para la celebración Eucarística o al extender sus efectos en la vida.

De modo indicativo se recuerdan a continuación algunos días, tiempos y formas de oración que hacen referencia a la Eucaristía.

Domingo

8. El domingo es “la fiesta primordial”, “el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico” (SC, 106). “Considerando globalmente sus significados y sus implicaciones, es como una síntesis de la vida cristiana y una condición para vivirlo bien” (*Dies Domini*, 81).

Es en efecto el día de Cristo Resucitado, y por tanto trae consigo la memoria de lo que es el fundamento mismo de la fe cristiana (cf. 1Cor 15, 14-19). “Aunque el domingo es el día de la resurrección, no es sólo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino que es celebración de la presencia viva del Resucitado en

medio de los suyos. Para que esta presencia sea anunciada y vivida de manera adecuada no basta que los discípulos de Cristo oren individualmente y recuerden en su interior, en lo recóndito de su corazón, la muerte y resurrección de Cristo. (...) Por eso es importante que se reúnan, para expresar así plenamente la identidad misma de la Iglesia, la ekklesía, asamblea convocada por el Señor resucitado” (Dies Domini, 31). La celebración eucarística es, de hecho, el corazón del domingo.

El nexo entre la manifestación del Resucitado y la Eucaristía está especialmente puesto en evidencia en la narración de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35), guiados por Cristo mismo para entrar íntimamente en su misterio a través de la escucha de la Palabra y la comunión del “Pan partido” (cf. *Mane nobiscum Domine*). Los gestos realizados por Jesús: “Él tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio” (Lc 24,30), son los mismos que Él efectuó en la Última Cena y que incesantemente realiza, por medio del sacerdote, en nuestras eucaristías.

El carácter propio de la Misa dominical y la importancia que ésta reviste para la vida cristiana exigen que se prepare con especial cuidado, de modo que se experimente como una epifanía de la Iglesia (cf. *Dies Domini*, 34-36; *Ecclesia de Eucharistia*, 41, *Novo Millennio Ineunte*, 36) y se distinga como celebración alegre y melodiosa, activa y participada (cf. *Dies Domini*, 50-51).

Reavivar en todas las comunidades la celebración de la Eucaristía dominical debería ser la primera tarea de este Año especial. Si al menos se logra esto, junto con el incremento de la adoración eucarística fuera de la Misa, el Año de la Eucaristía habrá conseguido ya un importante fruto (cf. *Mane nobiscum Domine*, 23 y 29).

Vigilia pascual y comunión pascual

9. La Vigilia pascual es el corazón del año litúrgico. En ella, la celebración de la Eucaristía es el “punto culminante, porque es el sacramento pascual por excelencia, memorial del sacrificio de la cruz, presencia de Cristo resucitado, consumación de la iniciación cristiana y pregustación de la Pascua eterna” (Carta fiestas pascuales, 90).

Al recomendar no celebrar deprisa la liturgia eucarística durante la Vigilia pascual, sino tener cuidado de que todos los ritos y palabras alcancen la máxima fuerza de expresión, especialmente la comunión eucarística, momento de plena participación en el misterio celebrado en esta noche santa, es de desear -remitiendo a

los ordinarios de los diferentes lugares la estimación de la oportunidad y las circunstancias, en el pleno respeto de las normas litúrgicas: cf. *Redemptionis Sacramentum*, n. 100-107- que se alcance la plenitud del signo eucarístico recibiendo en la Vigilia pascual la comunión bajo las especies del pan y del vino (cf. Carta fiestas pascales, 91 y 92).

Tanto la octava de pascua como las misas dominicales del tiempo pascual son especialmente significativas para los neófitos (cf. *Ordo initiationis christianae adultorum*, 37-40 y 235-239). Es costumbre que los niños hagan la Primera Comunión en estos domingos (cf. Carta fiestas pascales, 103). Se recomienda que, especialmente durante la octava de Pascua, se lleve la Santa Comunión a los enfermos (Carta fiestas pascales, 104).

Durante el tiempo pascual, los pastores recuerden el significado del precepto de la Iglesia de recibir la Santa Comunión en este período (cf. CDC, 920), procurando que tal precepto no se perciba de modo minimalista, sino como el punto firme e imprescindible de una participación eucarística que atañe a toda la vida y se expresa regularmente al menos todos los domingos.

Jueves Santo

10. Es conocido el valor de la Misa crismal, que, según la tradición, se celebra el Jueves de la Semana Santa (por motivos pastorales puede anticiparse a otro día, pero cercano a la Pascua: cf. *Caeremoniale Episcoporum*, 275). Además de llamar a los presbíteros de las diferentes partes de la diócesis a concelebrar con el Obispo, se debe invitar también con insistencia a los fieles a participar en esta Misa y a recibir el sacramento de la Eucaristía durante la celebración (cf. Carta fiestas pascales, 35).

Para recordar, sobre todo a los sacerdotes, el misterio eucarístico del Jueves Santo, desde el inicio de su pontificado, el Santo Padre Juan Pablo II ha enviado una Carta a los sacerdotes (en 2003 la Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*).

Dado el significado especial que reviste este día (cf. *Caeremoniale Episcoporum*, 97), toda la atención debe dirigirse principalmente a los misterios conmemorados en la Misa “en la cena del Señor”: la institución de la Eucaristía, la institución del sacerdocio ministerial y el mandato del Señor de la caridad fraterna.

Se pueden encontrar oportunas indicaciones litúrgicas y pastorales acerca de la Misa vespertina del Jueves Santo, la procesión eucarística al término de la misma y la adoración del Santísimo Sacramento en la citada Carta circular sobre la preparación y celebración de las fiestas pascales, n. 44-57 y en el Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, n. 141.

Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

11. Esta fiesta, “extendida en 1264 por el papa Urbano IV a toda la Iglesia latina, por una parte constituyó una respuesta de fe y de culto a doctrinas heréticas sobre el misterio de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y por otra fue la coronación de un movimiento de ardiente devoción hacia el augustísimo Sacramento del altar” (Directorio piedad popular, 160).

La fiesta del Corpus Domini inspiró nuevas formas de piedad eucarística en el pueblo de Dios, mantenidas hasta hoy (cf. Directorio piedad popular, 160-163). Entre ellas la procesión, que constituye la forma tipo de las procesiones eucarísticas: extiende la celebración de la Eucaristía de modo que el pueblo cristiano “da testimonio público de fe y de piedad hacia el Santísimo Sacramento” (De sacra communione, 101; cf. CIC, 944). Por tanto, “que este año se viva con particular fervor la solemnidad del Corpus Christi con la tradicional procesión. Que la fe en Dios que, encarnándose, se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y particularmente por nuestras calles y en nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición” (Mane nobiscum Domine, 18).

También la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús podría tener un marcado acento eucarístico.

Celebración eucarística y Liturgia de las Horas

12. “La Liturgia de las Horas extiende a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofrecen en el misterio eucarístico, «centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana».

La celebración eucarística halla una preparación magnífica en la Liturgia de las Horas, ya que esta suscita y acrecienta muy bien las disposiciones que son

necesarias para celebrar la Eucaristía, como la fe, la esperanza, la caridad, la devoción y el espíritu de abnegación” (IGLH, 12).

En la celebración comunitaria, cuando las circunstancias lo aconsejen, se puede hacer una unión más estrecha entre la Misa y una de las Horas del Oficio -laudes matutinas, hora media, vísperas-, según las indicaciones de la normativa vigente (cf. IGLH, 93-97).

Adoración eucarística

13. La reserva del Cuerpo de Cristo para la comunión de los enfermos llevó a los fieles a la loable costumbre de recogerse en oración para adorar a Cristo realmente presente en el Sacramento conservado en el sagrario. Recomendada por la Iglesia a los Pastores y fieles, la adoración ante el Santísimo es altamente expresiva de la unión que existe entre la celebración del Sacrificio del Señor y su presencia permanente en la Hostia consagrada (cf. *De sacra communione*, 79-100; *Ecclesia de Eucharistia*, 25; *Mysterium fidei*; *Redemptionis Sacramentum*, 129-141).

El quedarse en oración junto al Señor Jesús, vivo y verdadero en el Santo Sacramento, madura la unión con Él: nos predispone a la fructuosa celebración de la Eucaristía y aumenta en nosotros las actitudes culturales y existenciales que ella misma suscita.

Se expresa, según la tradición de la Iglesia, de diversos modos:

— la simple visita al santísimo Sacramento reservado en el sagrario: breve encuentro con Cristo, motivado por la fe en su presencia y caracterizado por la oración silenciosa;

— la adoración ante el santísimo Sacramento expuesto, según las normas litúrgicas, en la custodia o en la píxide, de forma prolongada o breve;

— la denominada Adoración perpetua, las Cuarenta Horas, u otras formas que comprometen a toda una comunidad religiosa, a una asociación eucarística o a una comunidad parroquial, y dan ocasión a numerosas expresiones de piedad eucarística (cf. *Directorio piedad popular*, 165).

14. Adoración y Sagrada Escritura. “Durante la exposición, las preces, cantos y lecturas, deben organizarse de manera que los fieles, atentos a la oración, se

dediquen a Cristo, el Señor. Para alimentar la oración íntima, háganse lecturas de la Sagrada Escritura con homilía, o breves exhortaciones, que lleven a una mayor estima del misterio eucarístico. Conviene también que los fieles respondan con cantos a la palabra de Dios. En momentos oportunos debe guardarse un silencio sagrado” (De sacra communione, 95).

15. Adoración y Liturgia de las Horas. “Ante el Santísimo Sacramento, expuesto durante un tiempo prolongado, puede celebrarse también alguna parte de la Liturgia de las Horas, especialmente las Horas principales; por su medio las alabanzas y acciones de gracias que se tributan a Dios en la celebración de la Eucaristía se amplían a las diferentes horas del día, y las súplicas de la Iglesia se dirigen a Cristo y por él al Padre en nombre de todo el mundo” (De sacra communione, 96).

16. Adoración y Rosario. Posteriormente, la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* nos ha ayudado a superar una visión del Rosario como oración simplemente mariana, para valorar su sentido eminentemente cristológico: contemplar los misterios de Cristo con los ojos y el corazón de María, en comunión con Ella y a ejemplo suyo.

Si bien es verdad que durante la exposición del Santísimo Sacramento no se deben realizar otras prácticas devocionales en honor de la Virgen María y de los Santos (cf. Directorio piedad popular, 165), sin embargo, se comprende por qué el Magisterio no excluye el Rosario: es, en efecto, por razón de este carácter que es preciso poner en evidencia y desarrollar. Precisamente con miras al Año de la Eucaristía, el Papa ha escrito: “El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, que he recomendado en la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, realizada según la escuela de María y en su compañía” (Mane nobiscum Domine 18; cf. *Redemptionis Sacramentum*, 137; Directorio piedad popular, 165). Por tanto, deben redescubrirse y promoverse en la práctica pastoral los elementos ofrecidos en *Rosarium Virginis Mariae* cap. III. La lectura de un texto bíblico, el silencio meditativo, la cláusula cristológica después del nombre de Jesús al centro del Ave María, el Gloria cantado, una apropiada oración conclusiva dirigida a Cristo, también en forma de letanías, favorecen la índole contemplativa propia de la oración ante al Santísimo custodiado en el sagrario o expuesto. Recitar el rosario deprisa, sin espacios para la meditación, o con una insuficiente orientación cristológica no ayuda a encontrarse con Cristo en el Sacramento del altar.

En cuanto a las letanías de la Virgen, que son un acto cultual en sí mismo no necesariamente ligado al Rosario (cf. Directorio piedad popular, 203), pueden sustituirse más oportunamente por letanías dirigidas directamente a Cristo (por ejemplo, las letanías del Corazón de Jesús, de la Sangre de Cristo).

17. Bendición eucarística. Las procesiones y adoraciones eucarísticas se concluyen ordinariamente, cuando está presente un sacerdote o diácono, con la bendición con el Santísimo. Los demás ministros o personas encargadas de la exposición, una vez terminada, reponen el Sacramento en el sagrario (cf. *De sacra communione*, 91).

Ya que la bendición con el Santísimo Sacramento no es una forma de piedad eucarística en sí misma, debe ser precedida por una breve exposición, con un tiempo conveniente de oración y silencio. “Se prohíbe la exposición hecha únicamente para dar la bendición” (*De sacra communione*, 89).

Procesiones eucarísticas

18. La procesión eucarística por las calles de la ciudad terrena ayuda a los fieles a sentirse pueblo de Dios que camina con su Señor, proclamando la fe en el «Dios con nosotros y para nosotros» (cf. *Redemptionis Sacramentum*, 142-144; Directorio piedad popular, 162-163). Esto vale sobretodo para la procesión eucarística por excelencia, aquella del Corpus Christi.

Es necesario que en las procesiones se observen las normas que garantizan la dignidad y la reverencia hacia el Santísimo y regulan el desarrollo, de modo que la decoración de las calles, el homenaje de las flores, los cantos y las oraciones sean una manifestación de fe en el Señor y de alabanza a Él (cf. *De sacra communione*, 101-108).

Congresos eucarísticos

19. Signo de fe y de caridad, manifestación especialmente particular del culto eucarístico, los congresos eucarísticos “se han de mirar como una *statio*, a la cual alguna comunidad invita a toda la Iglesia, o una Iglesia local invita a otras Iglesias de la región o de la nación, o aun de todo el mundo para profundizar juntamente el misterio de la Eucaristía bajo algún aspecto particular y venerarlo públicamente con el vínculo de la caridad y de la unidad” (*De sacra communione*, 109).

Para el resultado exitoso del congreso considérense las indicaciones dadas para su preparación y desarrollo en *De sacra communione*, nn. 110-112.

3. LÍNEAS DE ESPIRITUALIDAD EUCARÍSTICA

20. Un tratado de espiritualidad eucarística exigiría mucho más de cuanto nos proponemos ofrecer en estas páginas. En efecto, nos limitaremos a dar unas ideas, con la esperanza de que sean las Iglesias particulares las que afronten el tema, dando estímulos y contenidos más amplios para iniciativas específicas de catequesis y formación. Es importante, en efecto, que la Eucaristía sea acogida no solamente en los aspectos de la celebración, sino también como proyecto de vida; es importante que esté a la base de una auténtica “espiritualidad eucarística”.

El Año de la Eucaristía es tiempo propicio para dilatar la mirada más allá de los aspectos típicamente celebrativos. Precisamente por ser el corazón de la vida cristiana, la Eucaristía no termina entre las paredes de la iglesia, sino que exige transformar la vida diaria de quien participa de ella. El sacramento del Cuerpo de Cristo se prodiga en favor de la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Las actitudes eucarísticas a las que hemos sido educados por la celebración deben ser cultivadas en la vida espiritual, teniendo en cuenta la vocación y el estado de vida de cada uno. La Eucaristía en verdad es alimento esencial para todos los creyentes en Cristo, sin distinción de edad o condición.

Las consideraciones que ofrecemos aquí trazan varias pistas de reflexión a partir de algunas expresiones de la misma liturgia tomadas del texto latino del Misal. Se quiere así subrayar cómo la espiritualidad litúrgica se caracteriza por su anclaje en los signos, ritos y palabras de la celebración y puede encontrar en ellos alimento seguro y abundante.

21. Escucha de la Palabra

Verbum Domini.

Como conclusión de las lecturas de la Sagrada Escritura, la expresión *Verbum Domini* -Palabra de Dios- nos recuerda la importancia de lo que sale de la boca de Dios. Nos lo hace sentir no como un texto “lejano”, sino que por ser inspirado, es palabra viva con la cual Dios nos interpela: nos encontramos en el contexto de un verdadero “diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravi-

llas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza” (Dies Domini, 41).

La liturgia de la Palabra es una parte constitutiva de la Eucaristía (cf. SC, 56; Dies Domini, 39-41). Nos recogemos en asamblea litúrgica para escuchar lo que el Señor quiere decirnos: a todos y a cada uno. Él habla aquí y ahora, a nosotros que lo escuchamos con fe, creyendo que Él solo tiene palabras de vida eterna, que su palabra es lámpara para nuestros pasos.

Participar en la Eucaristía quiere decir escuchar al Señor con el fin de poner en práctica cuanto nos manifiesta, nos pide, desea de nuestra vida. El fruto de la escucha de Dios que nos habla cuando en la Iglesia se leen las Sagradas Escrituras (cf. SC, 7) madura en el vivir cotidiano (cf. Mane nobiscum Domine, 13).

La actitud de escucha es el principio de la vida espiritual. Creer en Cristo es escuchar su palabra y ponerla en práctica. Es docilidad a la voz del Espíritu Santo, el Maestro interior que nos guía a la verdad completa, no solamente a la verdad del conocer sino también a la verdad del practicar.

Para escuchar al Señor en la liturgia de la Palabra, es necesario tener afinado el oído del corazón. A ello nos prepara la lectura personal de las Sagradas Escrituras, en tiempos y ocasiones programados y no dejados a eventuales recortes de tiempo. Y a fin de que lo que se ha escuchado en la celebración eucarística no desaparezca de la mente y del corazón al salir de la iglesia, es necesario encontrar modos para extender la escucha de Dios, que nos hace llegar su voz de mil maneras a través de las circunstancias de la vida cotidiana.

22. Conversión

Agnoscamus peccata nostra ut apti simus ad sacra mysteria celebranda.
Kyrie eleison, Christe eleison
Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris, qui tollis peccata mundi, miserere nobis
Agnus Dei qui tollis peccata mundi: miserere nobis
Domine non sum dignus ut intres...

Como se ve en los textos citados, la dimensión penitencial está muy presente en la celebración eucarística. Emerge no sólo al inicio del acto penitencial, con sus variadas fórmulas de invocación de la misericordia, sino también en la súplica a

Cristo en el canto del Gloria, en el canto del Agnus Dei durante la fracción del Pan, en la plegaria que dirigimos al Señor antes de participar en el convivio eucarístico.

La Eucaristía estimula a la conversión y purifica el corazón penitente, consciente de las propias miserias y deseoso del perdón de Dios, aunque sin sustituir a la confesión sacramental, única forma ordinaria, para los pecados graves, de recibir la reconciliación con Dios y con la Iglesia.

Tal actitud del espíritu debe extenderse durante nuestras jornadas, sostenida por el examen de conciencia, es decir, confrontar pensamientos, palabras, obras y omisiones con el Evangelio de Jesús.

Ver con transparencia nuestras miserias nos libera de la autocomplacencia, nos mantiene en la verdad delante de Dios, nos lleva a confesar la misericordia del Padre que está en los cielos, nos muestra el camino que nos espera, nos conduce al sacramento de la Penitencia. Posteriormente nos abre a la alabanza y acción de gracias. Nos ayuda, finalmente, a ser benévolos con el prójimo, a compadecerlo en sus fragilidades y perdonarlo. Es preciso tomar en serio la invitación de Jesús de reconciliarnos con el hermano antes de llevar la ofrenda al altar (cf. Mt 5, 23-24), y la llamada de Pablo a examinar nuestra conciencia antes de participar en la Eucaristía (cada uno se examine a sí mismo y después coma el pan y beba el cáliz: 1Cor 11,28). Sin el cultivo de estas actitudes, se desatiende una de las dimensiones profundas de la Eucaristía.

23. Memoria

Memores igitur, Domine, eiusdem Filii tui salutiferae passionis necnon mirabilis resurrectionis et ascensionis in caelum (Plegaria eucarística III).

“Si los cristianos celebran la Eucaristía desde los orígenes, y de forma que, en su sustancia, no ha cambiado a través de la gran diversidad de épocas y de liturgias, sucede porque sabemos que estamos sujetos al mandato del Señor, dado la víspera de su pasión: “haced esto en memoria mía” (1Co 11,24-25)” (CIC, 1356).

La Eucaristía es, en sentido específico, “memorial” de la muerte y resurrección del Señor. Celebrando la Eucaristía, la Iglesia hace memoria de Cristo, de lo que ha hecho y dicho, de su encarnación, muerte, resurrección, ascensión al cielo.

En Él hace memoria de la entera historia de la salvación, prefigurada en la antigua alianza.

Hace memoria de aquello que Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- ha hecho y hace por la humanidad entera, de la creación a la “recreación” en Cristo, en la espera de su retorno al fin de los tiempos para recapitular en sí todas las cosas.

El “memorial” eucarístico, pasando de la celebración a nuestras actitudes vitales, nos lleva a hacer memoria agradecida de todos los dones recibidos de Dios en Cristo. De él brota una vida distinguida por la “gratitud”, por el sentido de “gratitud” y al mismo tiempo por el sentido de “responsabilidad”.

En efecto, recordar lo que Dios ha hecho y hace por nosotros, nutre el camino espiritual. La oración del Padre nuestro nos recuerda que somos hijos del Padre que está en el cielo, hermanos de Jesús, marcados por el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones.

Recordar los dones de la naturaleza (la vida, la salud, la familia...) mantiene viva la gratitud y el esfuerzo por valorarlos.

Recordar los dones de la gracia (bautismo y demás sacramentos; las virtudes cristianas...) mantiene vivo, junto con la gratitud, el empeño por no frustrar estos «talentos», sino más bien, hacerlos fructificar.

24. Sacrificio

Hoc est Corpus meum. Hic est calix Sanguinis mei novi et aeterni testamenti.

Te igitur, clementissime Pater, per Iesum Christum, Filium tuum, Dominum nostrum, supplices rogamus ac petimus, uti accepta habeas et benedicas haec dona, haec munera, haec sancta sacrificia illibata.

Memento, Domine, ...omnium circumstantium, quorum tibi fides cognita est et nota devotio, pro quibus tibi offerimus: vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis.

Hanc igitur oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae (Plegaria eucarística I).

Offerimus tibi, gratias referentes, hoc sacrificium vivum et sanctum (Plegaria eucarística III)

La Eucaristía es sacramento del sacrificio pascual de Cristo. Desde la encarnación en el seno de la Virgen hasta el último aliento sobre la cruz, la vida de Jesús es un holocausto incesante, una entrega perseverante a los designios del Padre. El momento culminante es el sacrificio de Cristo sobre el Calvario: “La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado (1 Cor, 5,7)” (Lumen Gentium, 3; CIC, 1364).

Este único y eterno sacrificio se hace realmente presente en el sacramento del altar. En verdad “el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio” (CIC, 1367).

A ello la Iglesia asocia su sacrificio, para llegar a ser un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo, del cual es signo la comunión sacramental (cf. Ecclesia de Eucharistia, 11-16). Participar de la Eucaristía, obedecer el Evangelio que escuchamos, comer el Cuerpo y beber la Sangre del Señor quiere decir hacer de nuestra vida un sacrificio agradable a Dios: por Cristo, con Cristo y en Cristo.

Así como la acción ritual de la Eucaristía está fundada en el sacrificio ofrecido por Cristo una vez por todas en los días de su existencia terrena (cf. Heb 5, 7-9) y lo representa sacramentalmente, así también nuestra participación en la celebración debe llevar consigo el ofrecimiento de nuestra existencia. En la Eucaristía la Iglesia ofrece el sacrificio de Cristo ofreciéndose con Él. (cf. SC, 48; IGMR, 79, f; Ecclesia de Eucharistia, 13).

La dimensión sacrificial de la Eucaristía empeña la vida entera. De aquí parte la espiritualidad del sacrificio, del don de sí, de la gratuidad, de la oblación exigida por la vida cristiana.

En el pan y en el vino que llevamos al altar se significa nuestra existencia: el sufrimiento y el empeño por vivir como Cristo y según el mandamiento dado a sus discípulos.

En la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo se significa nuestro “Presente” para dejar que Él piense, hable y actúe en nosotros.

La espiritualidad eucarística del sacrificio debería impregnar nuestras jornadas: el trabajo, las relaciones, las miles de cosas que hacemos, el empeño por practicar la vocación de esposos, padres, hijos; la entrega al ministerio para quien es obispo, presbítero o diácono; el testimonio de las personas consagradas; el sentido “cristiano” del dolor físico y del sufrimiento moral; la responsabilidad de construir la ciudad terrena, en las dimensiones diversas que comporta, a la luz de los valores evangélicos.

25. Acción de gracias

Vere dignum et iustum est, aequum et salutare,
nos semper et ubique gratias agere.

La víspera de su pasión, la tarde en que instituyó el sacramento de su sacrificio pascual, Cristo tomó el pan, dio gracias, lo partió y lo dio a los discípulos... La acción de gracias de Jesús revive en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas.

El término “eucaristía”, en lengua griega, significa precisamente acción de gracias (cf. CIC, 1328). Es una dimensión que emerge claramente en el diálogo que introduce la Plegaria eucarística: ante la invitación del sacerdote “Demos gracias al Señor nuestro Dios”, los fieles responden “Es justo y necesario”. El exordio de la Plegaria eucarística se caracteriza por una fórmula que expresa el sentido de la reunión de oración: “En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Dios Padre... ”.

Estas fórmulas, mientras dicen lo que cumplimos en la celebración, expresan una postura que no debería disminuir en nuestro espíritu de regenerados en Cristo: agradecer es propio de quien se siente gratuitamente amado, renovado, perdonado. Es justo y necesario dar gracias a Dios siempre (tiempo) y en todo lugar (espacio).

De aquí se irradia la espiritualidad de la acción de gracias por los dones recibidos de Dios (la vida, la salud, la familia, la vocación, el bautismo, etc).

Agradecer a Dios no sólo en las grandes ocasiones, sino “siempre”: los santos han dado gracias al Señor en la prueba, en la hora del martirio (san Cipriano ordenó a los suyos que entregaran veinticinco monedas de oro a su verdugo: Actas del martirio, 3-6, Oficio de lectura del 16 de septiembre), por la gracia de la cruz...

Para quien vive el espíritu eucarístico toda circunstancia de la vida es una ocasión apropiada de agradecer a Dios (cf. *Mane nobiscum Domine*, 26).

Agradecer siempre y en “todo lugar”: en los ámbitos del vivir cotidiano, la casa, los puestos de trabajo, los hospitales, las escuelas...

La Eucaristía nos educa también a unirnos a la acción de gracias que sube de los creyentes extendidos por la tierra hasta Cristo, uniendo nuestras gracias al del mismo Cristo.

26. Presencia de Cristo

Dominus vobiscum.

Gloria tibi, Domine.

Laus, tibi Christe.

Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias

Ecce Agnus Dei... Domine, non sum dignus...

“En la celebración de la Misa se iluminan gradualmente los modos principales según los cuales Cristo está presente en su Iglesia: en primer lugar está presente en la asamblea de los fieles congregados en su nombre; está presente también en su palabra, cuando se lee y explica en la iglesia la sagrada Escritura; presente también en la persona del ministro; finalmente, sobre todo, está presente bajo las especies eucarísticas. En este Sacramento, en efecto, de modo enteramente singular, Cristo entero e íntegro, Dios y hombre, se halla presente sustancial y permanentemente. Esta presencia de Cristo bajo las especies «se dice real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia» (*Mysterium fidei*, 39) ” (*De sacra communione*, 6).

“Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, la conciencia viva de la presencia real de Cristo, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse” (*Mane nobiscum Domine*, n. 18).

Signo visible de realidades invisibles, el sacramento contiene lo que significa. La Eucaristía es ante todo opus Dei: el Señor habla y obra, reza, aquí por nosotros, en virtud de la fuerza del Espíritu Santo (cf. CIC, 1373). La fe en la presencia real se expresa, por ejemplo, en los diálogos directos que dirigimos al Señor después de haber escuchado la Palabra: Gloria a ti, Señor Jesús, y antes de recibir su Cuerpo y su Sangre: Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

La celebración de la Eucaristía debería llevarnos a exclamar, como los apóstoles tras el encuentro con el Resucitado: “Hemos visto al Señor!” (Jn 20,25). La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es comunión con el resucitado, medicina de inmortalidad y prenda de la gloria futura.

La presencia, el calor, la luz del Dios-con-nosotros deben permanecer en nosotros y manifestarse en toda nuestra vida. Hacer comunión con Cristo, nos ayuda a “ver” los signos de su divina presencia en el mundo y a “comunicarlos” a cuantos encontramos.

27. Comunión y caridad

Una voce dicentes.

Concede, ut, qui Corpore et Sanguine Filii tui reficimur, Spiritu eius Sancto repleti, unum corpus et unus spiritus inveniamur in Cristo (Plegaria eucarística III).

“Populo congregato”: con estas palabras inicia el Ordo Missae. El signo de la cruz al comienzo de la Misa, manifiesta que la Iglesia es el pueblo reunido en el nombre de la Trinidad.

El reunirnos todos, en un mismo lugar, para celebrar los santos misterios es responder al Padre celeste que llama a sus hijos para estrecharlos consigo por Cristo, en el amor del Espíritu Santo.

La Eucaristía no es una acción privada, sino la acción del mismo Cristo que asocia siempre a sí a la Iglesia, con un vínculo esponsal indisoluble (cf. Mane nobiscum Domine, cap. III).

En la liturgia de la Palabra escuchamos la misma Palabra divina, signo de comunión entre todos aquellos que la ponen en práctica.

En la liturgia eucarística presentamos, junto con el pan y el vino, la ofrenda de nuestra vida: es la común ofrenda de la Iglesia que en los santos misterios se dispone a hacer comunión con Cristo.

En virtud de la acción del Espíritu Santo, en la ofrenda de la Iglesia se hace presente el sacrificio de Cristo (“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad”): una única ofrenda espiritual agradable al Padre, por Cristo, con Él y en Él. El fruto de esta asociación al “sacrificio vivo y santo” está representado por la comunión sacramental: “para que fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, y llenos del Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu” (Plegaria eucarística III).

He aquí la fuente incesante de la comunión eclesial, ilustrada por san Juan con la imagen de la vid y los sarmientos, y por san Pablo con la imagen del cuerpo. La Eucaristía hace la Iglesia (cf. *Ecclesia de Eucharistia*), colmándola de la caridad de Dios y espoleándola a la caridad. Al presentar, juntamente con el pan y el vino, ofertas en dinero u otros dones para los pobres, se recuerda que la Eucaristía es compromiso de ser solidarios y de compartir los bienes. Con tal propósito el Santo Padre ha hecho un insistente llamado: “¿ Por qué, pues, no hacer de este Año de la Eucaristía un tiempo en el que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobreza de nuestro mundo? (Mane nobiscum Domine, 28).

La oración litúrgica, aunque implica individualmente a los participantes, está formulada siempre como “nosotros”: es la voz de la Esposa que alaba y suplica, una voce dicentes.

Las mismas actitudes que asumen los participantes, manifiestan la comunión entre los miembros de un único organismo. (IGMR, 32).

El saludo de la paz, antes de la comunión, (o antes de llevar las ofrendas al altar, como en el rito ambrosiano) es expresión de la comunión eclesial necesaria para hacer la comunión sacramental con Cristo. El fruto de la comunión es la edificación de la Iglesia, reflejo visible de la comunión trinitaria (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 34).

De aquí la espiritualidad de comunión (cf. *Novo Millennio Ineunte*, 43-45): requerida por la Eucaristía y suscitada por la celebración eucarística (cf. *Mane nobiscum Domine*, 20-21).

La comunión entre los esposos viene modelada, purificada, alimentada por la participación en la Eucaristía.

El ministerio de los pastores de la Iglesia y la docilidad de los fieles a su magisterio viene tonificado por la Eucaristía.

La comunión con los sufrimientos de Cristo se manifiesta en los fieles enfermos, por medio de la participación en la Eucaristía.

La reconciliación sacramental tras nuestras caídas, es coronada por la comunión eucarística.

La comunión entre muchos carismas, funciones, servicios, grupos y movimientos dentro de la Iglesia está asegurada por el santo misterio de la Eucaristía.

La comunión entre personas empeñadas en diversas actividades, servicios y asociaciones de una parroquia se manifiesta por la participación en la misma Eucaristía.

Las relaciones de paz, comprensión y concordia en la ciudad terrena son sostenidas por el sacramento de Dios con nosotros y para nosotros.

28. Silencio

Quiesce in Domino et expecta eum (Ps 37,7).

En el ritmo celebrativo, el silencio es necesario para el recogimiento, la interiorización y la oración interior (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18). No es vacío, ausencia, sino presencia, receptividad, reacción ante Dios que nos habla, aquí y ahora, y actúa en nosotros, aquí y ahora. “Descansa en el Señor y espera en él” recuerda el Salmo 37 (36),7.

En verdad, la oración con sus diversos matices ?alabanza, súplica, invocación, grito, lamento, agradecimiento- toma forma a partir del silencio.

Entre otros momentos, tiene particular importancia en la celebración de la Eucaristía el silencio después de haber escuchado la Palabra de Dios (cf. *Ordo Lectionum Missae*, 28; IGMR, 128, 130, 136) y, sobre todo, tras la comunión del Cuerpo y Sangre del Señor (cf. IGMR, 164).

Estos momentos de silencio, se prolongan, en cierto modo, fuera de la celebración, en recogida adoración, oración y contemplación delante del Santísimo Sacramento.

El mismo silencio de la tradición monástica, el de los tiempos de ejercicios espirituales, el de los días de retiro ¿no son, tal vez, el prolongamiento de aquellos momentos de silencio característicos de la celebración eucarística, para que pueda enraizar y dar fruto en nosotros la presencia del Señor?

Es por tanto necesario pasar de la experiencia litúrgica del silencio (cf. Carta Apostólica *Spiritus et Sponsa*, 13) a la espiritualidad del silencio, a la dimensión contemplativa de la vida. Si no está anclada en el silencio, la palabra puede desgastarse, transformarse en ruido, incluso en aturdimiento.

29. Adoración

Procidebant ante sedentem in trono et adorabant viventem in saecula saeculorum (Ap 4,10).

La postura que tomamos durante la celebración de la Eucaristía “de pie, sentados, de rodillas” reenvía a las actitudes del corazón. Hay una gama de vibraciones en la comunidad orante.

Si el estar en pie confiesa la libertad filial que nos ha donado el Cristo pascual, que nos ha liberado de la esclavitud del pecado, el estar sentados expresa la receptividad cordial de María, que sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra; y el estar de rodillas o profundamente inclinados indica el hacernos pequeños delante del Altísimo, delante del Señor (cf. Fil 2,10).

La genuflexión ante la Eucaristía, como la hacen el sacerdote y los fieles (cf. IGMR, 43), expresa la fe en la presencia real del Señor Jesús en el Sacramento del altar (CIC, 1387).

Reflejando aquí abajo, en los santos signos, la liturgia celebrada en el santuario del cielo, imitamos a los ancianos: que “se postran ante el que está sentado en el trono, adorando al que vive por los siglos de los siglos” (Ap 4,10).

Si en la celebración de la Eucaristía adoramos al Dios con nosotros y por nosotros, tal sentir del espíritu debe prolongarse y reconocerse también en todo lo

que hacemos, pensamos, y obramos. La tentación, siempre insidiosa, al tratar las cosas de este mundo, es la de doblar nuestras rodillas ante los ídolos mundanos y no solamente a Dios.

Las palabras con las que Jesús contradice las sugerencias idolátricas del diablo, en el desierto, deben verificarse en nuestro hablar, pensar y actuar cotidiano: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo darás culto” (Mt 4,10).

El doblar la rodilla ante la Eucaristía, adorando al Cordero que nos permite hacer la Pascua con Él, nos educa a no postrarnos ante ídolos contruados por manos de hombre y nos sostiene en el obedecer con fidelidad, docilidad y veneración ante aquel que reconocemos como único Señor de la Iglesia y del mundo.

30. Alegría

Et ideo, choris angelicis sociatis,
Te aludamus in gaudio confitentes : Sanctus

Propter quod caelestia tibi atque terrestria
Canticum novum concinunt adorando... (prefacio II de la Santísima Eucaristía).

“Por esencia, la alegría cristiana es participación en la gloria insondable, a la vez divina y humana, que se encuentra en el corazón del Cristo glorificado” (Gaudete in Domino, II), y esta participación en la alegría del Señor “no se puede disociar de la celebración del misterio eucarístico” (ibidem, IV), de modo particular de la Eucaristía celebrada en el “dies Domini”.

“El carácter festivo de la Eucaristía dominical expresa la alegría que Cristo transmite a su Iglesia por medio del don del Espíritu. La alegría es, precisamente, uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. Rm 14,17; Gal 5, 22)” (Dies Domini, 56).

Diversos son los elementos que en la Misa subrayan la alegría del encuentro con Cristo y con los hermanos, ya sea en las palabras (piénsese en el Gloria, el prefacio), ya sea en los gestos y en el clima festivo (la acogida, los ornamentos florales y el uso del adecuado acompañamiento musical, según lo permite el tiempo litúrgico).

Una expresión de la alegría del corazón es el canto, que no es simplemente un embellecimiento exterior de la celebración eucarística (cf. IGMR, 39, Dies Domini, 50; Quirógrafo para el centenario del Motu Proprio «Tra le sollecitudini» sobre la música sacra).

La asamblea celestial, con la que se une la asamblea eucarística celebrando los sagrados misterios, canta con alegría las alabanzas del Cordero inmolado que vive para siempre, porque con Él ya no hay más luto, ni llanto, ni lamento.

Cantar la Misa y no simplemente cantar en la Misa, nos permite experimentar que el Señor Jesús vine a hacer comunión con nosotros “para que su alegría esté en nosotros y nuestra alegría sea plena” (cf. Jn 15,11; 16,24; 17,13). ¿Nos colmarás de alegría, Señor, con tu presencia!

El domingo se reviste de la alegría de la celebración eucarística, enseñándonos a alegrarnos siempre en el Señor; a gustar la alegría del encuentro fraterno y de la amistad; a compartir la alegría recibida como don (cf. Dies Domini, 55-58).

Sería un contrasentido para quien participa en la Eucaristía dejarse dominar por la tristeza. La alegría cristiana no niega el sufrimiento, las preocupaciones, el dolor; sería una ingenuidad. El llanto al sembrar nos enseña a vislumbrar la alegría de la siega. El sufrimiento del Viernes Santo espera el gozo de la mañana de Pascua.

La Eucaristía educa a gozar junto con los otros, sin retener para sí mismo la alegría recibida como don. El Dios con nosotros y para nosotros pone el sello de su presencia en nuestras tristezas, en nuestros dolores, en nuestros sufrimientos. Llamándonos a entrar en comunión con Él, nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que podamos nosotros también consolar a aquellos que se encuentran en cualquier tipo de aflicción (cf. 2 Cor 1,4).

31. Misión

Oratio universalis

Vere Sanctus es, Domine,
...quia per Filium tuum,...
Spiritus Sancti operante virtute,
...populum tibi congregare non desinis,

ut a solis ortu usque ad occasum
oblato munda offeratur nomini tuo (Plegaria eucarística III).

Benedicat vos omnipotens Deus... Ite, missa est.

Formada por creyentes de toda lengua, pueblo y nación, la Iglesia es fruto de la misión que Jesús ha confiado a los Apóstoles y recibe constantemente el mandato misionero (cf. Mt 28, 16-20). “La Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo” (Ecclesia de Eucharistia, 22).

En la oración universal, en la Plegaria eucarística, en las oraciones de las misas por diversas necesidades, la intercesión de la Iglesia que celebra los santos misterios abraza el horizonte del mundo, las alegrías y tristezas de la humanidad, los sufrimientos y el grito de los pobres, el anhelo de justicia y de paz que recorre la tierra (cf. Mane nobiscum Domine, 27-28).

El rito con el que se concluye la celebración eucarística no es simplemente la comunicación del final de la acción litúrgica: la bendición, especialmente con las fórmulas solemnes que preceden a la despedida, nos recuerdan que salimos de la iglesia con el mandato de dar testimonio al mundo de que somos “cristianos”. Lo recuerda Juan Pablo II: “La despedida al finalizar la Misa es una consigna que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad” (Mane nobiscum Domine, 24). El capítulo IV de la Carta Apostólica Mane nobiscum Domine trata, de hecho, de la Eucaristía presentada como principio y proyecto de misión.

El encuentro con Cristo no es un talento para esconder sino para hacerlo fructificar en obras y palabras. La evangelización y el testimonio misionero parten como fuerzas centrífugas del convivio eucarístico (cf. Dies Domini, 45). La misión es llevar a Cristo, de manera creíble, a los ambientes de la vida, de trabajo, de fatiga, de sufrimiento, buscando que el espíritu del Evangelio sea levadura de la historia y «proyecto» de relaciones humanas que lleven la impronta de la solidaridad y de la paz. “¿Podría realizar la Iglesia su propia vocación sin cultivar una constante relación con la Eucaristía, sin nutrirse de este alimento que santifica, sin posarse

sobre este apoyo indispensable para su acción misionera? Para evangelizar el mundo son necesarios apóstoles «expertos» en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía” (Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2004, 3).

¿Cómo anunciar a Cristo sin volver, regularmente, a conocerlo en los santos misterios?

¿Cómo dar testimonio sin alimentarse de la fuente de la comunión eucarística con Él?

¿Cómo participar en la misión de la Iglesia, superando todo individualismo, sin cultivar el vínculo eucarístico que nos une con cada hermano de fe, incluso con cada hombre?

Se puede llamar a la Eucaristía con justicia el Pan de la misión: una bella figura, en este sentido, es el pan que se le da a Elías, para que continúe su misión, sin ceder ante las dificultades del camino: “con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el Horeb, el monte del Señor” (1Re 19,8).

4. INICIATIVAS Y COMPROMISOS PASTORALES

32. No cabe duda que cada Obispo, las Conferencias de Obispos, los Superiores religiosos darán indicaciones para el desarrollo fructuoso del Año de la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 5 y 29).

A modo orientativo se señalan algunas sugerencias y propuestas.

33. Conferencias de Obispos

— Preparar oportunos subsidios -especialmente donde las diócesis no puedan hacerlos- que den realce al Año de la Eucaristía, favorezcan la reflexión de sacerdotes y fieles, afrontando aquellas problemáticas doctrinales y pastorales que se sienten con mayor urgencia en los propios países (falta de sacerdotes, pérdida de la importancia cotidiana de la Misa para algunos sacerdotes, poca asistencia a la Misa dominical, abandono del culto eucarístico...).

— Considerar el tipo y la calidad de las transmisiones televisivas y radiofónicas de la celebración eucarística (cf. *Dies Domini*, 54) de gran utilidad para quienes se encuentran imposibilitados a participar en la Misa (corrección de las tomas, propiedad del comentario, belleza y dignidad de la celebración para no difundir praxis discutibles, excesiva espectacularidad, etc.).

— Prestar atención también a las otras formas de oración retransmitidas por radio o televisión (favorecer adoraciones en las iglesias, evitando que los fieles se contenten con seguir la adoración teletransmitida).

— Proponer iniciativas para la apertura y la clausura del Año de la Eucaristía en cada Diócesis.

— Invitar a profundizaciones a universidades, facultades, Institutos de estudios, Seminarios.

— Promover congresos eucarísticos nacionales.

— Interesar e implicar sobre todo a los sacerdotes con iniciativas a nivel nacional.

34. Diócesis

— Cuidar la apertura solemne y la clausura oficial del Año de la Eucaristía, en las fechas establecidas por la Iglesia universal, en la fecha conveniente a cada Diócesis: se aconseja una celebración “estacional” en la catedral -o en un lugar adecuado- presidida por el Obispo; si se cree oportuno, la celebración puede comenzar en una iglesia o lugar cercano al de la celebración, al que se llega en procesión cantando las letanías de los santos (cf. Por ejemplo *Caeremoniale Episcoporum*, 261).

— Valorar, en ciertos días y circunstancias del año litúrgico, la «Misa estacional» presidida por el Obispo como signo visible de comunión eucarística de la Iglesia particular (cf. *Mane nobiscum Domine*, 22).

— Invitar a las oficinas y a las comisiones diocesanas de alguno de los sectores de la pastoral (catequesis, liturgia, arte, música sacra, escuelas, enfermos, familia, clero, vida consagrada, jóvenes, movimientos...) a promover al menos una iniciativa específica durante el año.

— Promover congresos eucarísticos (tiempos de reflexión y de oración).

— Valorar los encuentros con el clero (participación en la Misa crismal, retiros mensuales, encuentros diocesanos o vicariales, ejercicios espirituales anuales, formación permanente) para profundizar en temas eucarísticos, a nivel espiritual y pastoral.

— Dar un acento eucarístico a la Jornada mundial de oración por la santificación de los sacerdotes, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

— Promover el conocimiento de santos y santas, especialmente de aquellos que tienen alguna relación con la Diócesis, que se han distinguido por el amor a la Eucaristía, han predicado sobre el Misterio o han escrito sobre el mismo.

— Conocer el patrimonio de arte diocesano con alguna referencia eucarística - pinturas, esculturas, iconografía, altares, sagrarios, vasos sagrados...- custodiado en varias iglesias y en museos diocesanos. Dirigir muestras, lecturas guiadas, publicaciones.

— Incrementar la adoración perpetua del Santísimo Sacramento, señalando para tal fin algunas iglesias y capillas adecuadas; recordar su existencia donde ya las hay, procurando que sean abiertas sobretodo en horarios en que pueda asistir el mayor número de personas (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18).

— Sean especialmente invitados los jóvenes a poner el tema de la XX Jornada Mundial de la Juventud “Hemos venido a adorarle” (Mt 2,2) en relación con el Año de la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 30). Sería muy significativo un encuentro de adoración eucarística para los jóvenes a nivel diocesano cerca del Domingo de Ramos.

— Abrir secciones de interés eucarístico en los semanarios y revistas diocesanos, en las páginas de internet, en las emisoras radio-televisivas locales.

35. Parroquias

Acoger la invitación del Santo Padre es hacer lo posible, durante este Año, para dar a la Eucaristía dominical el puesto central que le compete en la vida

parroquial, con razón llamada “comunidad eucarística” (cf. SC, 42; *Mane nobiscum Domine*, 23; *Dies Domini*, 35-36; *Eucharisticum mysterium*, 26).

A esta luz se sugieren algunas ideas:

— Donde sea necesario, reordenar o dar una disposición estable a los lugares de la celebración (altar, ambón, presbiterio) y a la reserva de la Eucaristía (sagrario, capilla de la adoración); dotarse de los libros litúrgicos; cuidar la autenticidad y la belleza de los signos (ornamentos, vasos sagrados, decoración).

— Incrementar, o si no lo hay, instituir el grupo litúrgico parroquial. Cuidado de los ministros instituidos y de los ministros extraordinarios de la Comunión, de los ministros, de la *schola cantorum*, etc.

— Dar una atención especial al canto litúrgico, teniendo en cuenta las indicaciones ofrecidas en el reciente *Quirógrafo* de Juan Pablo II sobre la música sacra.

— Programar durante algunos periodos del año - tiempo pascual, Cuaresma - encuentros formativos específicos sobre la Eucaristía en la vida de la Iglesia y del cristiano; ocasión particularmente propicia para adultos y niños es el tiempo de preparación para la Primera Comunión.

— Tomar en mano y dar a conocer la *Institutio generalis Missalis Romani* (cf. *Mane nobiscum Domine*, 17) y los *Praenotanda del Ordo Lectionum Missae*; el documento *De sacra communione et cultu mysterii eucarsitici extra Missam*; la reciente encíclica *Ecclesia de Eucharistia* y la instrucción que le siguió *Redemptionis Sacramentum*.

— Enseñar a “estar en la iglesia”: qué se debe hacer al entrar en la iglesia, genuflexión o reverencia profunda ante el Santísimo Sacramento; clima de recogimiento; indicaciones para ayudar a una participación más interiorizada de la Misa, especialmente en algunos momentos (tiempos de silencio, oración personal después de la comunión) y para educar a la participación exterior (modo de aclamar o de pronunciar coralmente las partes comunes). Para la comunión bajo las dos especies aténganse a la normativa vigente (cf. SC, 55; IGMR, 281-287; *Redemptionis Sacramentum*, 100-107).

— Celebrar convenientemente el aniversario de la dedicación de la propia iglesia.

— Redescubrir la propia iglesia parroquial, conociendo el sentido de cuanto en ella habitualmente se ve: lectura guiada del altar, del ambón, del tabernáculo, iconografía, vidrieras, portales, etc. El aspecto visible de la iglesia favorece la contemplación del Invisible.

— Promover - indicando también la modalidad práctica - el culto eucarístico y la oración personal o comunitaria delante del Santísimo (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18): visita, adoración del Santísimo y bendición eucarística, Cuarenta horas, procesiones eucarísticas. Valorar de forma conveniente, al concluir la Misa de la Cena del Señor el Jueves Santo, el prolongarse de la adoración eucarística (cf. *Directorio piedad popular*, 141).

— Proponer en circunstancias especiales iniciativas específicas (adoraciones nocturnas).

— Verificar la regularidad y la dignidad de la distribución de la comunión a los enfermos.

— Dar a conocer la enseñanza de la Iglesia sobre el Viático.

— Acompañar la vida espiritual de quienes, participando en la santa Misa, no pueden recibir la comunión por vivir en situación irregular.

36. Santuarios

El Año de la Eucaristía interpela también a los santuarios, lugares que de por sí están llamados a ofrecer a los fieles los medios de la salvación, anunciando con celo la Palabra de Dios, favoreciendo convenientemente la vida litúrgica, de modo especial con la Eucaristía y con la celebración del sacramento de la Penitencia, y cultivando formas aprobadas de piedad popular (cf. CDC, 1234, §1; *Directorio piedad popular*, 261-278).

Este Año tendrán un interés especial para los fieles los santuarios erigidos con motivo de algún prodigio eucarístico y de piedad eucarística.

— Siendo la celebración eucarística el fulcro de las múltiples acciones de los santuarios (evangelización, caridad, cultura), será fructuoso:

— conducir a los peregrinos - partiendo de la devoción propia de cada santuario - a un profundo encuentro con Cristo;

— cuidar que el desarrollo de la celebración eucarística sea ejemplar.

— favorecer la participación de diversos grupos en la misma celebración eucarística, debidamente articulada y atenta -si es el caso- a la diversidad de lenguas, valorando también el canto gregoriano, al menos en la melodías más fáciles, sobre todo para el Ordinario de la Misa, especialmente el Credo y la oración del Señor (cf. Directorio piedad popular, 268).

— Asegurar la posibilidad de la oración delante del Santísimo Sacramento, cuidando el recogimiento y animando los momentos de adoración comunitaria. Facilitar con una adecuada señalización el lugar del sagrario (cf. IGMR, 314-317; Redemptionis Sacramentum, 130).

— Favorecer la práctica del sacramento de la Penitencia, asegurando, según las posibilidades, la disponibilidad de confesores en horarios adecuados a la gente (Directorio piedad popular, 267).

37. Monasterios, Comunidades religiosas e Institutos

Dado el estrecho vínculo entre Eucaristía y vida consagrada (cf. Vita consecrata, 95; Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Caminar desde Cristo, 26), el Año de la Eucaristía debe resultar un estímulo más para profundizar en el corazón de la propia vocación y misión, personal y comunitariamente.

En todas las Reglas y Constituciones está prescrita o recomendada la Misa cotidiana y la devoción eucarística.

— El Año de la Eucaristía es una oportunidad para programar tiempos de reflexión y de revisión:

- * sobre la calidad de la celebración eucarística en comunidad;
- * sobre la fidelidad a las normas litúrgicas;

* sobre la herencia eucarística de la tradición del propio Instituto como también sobre la situación presente;

* sobre la devoción eucarística personal.

— Redescubrir en la vida y en los escritos de los propios fundadores-fundadoras la piedad eucarística practicada y enseñada por ellos.

— Preguntarse: ¿qué testimonio de vida ofrecen las personas de vida consagrada que trabajan en parroquias, hospitales, enfermerías, instituciones educativas y escolásticas, penitenciarias, centros de espiritualidad, asilos, santuarios, monasterios?

— Verificar si se sigue la orientación dada por el Magisterio en repetidas ocasiones (cf. *Dies Domini*, 36) de participar en la Misa dominical en la parroquia y de adaptarse bien con la pastoral de la Iglesia diocesana en la que viven.

— Incrementar horas de adoración al Santísimo Sacramento (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18).

38. Seminarios y casas de formación

El Año especial de la Eucaristía interpela a las comunidades y casas de formación en las que se preparan los futuros sacerdotes diocesanos y religiosos, además de los diáconos (cf. *Mane nobiscum Domine*, 30).

La participación en la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, madura la respuesta vocacional y la abre a la misión específica que Dios confía a quienes Él mismo escoge como pastores de su pueblo (cf. *Congregación para la Educación Católica*, *Instrucción sobre la formación litúrgica en los Seminarios*, 8-27 y Apéndice 30-41).

Mientras sostiene el camino cotidiano de formación, la Eucaristía manifiesta a los seminaristas cuál es el centro de su futuro ministerio.

Anotaciones para considerar:

— Cultivar el vínculo entre formación teológica y experiencia espiritual del misterio eucarístico para una interiorización más profunda.

— Esmero en la participación interior y exterior a la celebración de la Misa.

— Conocimiento de la teología litúrgica destacada por los ritos y los textos de la celebración eucarística.

— Conocimiento también práctico de cuanto concierne al rito de la Misa y sobre todo el modo adecuado de celebrarla: función del espacio donde se celebra; el género de los diversos textos y el modo de pronunciarlos, las secuencias rituales, las partes del Misal, la normativa que regula la celebración eucarística en los días del año, las posibilidades legítimas de elección de fórmulas y formularios.

— Utilidad de una cierta familiaridad con la lengua latina y el canto gregoriano, para así poder orar y cantar el latín cuando hace falta, arraigándose en la tradición de la Iglesia orante.

— Incremento de la adoración eucarística, sea personal o comunitaria, en sus varias formas, incluida la exposición del Santísimo Sacramento.

— Conveniente colocación del Sagrario para favorecer la oración privada.

39. Asociaciones, Movimientos, Fraternidades

El espíritu de comunión, fraternidad, distribución que motiva la incorporación a una asociación está naturalmente ligado al misterio eucarístico.

Existen fraternidades y asociaciones explícitamente dedicadas a la Eucaristía, al Santísimo Sacramento, a la devoción eucarística.

La introducción de asociaciones, grupos y movimientos en la Iglesia, que contribuyen a su edificación y vitalidad, según sus carismas, se manifiesta con el encuentro ordinario en las misas dominicales de la parroquia (cf. *Mane nobiscum Domine*, 23; *Dies Domini*, 36).

El Año de la Eucaristía:

— Es una invitación a reflexionar, constatar, interiorizar, actualizar eventualmente los Estatutos tradicionales.

— Es una ocasión para una profundización catequético-mistagógica de la Eucaristía.

— Es un estímulo para dedicar más tiempo a la adoración eucarística, involucrando también otras a personas en un tipo de «apostolado» eucarístico.

— Es una invitación a enlazar la oración y el compromiso de caridad.

5. ITINERARIOS CULTURALES

40. Este capítulo es deliberadamente esquemático, pero no por ello de escaso significado. El motivo de la parquedad es sobre todo el hecho de que, moviéndonos en un plano cultural, nos encontramos inevitablemente con situaciones diversas en tantas Iglesias particulares esparcidas por el mundo, cada una de las cuales ha sido introducida en un determinado contexto, con sus riquezas, sus peculiaridades, su historia. Corresponde a las Iglesias particulares dar cuerpo a todo lo que aquí se ha recordado con simples menciones temáticas. No es difícil comprender lo importante que es que con ocasión de este Año de la Eucaristía se acoja también la Eucaristía como estímulo para descubrir lo mucho que ha sido capaz, y sigue siendo, de influir fuertemente en la cultura humana.

41. Investigación histórica

Se abren espacios de investigación para las Facultades Teológicas, para las Universidades Católicas y los Institutos de estudios superiores. Se sugiere en particular a las Facultades Teológicas como pista significativa que combine la profundización de los fundamentos bíblicos y doctrinales de la Eucaristía con la profundización de la vivencia cristiana, especialmente la vivencia de los Santos.

42. Edificios, monumentos, bibliotecas

Catedrales, monasterios, santuarios y no pocas iglesias representan ya por sí mismas un “bien cultural” y a menudo se califican como centros de irradiación de cultura. En esta perspectiva, el Año de la Eucaristía puede ofrecer un estímulo que ponga a la luz la temática eucarística que destaca del patrimonio cultural y artístico, a reflexionarla, a promover su conocimiento.

Pueden hacerse exposiciones, convenios y publicaciones de varios tipos valiéndose también de la colaboración de institutos y entes eclesiales y no

eclesiásticos (Universidades, Facultades, Centros de estudio, Círculos culturales, Editoriales).

43. Arte, música sacra, literatura

El arte sacro con temática eucarística es testimonio de la fe creída y al mismo tiempo es transmisión de la misma al pueblo de Dios. Los ejemplos podrían ser muchísimos, desde las bien conocidas pinturas que se encuentran en las catacumbas romanas hasta las numerosas realizaciones sobre este tema, hechas en Oriente y en Occidente a lo largo de los siglos pasados.

El conocimiento de la tradición permite percibir los énfasis “eucarísticos” que han inspirado las producciones artísticas en las épocas que nos han precedido y compararlas con la producción contemporánea.

Nos limitamos a evocar algunos ámbitos temáticos:

En cuanto al arte sacro:

- Altares, sagrarios, capillas
- frescos, mosaicos, miniaturas, pinturas, esculturas, tapices, marcos
- vasos sagrados: cálices, píxides, patenas, custodias
- paramentos: vestiduras litúrgicas, baldaquinos, estandartes
- manufacturas y carros para las procesiones eucarísticas
- paramentos peculiares para el monumento del Santísimo Sacramento el

Jueves Santo

Sobre la música sacra:

- misas
- himnos
- secuencias
- motetes

Sobre la literatura, el teatro, el cine:

- poesía
- narraciones

- novelas
- representaciones
- películas
- documentales

44. En todos estos ámbitos, los encargados sabrán encontrar fácilmente los trayectos apropiados, y sería un gran éxito del Año de la Eucaristía si las investigaciones realizadas nos ayudaran a tener un mayor conocimiento y una mayor distribución de tesoros que pertenecen a la herencia común del cristianismo en los diversos continentes.

A esto se refiere el Papa en la *Mane nobiscum Domine* cuando habla de la Eucaristía como un mayor esfuerzo por testimoniar “la presencia de Dios en el mundo”. Ante las orientaciones culturales que tienden a marginar la contribución cristiana, e incluso a borrar de la memoria su contribución histórica en la tierra tradicionalmente cristiana, el Papa ha escrito: “No tengamos miedo de hablar de Dios y de llevar los signos de la fe con la frente en alto. La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura de diálogo, en la que encuentra fuerza y alimento. Nos equivocamos al pensar que la referencia pública de la fe pueda ir en contra de la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o bien que eso pueda alentar actitudes de intolerancia. Si históricamente no han faltado errores en esta materia también entre los creyentes, como se ha reconocido en ocasión del Gran Jubileo, eso no debe ser adeudado a las raíces cristianas, sino a la incoherencia de los cristianos respecto a sus raíces” (*Mane nobiscum Domine*, 26).

CONCLUSIÓN

Un Año de gracia, de fervor, mistagógico

45. Como conclusión de estas páginas, después de tantas sugerencias y propuestas, conviene volver a lo que es más esencial, recordando que el Santo Padre, en la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, habla de un “Año de gracia”. En efecto, todo lo que podamos hacer tendrá sentido si se ve desde la óptica del don de Dios. Las iniciativas no deberán ser más que senderos abiertos, para que la gracia, siempre dada por el Espíritu de Dios, fluya con abundancia, acogida por cada uno y por las comunidades. El fiat de la Santísima Virgen deberá marcar una vez más el fiat de toda la Iglesia, que continuamente, con el cuerpo y la Sangre

de Cristo, recibe también el don de la maternidad de María: “¡He aquí tu Madre!” (cf. Ecclesia de Eucharistia, 57).

El éxito de este Año dependerá indudablemente de la profundidad de la oración. Estamos invitados a celebrar la Eucaristía, recibirla y adorarla con la fe de los Santos ¿Cómo olvidar, en este día en que la liturgia recuerda a Santa Teresa de Ávila, el fervor de la gran mística española, doctora de la Iglesia? A propósito de la comunión eucarística, ella escribe: “No hay que ir muy lejos para buscar al Señor. Hasta que el calor natural no haya consumido los accidentes del pan, el buen Jesús está en nosotros: ¡acerquémonos a Él!” (Camino de perfección, 8).

Este Año especial deberá por ello ayudarnos a encontrar a Jesús en la Eucaristía y a vivir de Él. A esto deberá tender también la catequesis “mistagógica”, que el Papa pide a los Pastores como compromiso especial (cf. *Mane nobiscum Domine*, 17). Haciendo eco a su llamada, nos gustaría terminar con un típico fragmento de la «mistagogía» en Occidente, un trozo del *De Mysteriis* (n. 54) de San Ambrosio:

El Señor Jesús mismo proclama: “Esto es mi cuerpo”. Antes de la bendición de las palabras celestes la palabra indica un elemento particular. Después de la consagración ya se refiere al cuerpo y la sangre de Jesús. El mismo lo llama su sangre. Antes de la consagración lo llama con otro nombre. Después de la consagración le dice sangre. Y tú dices: “Amén”, es decir, “Así es”. Lo que pronuncia la boca, lo afirma el espíritu. Lo que enuncia la palabra, lo siente el corazón.

En la sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a 15 de octubre del 2004, memoria de Santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia.

Francis Card. Arinze
Prefecto

Domenico Sorrentino
Arzobispo Secretario



ANTE LA APROBACIÓN DEL DECRETO LEY QUE APLICA LA LEY DE REPRODUCCIÓN ASISTIDA

El Consejo de Ministros ha aprobado hoy un Real Decreto Ley que desvirtúa las mejoras de la reforma de Noviembre de 2003 (45/2003) de la Ley de Reproducción Asistida. Este Decreto permite “producir” embriones prácticamente sin restricción alguna, y abre la puerta a la investigación con seres humanos en estado embrionario. Ante esta nueva medida que contradice la dignidad del hombre y su derecho a la vida recordamos algunas consideraciones precedentes sobre este tema:

1. La producción de seres humanos en laboratorio, independientemente de su fin, contradice la dignidad de la persona y es éticamente inadmisibles. «La Conferencia Episcopal Española ha denunciado en varias ocasiones la Ley de Reproducción de 1988 como una ley injusta. A su amparo se viola el derecho de los hijos a ser engendrados en el acto fecundo de donación interpersonal de los padres» (*Una reforma para mejor, pero muy insuficiente* (25-Julio-2003), nº 1).

2. La experimentación con estos seres humanos “sobrantes” de los procesos de fecundación es un atentado más contra su dignidad personal: «El embrión humano merece el respeto debido a la persona humana» (*Ibid.*, nº 4).

«Descongelar los embriones «sobrantes» para reanimarlos y luego quitarles la vida en la obtención de sus células madre como material de experimenta-

ción es una acción gravemente ilícita que no puede ser justificada por ninguna finalidad supuestamente terapéutica» (*Por una ciencia al servicio de la vida humana* (25-Mayo-2004), nº 3.3).

3. «Es previsible un aumento del número de embriones congelados y la reproducción agravada de una situación que ya había creado una cierta alarma social» (*Ibid.* 3.2).

4. La investigación con células madre procedentes de adultos es una alternativa real. Esta fructífera vía de investigación no implica problema ético alguno, y ha conseguido ya resultados que la Iglesia alienta y ve con esperanza.

5. Estos experimentos llevan implícita la aplicación de sus resultados a la clonación con fines terapéuticos. «La verdad es que la clonación reproductiva y la clonación “terapéutica” o “de investigación” no son dos tipos diferentes de clonación: implican el mismo proceso técnico de clonación y difieren únicamente en los objetivos que persiguen» (*La Santa Sede a la ONU sobre la Clonación*, Osservatore Romano (ed. inglesa) 17-Oct-2004, nº7). Tanto una como otra atentan gravemente contra la dignidad de la persona.

La **conclusión** es clara: «por muy noble que sea el fin perseguido, es inaceptable moralmente la producción, manipulación y destrucción de embriones humanos. Nunca se puede instrumentalizar al ser humano. La ciencia y la técnica requieren la ética para no degradar sino promover la dignidad humana» (*Nota sobre la utilización de embriones humanos en la investigación sobre células madre* (19-Diciembre-2002), nº 5).

Recordar estas exigencias éticas de la ciencia no supone ni recelo ni oposición ante el progreso científico. Es garantizar que la ciencia esté siempre al servicio del hombre y de su verdadero progreso.

Madrid, 29 de octubre de 2004

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 133 Euros (mes 11,08 Euros)
50 ejemplares año . . . 266 Euros (mes 22,17 Euros)
100 ejemplares año . . . 500 Euros (mes 41,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid